



## UNA POLÉMICA SOBRE MONTES

---

**C**ON motivo de las recientes complicaciones á que ha dado origen la presencia de un buque alemán en el archipiélago de las Carolinas, piénsase seriamente en el modo de arbitrar recursos para la regeneración de nuestra marina militar. Muchos medios se han ideado con más ó menos fortuna. Quién propone se contraiga un empréstito que permita hacer frente á las múltiples atenciones que pesan sobre la Administración pública; quién, observando que Italia con un presupuesto de marina igual al nuestro ha sabido construir poderosas fragatas y temibles torpederos, pide que se modifique la inversión de los fondos dedicados á marina y se acabe con los vicios que haya; cuál se fija en que los compradores por bienes nacionales adeudan al Estado centenares de millones, y demanda se intente con valerosa energía un esfuerzo que no se estrelle ante las influencias de que, al parecer, disponen los deudores y se consiga reintegrar al Estado lo que tan suyo es; cuál otro quisiera que se sometiese á una contribución á los tenedores de papel, ya que, siendo el medio más cómodo de obtener una renta, no sufren merma alguna como los propietarios de toda clase de fincas. Y, por último, entre esta serie de proyectos, con plausible patriotismo imaginados, choca por varias razo-



nes el que ha emitido un periódico de gran circulación, por lo general discreto.

*Aliquando bonus dormitat Homerus.*

No de otra manera nos explicamos que *El Imparcial*, que es el periódico aludido, dijese en su número de 11 de setiembre lo que sigue (1):

«La Memoria del Sr. Camacho de 1882, partiendo de datos comprobados, declara como de la propiedad del Estado 7.131.000 hectáreas de montes, sin comprender en esta inmensa cabida las dehesas boyales, que son también de la pertenencia del fisco, riqueza que aquel Ministro pensaba utilizar para atender á las necesidades de la nación, consagrande 200 millones de pesetas á la adquisición y construcción de marina y 150 á la del material de guerra suficiente para satisfacer las justificadas exigencias del ejército, consagrande el resto á otras atenciones tan provechosas como necesarias.....

«Por fortuna, el Tesoro puede disponer de otros cuantiosos recursos, como son las dehesas boyales, no exceptuadas hasta la fecha, y cuyos expedientes, que pasan de 4.000, se encuentran en los centros administrativos de provincias desde 1860 y algunos en la Dirección general de Propiedades, así como los terrenos llamados de aprovechamiento común, cuya tramitación señaló la circular de 2 de octubre de 1862, que los pueblos no han cumplido por comprender que mientras sus reclamaciones estén pendientes de justificación los comisionados de ventas no pueden enajenarlos, consiguiendo sus propósitos de sustraer de la desamortización una considerable masa de bienes que, según el anuario publicado en 1870 por la *Revista Forestal*, ascendía á 1.800.000 hectáreas.

«Los montes públicos, las dehesas boyales, los baldíos y los realengos, importan en tasación bastante baja: 3.609 millones, cantidad que excede á la que puede invertirse en hacer frente á las imperiosas necesidades que pesan actualmente sobre el país.

---

(1) Artículo titulado *Muchos millones por desamortizar*.



»Póngase manos en la obra desamortizadora de esa riqueza estéril, etc.»

A esta serie de apreciaciones gratuitas, que sorprendieron á cuantos conocen la índole de la riqueza forestal y el importante papel que los montes desempeñan, contestó el señor A. S. el día 12 desde *El Correo* (1) con la carta que copiamos á continuación y que hizo preceder aquel periódico de estas líneas:

«Se nos ha dirigido esta carta, que publicamos con mucho gusto, como todos aquellos trabajos que tienden á fijar la atención de las gentes en asuntos importantes.

»Debemos, sin embargo, recordar en esta materia la opinión que varias veces hemos emitido por nuestra cuenta; es, á saber, que en la venta de los montes no tenemos un criterio tan radical como la escuela que podríamos llamar economista, ni participamos de la resistencia que ha solido notarse siempre que de este asunto se ha tratado en la Dirección de Agricultura del Ministerio de Fomento.

»Montes hay, por su situación y por su carácter, que no deberán venderse por ningún estilo, pues algunos hay que tienen relación con la salud pública, y hasta con la defensa del territorio; pero es evidente que hay otros varios, bastantes en nuestro concepto, que serían más provechosos y más útiles en manos particulares.

»Vean ahora nuestros lectores la importante carta á que nos referimos:

«Señor director de *El Correo*.

»Hace ya más de dos años, cuando el Sr. Camacho publicó una Memoria explicativa de sus planes, *El Imparcial* se enamoró del proyecto de venta de todos los montes públicos, sin pararse á estudiar con el detenimiento que merece esta gran cuestión, como la llamaba el Sr. Echegaray. Tuvimos entonces la honra de escribir ocho artículos en *El Correo* refutando los conceptos erróneos en que incurría el Sr. Camacho, no por culpa de este respetable hacendista, sino por la inexactitud de los datos que le suministraron.

---

(1) Artículo *La venta de los montes*.



»Prosiguió *El Imparcial* aprovechando toda coyuntura favorable para repetir nuevamente y encarecer las ventajas que produciría la enajenación de los montes, y ahora, en pocos días, ha insistido por tres veces en su propaganda desamortizadora.

»Son tantas las equivocaciones de que adolece su artículo de ayer, que ya no podemos resistir al impulso de poner de manifiesto alguna de aquéllas.

»Pocas, muy pocas palabras hemos de decir. Pasaremos por alto que en ninguna nación de Europa se ha acudido á la venta de todos los montes públicos, por creerse que está en el interés de la misma riqueza del país el conservar una buena parte de aquéllos en poder de entidades imperecederas; no recordaremos tampoco la triste suerte que ha cabido en nuestra patria á la inmensa mayoría de montes desamortizados, transformados casi todos en eriales.

»Si «la Memoria del Sr. Camacho declara como de la propiedad del Estado 7.131.000 hectáreas de montes,» según dice *El Imparcial*, nosotros, con la Estadística últimamente publicada por el Ministerio de Fomento en la mano, aseguramos que la superficie de los montes del Estado no es más que de 351.102 hectáreas, y que en la cifra de 7.105.372 (que difiere un poco de la dada por *El Imparcial*) están comprendidas también las dehesas boyales, contra lo que sostiene aquel periódico.

»Se ve, pues, que el Estado no puede disponer legítimamente de los siete millones de hectáreas, á menos que no prive á los pueblos de fincas que les son indispensables para el desarrollo y prosperidad de su agricultura. Los pueblos, que conocen cuán necesarios les son los montes, se opondrán siempre á la venta de éstos.

»No es exacto tampoco que los montes públicos importen «en tasación bastante baja 3.609.000.000 de pesetas.» Para hallar esta cifra se supone que el precio medio de la hectárea es de 500 pesetas, valor *séxtuplo* del que resulta tomando el término medio del precio que han alcanzado los montes vendidos, y todas las tasaciones periciales hechas hasta el presente.



» Ofuscado *El Imparcial* por el anhelo de que se enajene esa riqueza que llama «estéril,» no obstante producir anualmente más de 17.000.000 de pesetas, sigue dando por buenas cifras muy distantes de la verdad, y haciendo consideraciones deslumbradoras para quien no conoce á fondo el asunto.

» Una y mil veces lo repetiremos: la venta de todos los montes públicos será un gran desastre para nuestro país; sus consecuencias para los pueblos, lamentabilísimas. Y para el hacendista que tenga el valor de realizarla, un tremendo fiasco, porque se cometerá un despojo con los pueblos y no se obtendrán ni la sexta parte de los millones de que habla *El Imparcial*.

» Como en junio de 1883, invitamos á *El Imparcial* á tratar detenidamente, cada uno desde su punto de vista, de la venta de los montes. Si tal dicha lográramos, empezaríamos por hacer una reseña de lo que aconteció con otras desamortizaciones de fincas rústicas, muy elogiadas por precursores de *El Imparcial* no menos entusiastas.

» Precisamente, nuestro gran deseo es hacer luz, mucha luz en esta cuestión.»

Por su parte, *La Correspondencia de España*, que acostumbra ser fiel intérprete del sentir general, publicaba el mismo día un suelto nutrido de juiciosas observaciones, es á saber:

«Habla algún periódico de los grandes recursos que produciría al Tesoro el acelerar y ampliar la desamortización de los montes públicos. Sin entrar en el fondo de la cuestión, ya debatida ampliamente cuando el Sr. Camacho trató de este asunto, debemos tener presente que en opinión de personas competentes, tales recursos no pueden tener el alcance que se les supone; en primer lugar, porque el 80 por 100 del valor de los montes de los pueblos corresponde á estas corporaciones, y sólo podría el Estado disponer del 20 por 100 restante; y en segundo lugar, porque gravitando sobre la mayor parte de los predios muchas servidumbres, el valor intrínseco de éstos ha de ser muy inferior al que con alguna ligereza se le supone. Prescindiendo de la dificultad que ofreciera el llevar repentinamente á la venta una masa de bienes tan considerable, que indudablemente haría decrecer su valor, hay



que tener en cuenta además, que la conservación de los montes públicos por el Estado, como sucede en todas las naciones más adelantadas, responde á consideraciones del orden físico y social que trascienden al desarrollo de la riqueza pública y á las condiciones higiénicas para la vida de los pueblos.»

A la carta de *El Correo* contestó *El Imparcial* á la mañana siguiente en un segundo artículo (1) que dice:

«Obedeciendo á razones que no alcanzamos, se pretende calificar de exagerada la cabida de montes públicos pertenecientes al Estado, cuando esa cabida se encuentra consignada en documentos oficiales, y entre otros en el Catálogo de montes públicos del Sr. Campuzano, en que se consigna que la superficie forestal de España asciende á 6.967.197 hectáreas, distribuídas en la siguiente forma: monte alto, 2.987.950; monte medio, 218.154; bajo, 1.210.095; claros y calveros, 1.647.608, y yermos, 903.390.

»Estas mediciones, al estamparse en informes oficiales, no deben responder al capricho, sino que estarán hechas con la exactitud y precisión que deben existir en operaciones realizadas por el docto cuerpo de ingenieros de montes, que son los que, sin duda, sirvieron al Sr. Camacho para la redacción de su Memoria.

»Como argumento Aquiles se emplea el de que al pasar los montes públicos á manos de particulares, el poco arbolado que queda desaparecería, ocasionando grandes perjuicios, lo cual es separarse de la realidad, pues hoy, en la forma en que se encuentran los montes del Estado, están mucho peor cultivados que lo estarían en poder de los más indolentes particulares.

»El día en que formen parte de la propiedad privada, no se cometerían los abusos y hasta verdaderos fraudes que en la actualidad se cometen, no por cierto en beneficio de los pueblos á quienes se atribuye su disfrute, sino en el de otros particulares intereses, que, aprovechando la situación anó-

---

(1) *Más sobre el tesoro escondido.*



mala de esta propiedad, utilizan por etapas la mayor parte de sus productos.

»Se quiere refutar el calificativo de estéril que hemos dado á la riqueza forestal perteneciente al Estado, diciendo que, por aprovechamiento y arriendos, el Tesoro percibe la suma anual de 17.000.000 de pesetas, productos que no ponemos en duda, pero que antes de darlos como beneficios líquidos, conviene deducir lo que cuesta su conservación.

»No deben ser tan exagerados los cálculos que hemos hecho sobre la cuantía de esta riqueza, cuando recibimos una carta de persona por su cometido bien enterada de lo que es y representa la propiedad forestal, asegurando que de sólo dos provincias existen presentadas denuncias por valor de 800 millones.

»Al ocuparnos de este asunto no desconocíamos las muchas personas que habrían de sentirse molestadas, ni la oposición enérgica que se nos haría; pero sobre el interés particular están los grandes intereses del país, que merecen más atención para todos aquellos que deseen el mejoramiento en los servicios públicos.»

En el mismo día 13 de setiembre dos acreditados periódicos de la noche, *La Época* y *La Iberia*, que militan en campos muy opuestos, salían al encuentro de *El Imparcial*.

Véase lo que decía *La Época*, decano del periodismo y campeón inteligente del partido conservador:

«El Tesoro escondido llama *El Imparcial* á los miles de millones de pesetas que indica al Gobierno como recurso inmediato para atender á los gastos militares de la marina y de obras públicas. Muy escondido está el tesoro, en efecto, y bastante lejano el día de poder hacerle efectivo. Nosotros aplaudiríamos si algo se consiguiera; pero nos inspira poca confianza el ver que todos los Gobiernos de todos los partidos han fracasado en la empresa.

»Ahora, como siempre, juzgamos necesario que el Estado recobre lo que es suyo y se incaute de las fincas de bienes nacionales detentadas. La obra, sin embargo, presenta obstáculos, al parecer insuperables, y el mismo Sr. Camacho, tan elogiado por *El Imparcial*, nada hizo. Nosotros deseamos



que se venzan los obstáculos y el asunto se lleve adelante con la actividad posible; mas no debe nadie hacerse ilusiones y hacer cuentas galanas sobre recursos que sólo después de muchos años podrían utilizarse no se sabe hasta qué cantidad.

»Respecto de los montes del Estado, ya que el colega insiste en tratar este asunto, le recomendamos la lectura de los siguientes párrafos que publica *El Correo*, escritos por persona competente. En ellos verá rectificadas sus datos y sus cálculos, teniendo ocasión de lucirse si entra en una polémica formal sobre el asunto.»

Y *La Iberia*, órgano el más autorizado del partido liberal, decía sesuda y francamente:

«*El Imparcial*, á quien hace días se le ocurren peregrinas consideraciones sobre el estado de la Hacienda, sigue inventando maravillosos arbitrios para sacar de ahogos al Tesoro, siquiera algunos de aquéllos consistan en despojar á los Ayuntamientos del 80 por 100 de sus bienes de propios.

»*El Imparcial* cree que el importe íntegro de los montes de propiedad municipal corresponde al Estado, y desconoce que sólo puede disponer del 20 por 100.

»*El Imparcial* es muy dueño de forjarse ilusiones, valorando á su capricho y antojo los montes públicos, suponiendo que su importe íntegro pertenece al Estado, desconociendo que el 80 por 100 corresponde á los Ayuntamientos é ignorando que con arreglo á las leyes desamortizadoras no pueden enajenarse al contado.»

En el inmediato día 14 de setiembre insertó *El Correo* una segunda carta del Sr. A. S., en la cual dice:

«Señor director de *El Correo*.

»Contesta ayer indirectamente *El Imparcial* á lo que expusimos el sábado, é incurre en las mismas lamentables equivocaciones, involucrando una cuestión de suyo muy clara.

»Procuraremos ser breves.

»Hemos afirmado, porque así es la verdad, que de las 7.105.372 hectáreas de montes públicos, sólo pertenecen al Estado 351.102, siendo las restantes propiedad de los pueblos. Por consiguiente, y á menos que se cometiese un des-



pojo, no percibiría el Gobierno más que el 20 por 100 del valor de todos los montes vendidos de los pueblos. Fíjese *El Imparcial* en que por montes públicos se entiende, con arreglo á ley, todos los que pertenecen al Estado, á los pueblos y á los establecimientos públicos.

»Supongamos, por lo tanto, que se venden todos los montes y que—¡cosa inverosímil!—se logra hallar compradores que paguen á 500 pesetas la hectárea; pues aun así, deducido el 80 por 100, resulta que ingresarían en el Tesoro 840 millones de pesetas y no los 3.609 millones de que habla *El Imparcial*.

»Tomando ahora en cuenta que, por término medio, el valor real de la hectárea es de 80 pesetas á lo sumo, se ve que, consiguiendo vender todos los montes públicos, no obtendría el Estado más que unos 140 millones de pesetas.

»¿Es que pretende *El Imparcial* que se arrebate á los pueblos sus fincas forestales y no se les dé nada en cambio? ¿Ignora aquel periódico que los pueblos piden con insistencia que sus montes sean exceptuados de la desamortización, ya por ser de aprovechamiento común; ya porque los destinan al pasto del ganado de labor, y que esta es causa principal de que haya millares de expedientes en la Dirección de Propiedades, expedientes que si no se han resuelto no es por culpa de los pueblos?

»Viva curiosidad sentimos por conocer esas dos provincias, en las que los montes públicos importan 800 millones de pesetas, si es esto lo que ha querido significar *El Imparcial*, diciendo que «existen presentadas denuncias por valor de 800 millones.» Esto es sencillamente absurdo.

»Respecto á si los montes mejorarían pasando á manos de los particulares, fuera ocioso entrar en largas consideraciones. A quien medite un poco, debe enseñarle mucho el que en ningún país adelantado se acuda á vender los montes ni en los momentos de mayor angustia, como no acudió Francia cuando tuvo que entregar á Prusia 5.000.000.000 de francos. «Hace ya mucho tiempo—observa un escritor—que, distinguiéndose montes de montes, se halla victoriosamente sentado que el interés individual, obrando libremente á impulsos de su ingénita tendencia, no ofrece garantías de con-



servación y creación del monte alto ó maderable, y por consecuencia incontrastable de esa tesis, se dictó nuestra ley de 23 de mayo de 1863, y se conservan en manos de tantos Estados, desde Francia á Rusia, inmensas masas de aquella clase de montes, sin contradicción formal de hacendistas y economistas.»

»Resumiendo: el Estado no posee más que 351.102 hectáreas de montes; tomando el término medio de los precios que han alcanzado los montes vendidos hasta ahora, que no son pocos ni los peores, y las tasaciones hechas por la comisión del Catálogo á que se refiere *El Imparcial*, se halla para valor de la hectárea una cantidad que no excede de 80 pesetas.

»Conclusión: que la venta de todos los montes públicos, aunque no fuese contraria á lo que exige la justicia y atentatoria á la prosperidad de los pueblos, no produciría *al Estado* más allá de 150.000.000 de pesetas.

»Diga ahora el lector: ¿quién defiende los grandes intereses del país, y quién, alucinado sin duda, los ataca con insistencia digna de mejor causa? Sabemos de antemano que *El Imparcial* no se ha de convencer; pero nos importa mucho que no presente como realidades cálculos que no pasan de ilusorios ensueños.

—

»Ahora, señor director, permítame V. que al darle gracias porque me dispensa el obsequio de publicar mis cartas, escritas á vuela pluma, le manifieste que, como V., opino no hay inconveniente en que se vendan algunos montes, bastantes quizás, los cuales por sus condiciones no tienen la importancia que otros que interesa conservar.

»Sin modificar en nada las leyes vigentes, quedan por vender todavía 2.234.000 hectáreas de monte, que bueno es decirlo, no han encontrado compradores, apesar de los bajos precios á que se han ofrecido.»

Tal es la fuerza de la verdad, que á la misma hora distribuíase *La Época*, periódico que usaba de argumentos y consideraciones muy semejantes á los de *El Correo* para rebatir á *El Imparcial*.



«Y sigue—decía—la novela de los millones que puede producir la venta de los montes, recurso inventado por el Sr. Camacho con tan escasa fortuna, que no titubeó en abandonar el Ministerio por no tener que abandonar su pensamiento.

»*El Imparcial* lo ha desenterrado, y con la misma mala fortuna. Calcula en miles de millones su valor, sin tener en cuenta varias cosas. La principal, que los montes son de los pueblos, que á ellos habría de ir el 80 por 100 del producto, no quedando al Estado sino el 20 ó á lo sumo el 50, si se aceptara la propuesta galana del Sr. Camacho, que atribuía al Estado un 30 por 100 más, en virtud de imaginarios beneficios que obtendrían los pueblos.

»No paremos mientes en los clamores que se levantarían contra la pérdida de terrenos que hoy utiliza la ganadería de las poblaciones, clamores que probablemente secundaría *El Imparcial*, y con él todos los periódicos de oposición; no nos detengamos á considerar que para la cifra expresada por *El Imparcial* se admite el valor de 500 pesetas por hectárea, valor estupendo, pues hay muchas hectáreas que á 100 pesetas serían caras; pero si la mitad al menos del producto ha de ser para los pueblos, y la otra mitad, con las depreciaciones de la abundancia de ventas, no ha de ser efectiva sino en diez años, ¿quiere decirnos *El Imparcial* cuál sería la cantidad líquida aplicable á construcciones navales?

»Dejémonos de quimeras, y pensemos en lo real y en lo práctico.»

También en la noche del 14 acentuaba su opinión *La Iberia* diciendo:

«Es digno de leerse el razonado artículo (el del día 12) en que nuestro ilustrado colega *El Correo* impugna las apreciaciones emitidas por *El Imparcial* sobre los montes públicos.

»Si el Tesoro ha de salir de ahogos con los arbitrios que *El Imparcial* propone, nos parece que el colega puede esperar sentado que se realicen sus utopías.»

¿Y qué replica *El Imparcial*, diario tan amante de la pelea por el placer que el triunfo proporciona, qué replica al razonamiento cerrado, abrumador y matemático de *El Correo*, *La*



*Época y La Iberia?* Moderado y pacífico como pocas veces, dice en su número del 15 de setiembre:

«Cuando en demostración de una tesis se cuenta con el argumento irrefutable de los números, es muy difícil refutar el aserto, y todo cuanto hemos dicho acerca de los bienes por desamortizar pertenecientes al Estado, lo hemos justificado con cifras tomadas de solemnes documentos oficiales.

»Convencidos estamos de que ciertos intereses, que no son los generales del país, opondrán resistencia decidida y obstáculos sin cuento á una gestión administrativa que tienda á reintegrar al Estado de lo que, siendo de su propiedad, se utiliza sin derecho para ello...

»Mucho nos extraña que la prensa fusionista combata un pensamiento debido á su mayor autoridad financiera, pues es del dominio público la Memoria en que el Sr. Camacho presenta como una solución necesaria la venta de los montes.

»No insistimos más por no cansar con un mismo asunto la atención de nuestros lectores; pero el día en que el debate de esta cuestión pueda producir resultados prácticos, volveremos á la contienda, y al discutirse en las Cortes, estará con nosotros la mayoría del partido liberal, que de seguro no dejará abandonado á su primer hacendista Sr. Camacho, patrocinador decidido del pensamiento y defensor perseverante de llevar á cabo la obra financiera de la desamortización.»

---

Hemos reseñado extensamente lo que unos y otros han dicho. Pero antes de concluir, hemos de entrar en algunas consideraciones y aducir algunos datos, tomados en realidad de verdad de documentos oficiales, para que el discreto lector, con todas las piezas del proceso á la vista, pueda fallar en justicia. Harto graves serían las consecuencias de una determinación equivocada en asunto de tanto interés, para que nosotros, por cuenta propia, no cuidemos de disipar las nubes amontonadas por *El Imparcial*, que, ofuscado como nunca, se tapa los ojos para no ver la luz de la verdad.

Cojamos la *Estadística de la producción de los montes públicos*,



formada por el Ministerio de Fomento é impresa en el año de 1882; en la página 13 se lee, que los montes públicos se distribuyen por su propiedad de la manera siguiente:

	HECTÁREAS
Montes de establecimientos públicos.....	39.838,4
Dehesas boyales.....	165.261,8
Montes del Estado.....	351.102,6
Montes de aprovechamiento común.....	772.148,8
Montes enajenables.....	1.906.454,8
Montes de los pueblos.....	3.870.565,8
	<hr/>
Por toda clase de montes en general...	7.105.372,2
	<hr/>

Relativamente á la tasación, no sólo no acude *El Imparcial* á «solemnes documentos oficiales,» sino que tasa la hectárea de monte en 500 pesetas, porque así le plugo hacerlo al señor Camacho en su Memoria, que, por cierto, fué desmenuzada y rebatida á poco de publicarse, sin que hasta ahora haya intentado destruir el Sr. Camacho ninguna de las objeciones que se le hicieron. Sostener tal cosa equivale á demostrar que no se conoce lo que es un monte, ya que nunca habíamos de sospechar que no procede *El Imparcial* con la noble franqueza que tanto dignifica en la contienda.

Repite *El Imparcial* que «ciertos intereses que no son los generales del país,» se opondrán á la venta de los montes. ¿Pues no nos dijo en su artículo de 11 de setiembre que los pueblos se afanan por conseguir «sus propósitos de sustraer de la desamortización una considerable masa de bienes?» ¿No confiesa con esto el periódico tantas veces citado que los pueblos *dueños de los montes* tratan de evitar que se les quite los que poseen por derecho incuestionable? ¿Y aspiraciones tan legítimas, que se fundan en tantas razones, son para *El Imparcial* intereses particulares?

Si, lo que nos resistimos á creer, ha tratado *El Imparcial* de dirigir una acusación, más ó menos embozada; al cuerpo de ingenieros de montes, también en esto se equivoca de modo lamentable. Aunque la dignidad de este cuerpo, su celo



no desmentido y su probidad intachable, le ponen muy por cima de ciertos ataques, nos bastaría hacer notar que en los siete años que cuenta de existencia la Comisión del Catálogo, se ha dado tal impulso á los trabajos de rectificación, que representan ya muchos millares de hectáreas los montes clasificados como enajenables por los ingenieros, montes que vendidos en condiciones regulares y no malbaratados, como en otras épocas, producirían no pocos millones de pesetas.

Verdad es que nada puede extrañarnos en *El Imparcial*, cuando, falto de razones, se acoge, él tan democrático, á argumentos de autoridad, y trata de que los periódicos fusionistas aplaudan el proyecto—inaudito en todas partes menos en España—de vender todos los montes públicos, sin más que porque lo patrocina el Sr. Camacho, que es una de las primeras figuras del partido liberal.

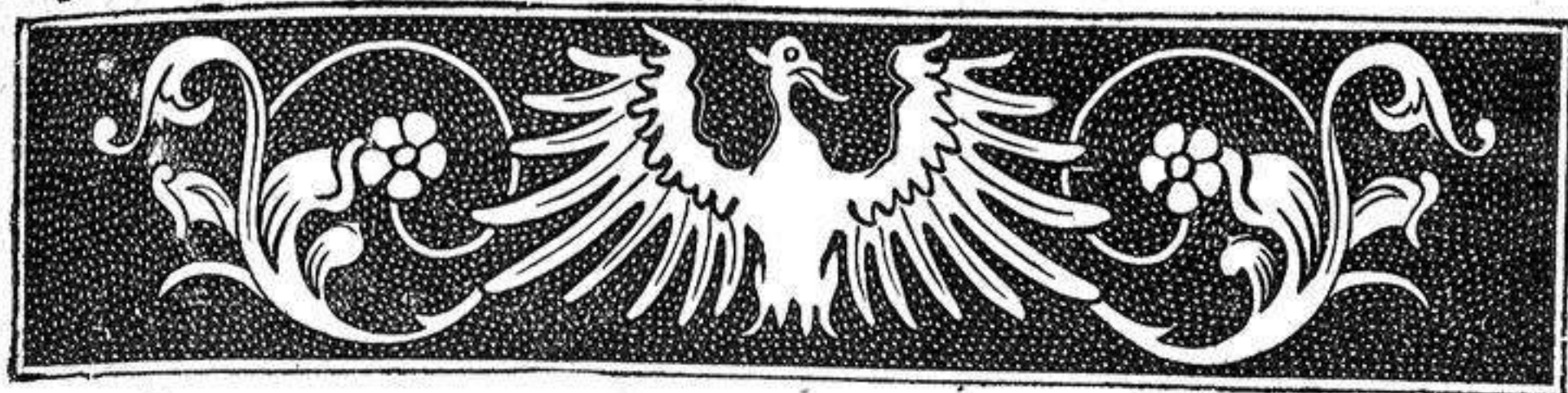
Emplaza *El Imparcial* á sus impugnadores para el día que se discuta en las Cortes el proyecto de venta de los montes. Seguros de que no faltarán en nuestras Cámaras personas entendidas que con fe y elocuencia demuestren los daños que produciría la malhadada realización de los ideales desamortizadores de *El Imparcial*, ansiamos que llegue aquel momento para que sean de una vez para siempre destruídas las falaces ilusiones que algunas personas acarician.

RAFAEL ÁLVAREZ SEREIX.

20 de setiembre.







# EL LUJO


Y

## SUS DESASTROSAS CONSECUENCIAS <sup>(1)</sup>

### CAPÍTULO V

#### REMEDIOS DEL MAL

##### § I

 UÁLES son los remedios oportunos para atajarlo? Varias veces lo ha intentado el legislador, pero sin poder conseguirlo. Las leyes suntuarias han sido ineficaces siempre, como lo prueba el mismo hecho de su reiteración. Tan sólo una vez en la historia parecen haber conseguido su objeto y aun haber ido más allá del fin que se proponían. Nos referimos á Licurgo. El insigne espartano forjó una legislación para su patria, cuyo principio cardinal estribaba en la guerra al lujo. Al efecto, prohibió el uso de monedas de oro y plata, que substituyó con otras de hierro, proscribió los trajes suntuosos y el lujo en las viviendas; llegando hasta el punto de excluir de su patria las Bellas Artes y toda cultura que no fuera nacional.

(1) V. la pág. 64 de este tomo.



No podemos menos de censurar estas disposiciones tan en absoluto dictadas, y que convirtieron á los espartanos en un pueblo varonil y virtuoso, pero rudo é ignorante. La organización exclusivamente militar y en demasía socialista que dió á Lacedemonia Licurgo, ofrece ancho campo á la crítica, á los que aplicamos á la historia el criterio individualista. El socialismo, que siempre es digno de anatema porque condena al hombre á ser mero eslabón de la cadena social, y que destruye las unidades naturales de la familia, el municipio y la provincia, en provecho de la entidad absorbente y artificial llamada Estado, se nos presenta aquí bajo el aspecto antipático del militarismo que humilla la fuerza inteligente ante la fuerza bruta. Esparta, con la raza titánica de ciudadanos, para quienes los actos heroicos eran el nivel más vulgar, no nos produce la admiración que Atenas, con sus revueltas continuas, su ostracismo no siempre aplicado con justicia, con sus vicios abominables y su sensualidad, compensado magníficamente todo esto por el gran desarrollo de sus artes, su literatura y sus ciencias, que arrojan, á más de veinte siglos de distancia, los destellos inextinguibles de una esplendente cultura.

Vemos, pues, que la única vez en que un sabio estadista logró desterrar de su país el lujo, lo hizo irrogando mayores perjuicios que los que aquél ocasiona. Otros legisladores, que despreciando la saludable enseñanza que encierra este ejemplo, han dictado leyes suntuarias, no han sido tan afortunados. Podríamos aducir disposiciones de esta clase de Francia, de Alemania y de otros países; pero no hace á nuestro objeto extendernos en este punto, y nos basta con citar el ejemplo de España. A raíz del descubrimiento de América, tomó tal incremento el lujo en los diferentes reinos que formaban la monarquía española, que los Reyes austriacos se creyeron en el caso de atajarlo, dictando al efecto varias leyes. Los Reyes borbónicos siguieron legislando en el mismo sentido. En la Novísima Recopilación (libro 6.º) se contienen estas prescripciones suntuarias del modo siguiente: Título XIII. De los trajes y vestidos y uso de muebles y alhajas. —Título XIV. Del uso de sillas de manos, coches y literas.



—Título XV. Del uso de mulos y caballos.—Y título XVII. De los criados. Imposible parece que nuestros mayores pudiesen apenas respirar envueltos en tan gran cúmulo de leyes, que regulaban con una minuciosidad aterradora los actos más insignificantes de su vida. Y, sin embargo, se desentendían de casi todas estas disposiciones, según se prueba con el texto de las mismas. Entre infinitos ejemplos podremos citar el siguiente: Felipe II mandó en 1586 que «ninguna mujer de cualquier estado, calidad y condición que sea, en todos nuestros reinos pueda ir, andar, ni ande tapado el rostro en manera alguna.» Felipe IV reiteró esta prohibición en 1639, subiendo la multa de 3.000 maravedís á 10.000 en la primera vez, y 20.000 en la segunda, con más la pérdida del mantón, y aun destierro en caso de estimarlo el juez procedente. (Esta ley y la anterior son la 8.<sup>a</sup> y la 3.<sup>a</sup> del título XIII del expresado libro.) Pues bien; uno de los recursos más ingeniosos y comunes del teatro de Calderón son *las tapadas*, y este poeta floreció á fines del reinado de Felipe IV (que murió en 1665) y primera mitad del de Carlos II; es decir, después de la ley de 1633.

Muchas de estas ordenanzas son más reglamentarias que suntuarias, como las relativas «al modo de traer los lutos» (Leyes 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup> del título XIII), todas las del título XIV, (Uso de sillas de manos), á excepción de las tres primeras, y casi todas las de los títulos XV y XVI (Uso de mulas y caballos y de los criados). Algunas de estas leyes, como las que se refieren al uso de escotes en las mujeres (salvo las públicas) y de guedejas y copetes en los hombres (la 6.<sup>a</sup> y 7.<sup>a</sup> del título XIII), ofrecen más bien carácter moral, pues tienden á conservar la honestidad femenil y la seriedad masculina, tan necesarias al buen orden moral de la república. Otras prescripciones del título XIII, contenidas en las leyes 8.<sup>a</sup>, 9.<sup>a</sup> y 10, 14 (1) y 15, en lo tocante á embozos de hombres y mujeres, velan por la pública tranquilidad y tratan de

(1) La ley 14 que dió pretexto al motín de Esquilache, no era nueva, sino una ampliación de la 10 de igual título que dictó Felipe V.



evitar robos y ayenturas nocturnas, otras de igual título, como las 1.<sup>a</sup>, 11 y 12, y 16 y siguientes hasta la 25, estatuyen trajes y libreas para distintas clases, á fin de observar entre todas la conveniente distinción, y por último, en alguna de las expresadas, como la 13 del repetido título, palpita vivamente el sentimiento proteccionista de la industria nacional.

Exceptuadas, pues, las susodichas, ya en todo, ya en parte, quedan como puramente suntuarias las demás, cuyo somero examen procuraremos hacer. La ley 1.<sup>a</sup> del título XIII, que encabeza todas estas disposiciones y que trata del orden general de los trajes y vestidos, dice así: «En todos tiempos se ha procurado remediar el abuso y desorden de los trajes y vestidos, *porque junto con consumir vanamente muchos sus caudales han ofendido y ofenden las buenas costumbres*, y para ello se han publicado diversas leyes y pragmáticas por los Reyes nuestros predecesores de gloriosa memoria (1), *y aunque por ellas no se ha remediado absolutamente el daño*, todavía no se ha conseguido alguna moderación.» Entra después en la parte dispositiva y establece como regla general, la prohibición de brocados y telas de oro y plata, salvos algunos casos en que se consiente su uso minuciosamente reglamentado. También se ordena que los trajes de los menestrales y las libreas de pajes y lacayos, sean lisos y sencillos. Creemos que la prescripción respecto á los últimos no se cumplió, pues se repite en otras leyes. La ley IV contiene en ciertos límites, reseñados con tan amplios detalles técnicos que la creemos impracticable de todo punto, el uso de tapicerías de oro y plata y joyas de oro y piedras. La ley 5.<sup>a</sup>, aplicación de la pragmática de Felipe IV de 1623, mucho más rigurosa, prohíbe en absoluto «á hombres y mujeres, sin distinción alguna, el uso del oro y plata en tela y guarnición, dentro y fuera de casa,» y además, las guarniciones sencillas y dobladas, capas y balandranes de seda. No obstante el texto explícito de esta pragmática que no deja lugar á dudas, se reiteran dichas prohibiciones por la de Zaragoza de 1642, añadiendo

---

(1) Habla Felipe II.



á las penas pecuniarias otras aflictivas ó corporales. La ley 11, sacada de pragmáticas de Felipe V, es análoga á la 1.<sup>a</sup> del mismo título, pues especifica, como ella, el uso de trajes y vestidos. Las leyes 17 y 18, dictadas por Carlos III y Carlos IV, se refieren á la reglamentación de mantós, mantillas y basquiñas, y exclusión en todas éstas, de encajes y bordados. La ley 25 proscrib[e] los muebles guarnecidos de plata batida. Las leyes 26, 27 y 28 relativas á colgaduras y aderezos de las casas, contienen tantas excepciones, que más son permisivas que prohibitivas, prueba evidente de la debilidad de los legisladores ante la opinión pública. Algo de esto se puede aplicar á la 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> del título XIV, sobre adorno de las sillas de manos, mas no á la 3.<sup>a</sup> de igual título, que es bien terminante. En las demás leyes del título XIV y en el XVI, se marca el número de mulas y caballos, y de criados que cada uno pueda poseer con arreglo á su fortuna particular.

Sentimos no poder entrar, dada la índole de esta Memoria, en el examen crítico de las citadas leyes, y eso que nos hemos tomado la libertad de ampliar esta parte de nuestro trabajo, al tratar de publicarlo. Mas cumple á nuestro objeto consignar, que tanto el rigor excesivo, como las vacilaciones y velada tolerancia, sistemas alternativamente empleados, han sido de igual manera estériles.

## § II

Cualquiera que examine esta cuestión con algún detenimiento, comprenderá la causa de que tan terminantes disposiciones fracasaron por completo. Sobre que descansaban en un principio injusto, puesto que cada cual es libre en dar á sus riquezas el empleo que estime conveniente con tal que sea lícito, y no le incumbe al Estado legislar sobre esto, cho-ca al hacerlo así con una fuerza incontrastable de inercia ú oposición marcada, de parte de la sociedad, de la que son



miembros los jueces y magistrados encargados de ejecutar dichas leyes. ¿Qué resulta entonces? Que si las indicadas disposiciones se distinguen por su rigor, caen desde luego en desuso, y si dejan la puerta abierta á la tolerancia, no tardan en ser burladas, víctimas de su propia debilidad. ¿Qué recurso le queda, pues, al legislador, que si es severo se ve desatendido y si benigno menospreciado? Dejar de reglamentar en estas materias.

Hay que buscar en otra parte el remedio del lujo. Estando encarnado en las costumbres y siendo en rigor un abuso ó desviación de las mismas del recto sentido moral, á ellas debemos ante todo encaminarnos, á fin de conseguir enmendarlas.

Dirijámonos, pues, no al legislador, sino á los legislados, y de común acuerdo con ellos, propongámonos limitar nuestros gastos y moderar nuestras aspiraciones, encerrándolas en el círculo de lo necesario y de lo útil.

Así como una costumbre puede inutilizar una ley ó costumbre en contrario, adoptemos como norma la sencillez y la sobriedad, siendo nuestro modo el desprecio de todas ellas. No juzguemos por el vestido al hombre, sino por sus prendas morales. Sea nuestra mesa frugal, aunque no mezquina, y nuestro proceder siempre recto, que uno y otro nos asegurarán larga vida. Lo mismo nos servirá un traje de lana que de seda, liso que bordado, de colores apagados que brillantes, y una habitación modesta que suntuosa. Estos principios, tan en armonía con las máximas cristianas, conviene infiltrarlos en la sociedad por medio del ejemplo, siempre eficaz, y empleando el consejo en sus diversas formas, ya indirectas, como el teatro y la novela, ya directas, como el libro y la cátedra.

Aparte de esto que se relaciona con el aspecto moral y social del lujo y observándolo en su fase económica, vemos que puede contribuir el Gobierno á atajarlos, procurando la baratura de los comestibles y objetos más precisos, á expensas de los puramente suntuarios ó de menor necesidad, cuyo encarecimiento puede ser conveniente. Así no ocurriría como generalmente en España, donde nos solemos (aun casi con-



tra nuestra voluntad, justo es confesarlo) dar aires de Príncipes en los vestidos y viviendas y comer malamente. Débese esto á la maldita vanidad, á las crecientes exigencias sociales y al subido precio que alcanzan en el mercado los artículos de consumo. Se nos dirá que elevando el valor en cambio de ciertos objetos, aumentarán en algunos los deseos de su adquisición; aparte de que los hay, como los pertenecientes á joyería y platería, que ya se pagan con harta usura. A esto contestamos que supuesta la dicha subida de precios, si algún insensato quiere imitar á la rana de la fábula, será la excepción, mas no la regla general, y que dicha medida reduciría el lujo á un corto número de personas, aspiración plausible, ya que no se pueda extirpar del todo una plaga que como inmensa mancha de aceite se extiende cada día por todas las clases sociales.

Respecto á la orfebrería, no es preciso elevar los precios, ya de suyo bastante altos, de sus productos, que los hacen patrimonio de muy pocos.

Dicho oficio, noble en todos tiempos (*argenteros, orífices y orfebres* de nuestras antiguas leyes), se halla en parte á cubierto de nuestras diatribas, por ser una Bella Arte, dependiente del grabado y de la escultura, advirtiéndose, sin embargo, que la materia dará valor á la mano de obra, mas no aumentará ni un ápice el mérito estético.

Insistiendo en la idea antes enunciada, diremos que cuando se abaratan las cosas inútiles encarecen las necesarias y viceversa. Podemos figurar este concepto con una balanza que en ambos platillos sostiene respectivamente la plata y el trigo que se expresan en nuestro lema. Cuando el uno sube, baja sin remisión el otro.

### § III

En lo tocante á Economía política, debemos ajustar el consumo á las siguientes reglas formuladas por Juan B. Say en su excelente y popular tratado:



1.<sup>a</sup> El gasto ha de satisfacer necesidades verdaderas. No creemos preciso insistir sobre este punto habiendo ya definido las necesidades humanas y tratado del escalonamiento conveniente en su satisfacción.

2.<sup>a</sup> El consumo ha de ser lento, con preferencia al de corta duración. Con efecto, si consumir es propiamente destruir la utilidad de las cosas, cuanto más tardemos en hacerlo, por más tiempo nos aprovecharemos de ellas. He aquí la verdadera diferencia entre el gasto útil y el suntuario; el primero es pausado y metódico, el segundo rápido y desordenado. Se oponen á la lentitud y buen orden del consumo las modas, á cuya tiránica é irracional influencia nada se sustrae, y conste que no imputamos á un sexo solo esta debilidad, de la cual ambos participan.

3.<sup>a</sup> El gasto colectivo es preferible al individual. La asociación, que en cuanto no coarta de un modo absurdo la iniciativa individual, sino que la contiene en sus justos límites, es digna de alabanza, ha venido en nuestros días á confirmar plenamente la teoría del sabio economista francés por medio de las sociedades cooperadoras de consumo, ampliamente desarrolladas en Inglaterra y los Estados Unidos, que proporcionan, por un corto estipendio á las clases pobres, la satisfacción de sus más perentorias necesidades. Como quiera que en nuestra patria se halla poco desenvuelto el espíritu de asociación, convendría que el Estado alentara la formación de estas sociedades, sustituyendo en este, como en tantos otros ramos, á la iniciativa particular.

Y 4.<sup>a</sup> En toda ocasión la moral ha de regir nuestros actos. Los anteriores cánones coinciden con los principios utilitarios de Bentham, pero éste se aparta radicalmente de ellos y establece que la economía debe subordinarse á la moral. Así es, en efecto, como hemos manifestado en otra ocasión, y esto viene á echar por tierra la idea peregrina de algunos economistas que defienden el lujo, fundados en que facilita mayores rendimientos á los comerciantes y fomenta, aunque de un modo ficticio y pasajero, algunas industrias. No nos cansaremos, pues, de repetir que todo desorden económico va seguido de otro moral. Como corolario á estas



cuatro reglas, añade Say: «Si lo que se gasta en pasatiempos frívolos y peligrosos, tanto en las ciudades como en los pueblos, lo emplease una nación en buenos edificios, en vestidos aseados, en muebles útiles y cómodos y en extender la instrucción, mudaría enteramente de semblante y ofrecería cierto aspecto de comodidad y cultura, que sería un grande aliciente, tanto para los mismos nacionales, como para los extranjeros.»

Con arreglo á estas sanas máximas, hemos planteado nuestro lema: *Non argentum, sed frumentum péperit divitiam*, esto es, no la plata, sino el trigo, produce riqueza. Y aquí conviene hacer una aclaración gramatical. Es más clásico *divitiæ, arum*, en plural, que *divitia, æ*, aunque también éste lo emplearon los romanos, pero conviene amoldar el latín á la nueva tecnología científica.

#### § IV

Si mi voz fuera autorizada, si mis escritos tuviesen alguna influencia, después de haber demostrado á la sociedad en general los funestos resultados del lujo y de haber procurado apartarla de su ruina, diría el menesteroso: «No te dejes seducir por ese afán de ostentación y goces que la moral rechaza y que tampoco permiten tus medios. No gastes más que lo necesario. Nada de juego ni de taberna, donde no vas por convicción, sino porque no te se eche en cara tu supuesto apocamiento. Procura que tu alimentación sea suficiente para reparar tus perdidas fuerzas; que tu vestido sea limpio y decente, pero acomodado á tu clase, que en tu mansión se respire un aire muy puro y una moralidad más pura aún.

»Dirás que tu jornal es muy corto, y que no basta para cubrir tantos gastos. ¡Ah! y no es corto para los vicios, no es corto para el vicio. Pasemos á necesidades de otro orden. No debes contentarte con comer y vestir bien, has de instruirte y educarte. Dedicá á eso los ocios que te permita el trabajo, si bien has de mirarte mucho en lo que lees, que tal



vez cojas por el láudano, la cicuta, entendiendo por esto todo lo que excita las malas pasiones, y por aquél, lo que las calma. Las escuelas de artesanos te proporcionarán enseñanza gratuita que te perfeccione en la industria que profesas, dando alimento á tu alma, inclinándola á grandes acciones é inspirándola gusto y amor al trabajo. Esta es tu regeneración.

### § V

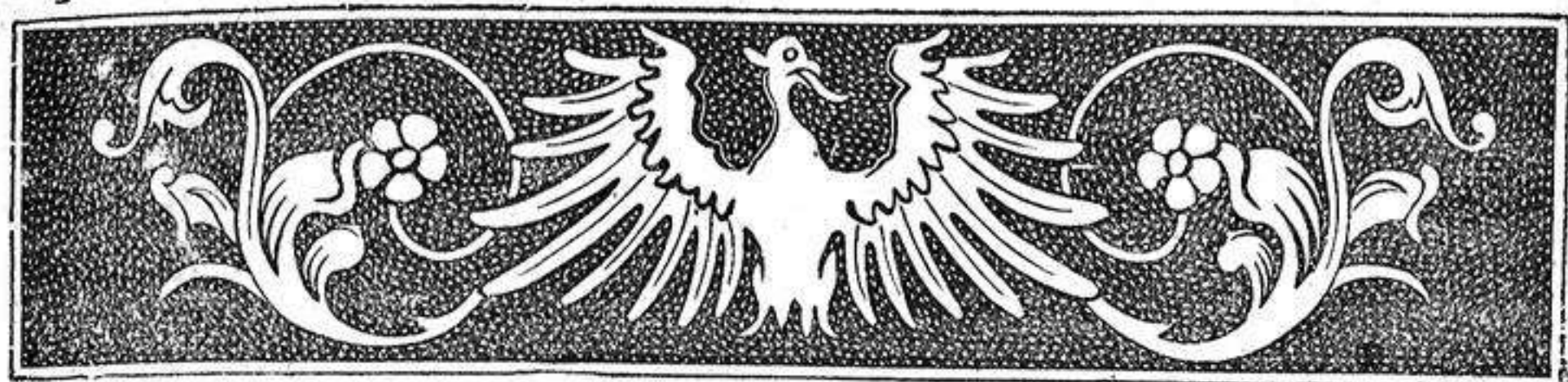
» ¡Ah! Se me olvidaba. Desprecia el socialismo, que es la forma violenta con que la escuela colectivista quiere imponer sus utópicos ideales. La desigualdad es ley de la vida. Resígnate con tu condición, que no es obra humana; procura dulcificarla. No es la pobreza, es la ignorancia la que te mantiene inferior. Además, no es pobre el que lleva en sí dos elementos valiosos de vida, como son el trabajo y el ahorro. Este último te recomiendo eficazmente. Imita á la hormiga, reserva en la abundancia algunos granos para la época de la escasez. Mañana, quién sabe, un caso imprevisto, un incendio, una enfermedad, un robo, pueden dejarte en la miseria, y entonces habrás de romper la salvadora alcancía. Pon en manos de una administradora celosa y fiel lo que sobre de tu consumo, y pronto lo verás centuplicado y serás capitalista, asegurando el pan á tus hijos. Esta es la manera más honrosa de cimentar la propiedad. Sigue mis consejos y serás una fuerza inteligente y activa, no levantisca ni perturbadora.»

A las clases privilegiadas les diría: «No abuséis de vuestras preeminencias; desoíd los halagos de la vanidad; sed cristianos en vuestros actos, morales y económicos en vuestras diversiones. Tened muy en cuenta que vuestros gastos immoderados provocan las iras del pobre. Mientras en el palacio señorial se entregan á la más desatinada orgía, no falta quien en silencio afila los puñales y prepara el petróleo y la dinamita.»

Suprimid el lujo, y os daré resuelta la terrible cuestión social. He dicho.

FRANCISCO DE P. VILANOVA Y PIZCUETA.





## UN BOCETO DE PETRARCA

---

**U**NA de las figuras más bellas é interesantes de los siglos medios, es sin duda alguna la de Petrarca. Símbolo perfecto del amor y del genio, que se enlazan en su espíritu para ofrecer al siglo XIV una muestra de la delicadeza del sentimiento y de la elevación del talento, Petrarca aparece sereno y tranquilo en medio de las turbulencias de la Italia, víctima entonces de las contiendas y rivalidades de los güelfos, blancos y negros, y en un rincón de Arezzo, á donde las persecuciones habían lanzado á su padre, natural de Florencia.

Petrarca nace en el destierro, para ser el poeta de la soledad; nace entre los odios de güelfos y gibelinos, para cantar el amor imposible, y vive entre las revueltas político-religiosas, para anatematizar la guerra y solicitar la paz desde las apacibles y deliciosas orillas de la Sorgue.

Petrarca brilla con luz tan pura y tan deslumbrantes reflejos, que fué necesario para mitigarlos toda la sombra de la gigantesca figura del Dante y toda la gloria de la *Divina comedia*. La profunda filosofía y el vivo colorido de los cuadros, la variedad de las escenas y la fecundidad prodigiosa de los detalles, la novedad de los pensamientos y el lujo esplendoroso de las situaciones, la ciencia vasta y el estilo vi-



goroso que componen el fondo y la forma de aquella sublime alegoría, fueron precisos nada menos para hacer palidecer la dulce irradiación de la poesía de Petrarca, menos viril y menos poderosa que la de Dante; pero más suave, más tibia y perfumada que la del genio florentino.

Petrarca no resiste, ni su memoria resistió, sin duda, la comparación con Dante; y sin embargo, Petrarca no fué bien conocido y apreciado, cuando tan pronto se le olvidó por éste. La gloria de Dante no podía perjudicar á Petrarca; ambas se concilian. Por algún tiempo, así como cuando brilla el sol en los cielos no es posible notar la luz de las estrellas, así el esplendoroso astro de Alighieri no consintió que en tres siglos apareciesen en el horizonte los suaves destellos del poeta del amor y la melancolía: mas luego que los tiempos cubren con el velo de la distancia los vívidos rayos del astro deslumbrador, hienden el espacio los hilos de fuego de las estrellas y aparece en el horizonte del arte la pura luz de la poesía de Petrarca.

La *Divina comedia* no puede ponerse en frente del *Cancionero*; pero el poema del amor y de la vida puede vivir después, y aun al lado, del poema de la ciencia y de la muerte; el sentimiento puede existir unido á la filosofía, como la juventud junto á la vejez y la tierra con el cielo. Petrarca es más hombre; Dante es más genio.

Petrarca es el símbolo de la humanidad, embellecida por el arte; armonízanse en él, como en ésta, las emociones y los arrebatos de un alma que sólo sabe sentir, con las ideas y los designios de un espíritu á quien la vida misma ha enseñado á pensar. El es el espejo en que se retratan los sucesos de su época; es un alma en que se dejan ver las transformaciones producidas por el siglo. Petrarca es una conciencia que nos deja percibir todo su fondo; un espíritu poético á quien ha hecho traición su misma poesía. En una edad nos muestra en su corazón las ruinas del amor; en otra edad nos enseña en su mente las huellas del desencanto, y siempre nos ofrece en su alma la obra de la experiencia, el trabajo de la vida, los restos de sus ilusiones, las cenizas de sus ardientes afectos y los escombros de las primeras creencias y de los



juveniles propósitos, como llenan la conciencia hombres y sucesos, historia é infortunios.

Petrarca es un estudio interesante para el poeta y para el filósofo: puede aprender en él tanto el artista como el sabio: tomadle en su juventud, y hallaréis en él al poeta; tomadle en su vejez, y encontraréis al pensador. Es más; á los ojos del artista, puede expresar Petrarca toda la historia del arte; y á los del sabio, todas las fases de la ciencia. En efecto; en su *Cancionero*, Petrarca es romántico; en sus imitaciones del arte antiguo, en su culto por Cicerón y Virgilio y en sus esfuerzos por restaurar las letras y el buen gusto en Italia, Petrarca es clásico; en sus sonetos y canciones, aparece lírico; en su obra titulada *Africa*, épico; en sus églogas, dramático, y didástico en sus epístolas latinas. Por otra parte, Petrarca presenta el singular fenómeno de la conversión del arte en ciencia y del tránsito de la poesía á la meditación, de la inspiración al razonamiento. Y si queremos estudiarle como sabio, sus *Confesiones*, sus diálogos sobre *El desprecio del mundo*, y más que nada sus cartas familiares y políticas, nos le ofrecen como psicólogo, como moralista, como místico y como político, siempre digno de admiración y de estudio, de imitación y de aprecio.

Detengámonos un instante á bosquejar la primera fase de la vida de Petrarca, y señalémosle como poeta.

Su musa sentimental lanza el primer suspiro con ocasión de la muerte de su madre Eletta Canigiani; y sus delicados versos, si bien de incorrecta latinidad, revelan ya al genio y expresan la confianza del poeta en sus destinos inmortales.—*Vivemus pariter*—dice á su madre,—*memorabimur ambo*: viviremos juntos y se nos recordará al mismo tiempo. Mas arrebatado luego por su viciosa juventud y por la costumbre de la corte caballeresca de Aviñón, llena de tradiciones galantes, y en la que aún resonaban los apasionados cantos de los enamorados trovadores que ahuyentara la guerra de los Albigenses, el genio de Petrarca se despierta al aliento del recuerdo elegante, único en que se daba culto á las letras, y herido á su vez por la belleza de Laura, á quien encontró un día en la iglesia de las religiosas de Santa Clara, el amor,



fuente viva de la poesía italiana, le inspiró su *Cancionero*.

Desde entonces Petrarca es el poeta del corazón: y en el *Trionfo d'amore* nos da á conocer cómo se dejó penetrar por esos hábitos caballerescos que de castillo en castillo llegaban hasta las cabañas, y que, brotando en la corte pública de los reyes, invadían y se filtraban hasta en el hogar privado de los políticos antimonárquicos. El *Triunfo del amor* nos muestra á la vez la condición de Petrarca, sus aficiones literarias y la influencia que en su pecho, lleno del amor de Laura, habían de ejercer otros amores, ya pertenecieran á la mitología griega, como los de Egisto y Clitemnestra, ya á la historia de Italia, como los de Paolo y Francesca de Rimini. El *Triunfo del amor*, como el *Canzoniere*, manifiestan que su autor, uniendo las tradiciones poéticas de la literatura provenzal á las enseñanzas exóticas, supo imprimir á sus cantos un sello característico, producto á la vez de la naturaleza de sus primeros amores, y de la manera especial de interpretar esos afectos llenos de belleza, de gravedad y de pudor.

Hacer del amor una religión, creer en su omnipotencia y en su santidad, levantarlo por encima del sacramento matrimonial y pintarlo con un lenguaje puro, ideal, empapado en todas las armonías del alma y perfumado con el aroma de los sentimientos más dulces y tiernos, cosas son que no pudo aprender Petrarca de los corrompidos trovadores provenzales ni de los frívolos y sutiles ingenios de las márgenes del Loire. Ciertamente que en Italia la poesía se depura y se eleva; que los poetas beben unidas la inspiración artística y la profundidad filosófica; que las teorías platónicas sobre el amor, envueltas en el fantástico ropaje de las tradiciones orientales y en alas de algunos recuerdos bíblicos reanimados por los Padres de la Iglesia, cruzan el Mediterráneo, quizá en las mismas naves en que Florencia envía al Asia sus tejidos de lana y seda, y vienen á arrancar de los labios de los poetas, y de Petrarca más que de otro alguno, cantos dulcísimos de un amor casto y puro, que no alcanzan á manchar las licencias de los placeres sensuales, ni las voluptuosidades de la corte de Federico II.



Petrarca no sólo permanece fiel á las exigencias del pudor, sino que cediendo á la misma idea que tiene del amor, le arranca el ropaje simbólico en que le mantenía envuelto la lírica italiana, le saca de entre el falso celaje de las abstracciones, le trae á la tierra, le da realidad, y aun le hunde, por decirlo así, en las profundidades del alma misma que lo siente, imprimiéndole con delicada mano un movimiento de concentración y de subjetivismo, por medio del análisis psicológico que parte del profundo estudio de sí propio, y le permite percibir los menores detalles de su pasión y sus más fugitivas impresiones.

El *Cancionero* es un verdadero tratado de psicología amorosa; no ya se revela en él la naturaleza delicada, digna y graciosa de su amor, sino que se expresa cuanto hay de ternura, de melancolía, de esperanzas, de sufrimientos, de resignación, de consuelos y de intermitencias en una pasión hondamente sentida, noblemente soportada y estrechamente unida con la fe más grande y la religiosidad más perfecta.

La fe triunfa de la pasión en el alma de Petrarca, y brota en ella viva y ferviente, como todo lo que nace y se nutre de su espíritu, al leer las *Confesiones* de San Agustín, que habían de ser para él fuente de consolación y origen de las transformaciones que en él se operan y que nos pinta en sus diálogos sobre *El desprecio del mundo*. La lucha entre el amor y la fe, las alternativas de arrebató y calma, sus deseos de arrancarse del alma aquella pasión, los medios que para ello emplea, el rezo, la meditación, la penitencia, hállanse en la carta dirigida al P. Dionisio de Borgo, San Sepolcro, el 26 de abril de 1336, en la que refiere simplemente una ascensión al monte Ventoux. Dice que se hallaba allá en la cumbre, mirando al Ródano perderse en el mar y á los Alpes hundir sus nevadas cumbres en el cielo: la soledad y la belleza de aquel cuadro traen á su alma á la vez sus dos amores, y sintiéndolos luchar dentro del pecho, exclama al fin:

—Ahora lo que acostumbraba á amar no lo amo. Miento. Lo amo aún, pero más vergonzosamente y con mayor tristeza. Sí, digo la verdad. Así es. Amo, pero lo que desearía no amar, lo que querría odiar. Amo, sin embargo, pero apesar



mío, forzado, con disgusto, con duelo, y experimento en mí mismo la verdad de este famoso verso:

*Odaro si potero: si non invitas amabo.*

Aún no hace tres años que esta voluntad criminal y perversa que me dominaba por completo, que reinaba sola y sin contradicción en el fondo de mi alma, ha empezado á encontrar otra que se revuelve y le resiste...

Esta es la fe y este es el lenguaje de San Agustín cuando nos habla de las batallas que en él sostenían sus dos voluntades; la de convertirse á Dios y la de perseverar en su primitiva y licenciosa vida.

Perseguido por las seducciones y atractivos de su desventurado amor, corrió Petrarca de Aviñón á Lombiz; de París á Gand, á Liege, á Aix-la-Chapelle, Cologne, las Ardenes, Lyon, Marsella é Inglaterra, para volver á Vaucluse y á las orillas de la Lorgue, donde recibió ese laurel poético de que cierto día deseó verse coronado en honor de Laura, y que ningún poeta de Italia había ceñido á sus sienes desde la caída del imperio romano.

El 23 de agosto de 1340 llegó á manos de Petrarca una carta en la que el Senado de Roma le invitaba á ir por la corona al Capitolio. Petrarca partió, en efecto, y un año después, el día 8 de abril, un senador colocaba el laurel sobre su cabeza, ante un pueblo numeroso y entusiasmado.

A su vuelta de Roma fué cuando compuso esos diálogos *De compsemsu mundi*, en los que se traduce toda su conciencia y se observan ya los primeros progresos de la razón sobre los restos candentes de sus platónicos amores, viejos ya de diez y seis años. *El desprecio del mundo* es la confesión de Petrarca, y es claro que un alma que se revela, lejos de ser el juguete de sus pasiones, empieza á ser dueña de sí misma, y que si aún lleva las cadenas de su cautiverio, empieza á li-marlas y se halla próxima á romperlas: tal vez las lleva todavía por hábito, por falta de valor; mas no por ceguedad ni por ilusiones, ni por desdén hacia la libertad. Petrarca empieza á preguntarse, si bastando un amor casto y puro á llenar los destinos de su corazón juvenil, puede del mismo mo-



do ser suficiente para constituir la misión del hombre y el fin total de su vida. Sus instintos religiosos y los piadosos recuerdos de su infancia, evocados oportunamente por su razón, vienen á torcer el rumbo de su espíritu y á conducirle hacia un destino terrestre más cristiano, más profundo y más filosófico. A medida que avanza así hacia la fe, se va Petrarca separando de su amor, como la vejez aleja á Laura de la belleza, y como el positivismo de una pasión envejecida aparta el amor de la pureza y la castidad. Petrarca conoce que hay en su amor algo del deseo, y le rechaza por eso: alza los ojos al impulso de la sensualidad, y halla marchita ya y descolorida la belleza de su amada. Desde entonces el cambio está hecho: al morir, se lleva Laura á la tumba el amor de Petrarca.

Aún lanza algunas protestas de amor; aún lo defiende contra su propio arrepentimiento y contra las severas conclusiones de su ortodoxia; aún se escapa á veces, últimos destellos de una llama que se apaga, de su corazón y de sus labios, ponderando su excelencia, su benéfico influjo, su magnitud y hasta su elevación religiosa. Pero al fin muere; muere, después de haber hecho de Petrarca un gran poeta; muere, después de haberle arrancado algunas bellísimas páginas que han bastado á inmortalizarlo. Sin Laura, Petrarca no compartiría las glorias de Italia con el amante de Beatriz.

A Dante y á Petrarca los ha hecho genios el amor: sólo que Dante hace de Beatriz su idea y del amor su filosofía, y Petrarca hace de Laura su existencia y de la pasión su fe. Dante transforma á Beatriz en un símbolo y su amor en una teología; Petrarca hace de Laura un culto y de su pasión una religión. Dante ha trasladado del mundo antiguo al moderno la filosofía y la verdad; Petrarca el sentimiento y el espiritualismo caballeresco.

Las *Eglogas* y las *Cartas secretas*, de Petrarca, tienen un carácter y un propósito muy distinto: no es ahora el corazón que siente, sino la inteligencia que piensa; no es el consuelo de amor, es la necesidad de conseguir; no es la pasión que inspira, son la fe que se exaspera, y la religiosidad que se subleva contra los escándalos y las impiedades del siglo.



Han creído algunos que Petrarca escondía un pensamiento de oposición contra la Iglesia, cuando sólo, como Dante, alzaba su voz para reprender al alto clero, y cuando jamás su piedad y su fe consintieron que sus quejas y acusaciones pasaran de la persona á la idea, del sacerdote al dogma. Como muchos escritores cristianos de la Edad Media, Petrarca alza su clamor contra las insolentes riquezas y las sencillas afeminadas costumbres de algunos prelados; y mientras hace una vida monacal y endurece sus deberes religiosos con rezos y ayunos, amonesta al clero para que practique los lazos y no amortigüe la fe de los creyentes, y protesta con enérgicas palabras contra el lujo y la corrupción de los altos dignatarios de la Iglesia, exigiendo la sencillez, la humanidad y la pobreza de los primitivos pastores.

Petrarca no es un reformista, ni un heresiarca; antes bien en nombre del cristianismo clama contra los abusos que comprometen la fe, compara los opulentos y espléndidos prelados de su tiempo con los humildes pescadores de Geneza-reth y les reprende que así borren de la fantasía popular los sublimes y magníficos recuerdos de la vida de Cristo.

Pero dónde aparece verdaderamente fecundo Petrarca, donde nos revela una vasta erudición y se nos presenta con un carácter nuevo en alto grado formal y filosófico, es en sus obras latinas. A más de su afición á Virgilio y de su culto por Cicerón, conoce Petrarca, no sólo los poetas y prosistas célebres de la Roma antigua, tales como Horacio, Terencio, Plauto, Navius, Statius, Plinio, Séneca, Tito-Livio y Quintiliano, sino otros casi olvidados en aquella época, como Lactancio, Aulo-Gelio y Macrobio.

De estos estudios brotan sus *Discursos sobre Tito-Livio*, su tratado de *El Príncipe*, su gran poema *El África* y su rica correspondencia en prosa y verso, obras todas escritas en latín, si no con la corrección ni la elegancia de los clásicos, sí con la suficiente facilidad y soltura para demostrar que la lengua latina, á la sazón abandonada, podía servir para expresar todo género de pensamientos y afectos, desde las cuestiones más serias y arduas de política y filosofía, hasta los asuntos más ligeros y los movimientos más secretos y deli-



cados del corazón humano. Esto fue resucitar el latín, darle vida, reanimarle con el soplo de su propio espíritu, envolviendo en este yerto ropaje el fuego de sus ideas y de sus emociones.

Latiendo bajo la lengua de Lacio el corazón de Petrarca, revolviéndose su inteligencia bajo su pluma, no es de extrañar que su estilo aparezca adornado de una originalidad característica y de un grado de belleza suficiente para hacer olvidar sus incorrecciones.

Sin duda para corresponder al honor de su coronación, concibió Petrarca la idea de terminar un poema hacía tiempo imaginado en las soledades de Vaucluse (1339), en alabanza de Scipión el africano. Proponíase, además, con esta obra, renovar las glorias de la lengua latina, ofreciendo al mundo una nueva Eneida; y con el entusiasmo propio de tamaño intento y la inspiración febril de la gran selva Pianna, que se extiende sobre el Apenino en las cercanías de Reggio, emprendió un trabajo que el público esperaba con impaciencia y amaba ya sin conocerlo.

El *Africa*, sin embargo, no debió de satisfacer á su autor, pues no sólo no lo publicó, temeroso de que debilitase su renombre, sino que hubo de reconvenir duramente á su amigo Barbato de Sulmona, por haberle arrebatado y lanzado al aire de la publicidad treinta y cuatro versos. Sólo después de su muerte, Boccacio primero y Coluccio Salutati luego, se apoderaron del manuscrito, abandonado hacía treinta y dos años, y apesar de la gran laguna que éste último observó entre los libros IV y V, se hicieron algunas con qué acallar las exigencias del amor, la curiosidad y el entusiasmo de sus numerosos amigos.

Sin que esta obra merezca del todo el desdén y hasta el disgusto con que la trató su autor, seguramente tampoco es bastante para apoyar los títulos del renombre de Petrarca como latino. Ni ha llegado intacta á la posteridad, sino mutilada, desfigurada, en desorden, llena de faltas de impresión y de defectos prosódicos y sembrada de falsedades y vicios de metrificacón en que incurrieron los impresores. De todos modos el poema de Petrarca es muy inferior al de Silius Ita-



licus: hay en él trozos bellísimos, ya llenos de sentimiento, como el patético encuentro de los embajadores y prisioneros cartagineses sobre los muros de Roma; ya vivos y enérgicos, como la descripción de la batalla de Zama; ó bien brillantes y delicados, como el sueño de Eunio; mas en cambio, todo él se compone de una serie monótona y pesada de largos y semi-bárbaros discursos, que coloca el autor en boca de sus personajes, tales como los de Scipión y Silius, los de Aníbal y Syphax, los de Asdrubal y Magón.

Mas ya hemos dicho que para juzgar la latinidad de Petrarca no ha de recurrirse al *Africa*, sino á las *Epístolas*. Estas revelan el acento y la inspiración del autor del *Cangoniere*, su gracia, su melancolía, su dulzura, sus profundos conocimientos y la maestría con que manejaba la lengua de Cicerón y de Virgilio. La relación de sus viajes, la pintura de la amistad, los discursos sobre la movilidad del carácter humano, las reflexiones acerca del influjo de las letras sobre el espíritu del hombre y cuanto se le ocurre para encarecer la utilidad del estudio del griego y las ventajas de comercio literario entre los hombres, pueden citarse, entre otros muchos pasajes, como preciosos modelos de admirable fondo y de admirable forma. Merece citarse, en particular, la epístola que se dirige á sí mismo, excitándose al arrepentimiento de sus faltas y á no retardar la penitencia, manifestando, además, su ardiente deseo de ser sepultado en tierra de Italia y asegurando que reposarán tranquilos y aun gozosos sus restos, si se hallan cerca de los de sus antepasados.

La correspondencia y las obras latinas de Petrarca traen á su país y derraman sobre la generalidad de los literatos una multitud de ideas y de hechos de la antigüedad, casi olvidados ó perdidos del todo. Petrarca toma de los textos clásicos los más interesantes detalles de la historia romana, que habían ocultado el desdén y los años; les sacude el espeso polvo que sobre ellos habían arrojado la fantasía de los poetas legendarios y los caprichos de los novelistas, poco respetuosos para con la verdad histórica, y los restablece en su integridad, devolviéndoles su interés y su importancia, más que con la exactitud del sabio con la pasión del ciudadano, que se



propone enaltecer con noble orgullo los títulos de gloria de su patria.

Tal fué el objeto de la *Historia de Roma desde Rómulo á Tito*, de la que el mismo autor sólo dejó un compendio con el nombre de *Vida de los hombres ilustres*; pero cuyo manuscrito apareció más tarde traducido al italiano por su amigo el gramático Donato de Pratovecchio. Este libro demuestra cuánto conocía Petrarca de la antigüedad latina y cuánto había estudiado la historia romana.

Y no sólo los escritos de Petrarca son notables por su erudición, la cual sólo indicaría la avidez con que dedicó su vida á instruirse, sino que los salpica de una crítica tan independiente como atrevida, la cual constituye á un tiempo la originalidad y el aprovechamiento de sus obras. La crítica de Petrarca nos ofrece en él ya más al pensador que al poeta; sin ceder jamás á las imposiciones de la autoridad, sólo acepta como verdadero lo que se conforma con su razón, protesta con energía contra los errores más acreditados y las falsas opiniones más sostenidas, y escoge con perfecta libertad y noble audacia lo que juzga cierto entre las preocupaciones y creencias rutinarias, emancipando el espíritu del yugo de las supersticiones seculares y de las cadenas de los astrólogos y alquimistas, *colaboradores del demonio*, en el sentir de los sabios.

Petrarca es incrédulo respecto de la astrología, á la que juzga como *un medio de ganar el pan*; respecto de la alquimia, que califica de charlatanismo y de ignorancia, y aun respecto de la medicina, que le inspira una invencible aversión, cuyas maravillosas recetas juzga como expresiones de la pedantería, y cuyo carácter científico niega rotundamente por cuanto se refiere á los médicos de su tiempo, á quienes cree del todo ignorantes. Por eso recuerda al Papa Clemente VI, enfermo y rodeado de médicos, la inscripción que cierto Emperador hizo grabar sobre su sepulcro: *Turba medicorum perii*; y por eso jamás hizo caso de las prescripciones facultativas, y aun ordenó á sus criados que, en el caso de que perdiese el conocimiento, no consintieran en modo alguno que se le administrase lo que dispusieran los médicos para su curación.



Es preciso no ver en esto un mero capricho ó una singularidad de carácter, sino un alto concepto de la ciencia; un respeto, llevado hasta la veneración, de los grandes principios del saber humano, y por consecuencia, un profundo desprecio hacia aquellos que, en su sentir, envolvían su ignorancia bajo la ampulosa vestidura de un lenguaje tan oscuro como sonoro.

Su repugnancia á las fórmulas le hizo asimismo despreciar la argumentación silogística con que revestían sus discusiones los sabios de Montpellier, Bolonia y París; y nunca cesó de criticar que el fondo de las cuestiones se supeditase al modo de exponerlos, perdiéndose el cuerpo de la materia bajo los amplios pliegues de la dialéctica, y haciendo del instrumento lo esencial y de lo esencial un pretéxto, imprudente á veces, para hacer alarde de esa especie de gimnástica ó esgrima intelectual. Del mismo modo se le oye censurar las argumentaciones vacías ó las disputas pueriles con que los sabios más serios y respetables solían entretenerse, que el poco respeto con que se reducían á ingeniosas combinaciones silogísticas los más altos conceptos y graves problemas de filosofía y religión.

Conoce que los escolásticos de su tiempo, parapetados tras la respetabilidad de Aristóteles, parece como que la provocan á dar un ataque á la gran figura del maestro de Stagira; Petrarca resiste al principio á atentar contra el ídolo de los teólogos y el dios de las ciencias sagradas y profanas; luego empieza por negar el título de *aristotélicos* á los sempiternos discutidores, de larga lengua y pluma corta, que charlan y no escriben; sigue acusando á los comentadores árabes y judíos de no haber entendido á su maestro; y concluye atacando con valentía la autoridad del filósofo griego, sosteniendo, no sin escándalo, que Aristóteles, después de todo, no es más que un hombre, que su sabiduría es limitada, que carece de elocuencia, por más que tuviera talento; y que, sirviendo sus obras para instruir, son impotentes para persuadir y conmover.

Tal ataque al prestigio de Aristóteles, no sólo despierta en su época el espíritu crítico, sino que le robustece con el de-



recho de juzgarlo todo, empezando por la autoridad filosófica más imponente, y le comunica la acertada dirección que busca los principios del arte y el sentido divino de la belleza, pasando por encima del lenguaje, y separando la retórica de la gramática para llevarla hacia las fuentes del gusto y del sentimiento de lo bello.

La vida de Petrarca es una época memorable en la historia, no ya del arte italiano, sino del espíritu artístico de la humanidad. A su ejemplo, por su imitación, despertóse la afición á los estudios clásicos, buscáronse los manuscritos, se corrigieron los que existían, bajaron los textos desde las bibliotecas de los sabios á las escuelas en que se educaba la juventud, vulgarizóse el latín, depuróse el gusto, se desenvolvió el sentido estético, se perfeccionó el estilo, se enriqueció la lengua, y mejorados los modelos, desenvolvióse el arte de imitación y progresó la cultura literaria de Italia, y por la de Italia la de las demás naciones.

Desenterradas una porción de obras que yacían en olvido durante algunos siglos, enriqueció Petrarca su biblioteca con preciosos manuscritos, tales como las *Instituciones oratorias*, de Quintiliano; y las *Cartas*, de Cicerón, que hizo copiar á su costa; y para defender luego los más notables de cualquier ultraje ulterior, cediólos á la República de Venecia.

También se deben á Petrarca y á su amigo Boccacio los primeros estudios de griego en Italia. Petrarca anciano, rodeado de gloria y admirado por todos, asistió primero á la escuela de Varlaam y luego á la de Leoncio Pilato, para aprender los primeros elementos de la lengua de Homero y de Platón. Más tarde excitaba á su maestro á que terminase con Boccacio la primera traducción latina del gran épico griego; traducción desgraciada sin duda, pero fecundísima, porque significaba que las glorias literarias de Grecia iban á salir de las tinieblas de la ignorancia que las oscurecía á los ojos de los pueblos de Occidente.

Una faz política tiene también Petrarca.

Su sensibilidad exquisita, la generosidad de su carácter, su amor á todo lo noble y su indignación contra los obstáculos que se oponen á la ejecución de cuanto es bello y magní-



fico, habían de revelarse en las diferentes esferas en que hubo de desenvolverse la vida del poeta filósofo. El espectáculo que ofrecía la Italia de su tiempo y las relaciones que le unieron á los Colonna, esos jefes ambiciosos de la turbulenta nobleza que dominaba en Roma en la Edad Media y que desplegaba en la ciudad eterna el insolente facistol de sus violencias, unidos á lo que se desprende de la lectura de Virgilio, Cicerón, Tito-Livio, brillantes reflejos del poder y la gloria del pueblo Rey, hicieron que Petrarca considerase siempre á Roma como la reina del mundo, y que deseara verla levantarse del abatimiento y la servidumbre en que la retenían los nobles y restablecerse en su antigua grandeza. Petrarca juzga á Roma depositaria de los altos destinos de la humanidad; la cree ejecutora de los altos decretos de Dios y encargada, desde los tiempos de Troya y Eneas, de dar la unidad á las naciones y de gobernar el mundo bajo los principios de una religión divina y de una política absoluta. Petrarca espera ver un día sentados en un mismo trono, que se alzaría sobre todos los pueblos de la tierra, al Emperador, jefe civil de las naciones, y al Papa, jefe santo de la humanidad. Ambos unidos, pero ambos independientes; el uno gobernará los cuerpos y el otro las almas. Utopía natural y hasta necesaria en los que presencian la división infinita de las opiniones y la pulverización del poder, allí donde aún se notan las colosales ruinas del cesarismo romano, manchadas con la sangre de los mártires cristianos. Así se explica que, soñando Petrarca con la idea de un poder absoluto, como el único que podrá dar la preponderancia á Roma y la paz á Italia, apesar de su carácter sacerdotal, no vacile en dejarse llevar por la corriente popular innovadora.

En aquellos momentos se levanta de las orillas del Tíber la simpática figura de Rienzi. Rienzi, que viene á realizar el pensamiento de Petrarca; pero que para ello debe destruir el poder fatal de los Colonna. Petrarca no vacila; entre sus esperanzas y su historia, entre el pasado y el porvenir, entre su amistad y su ideal, elige á Rienzi.

El tribuno del pueblo supo despertar el sentimiento del honor nacional con sus poéticas alegorías, ya pintadas al fresco



sobre los muros del Capitolio, ya grabadas con el cincel ardiente de su elocuencia en las conciencias de los romanos.

Rienzi arrastró al pueblo un día hasta las cumbres del Aventino, hirióle el corazón con esperanza de regeneración, deslumbróle la fantasía con halagüeñas promesas y empujóle entusiasmado sobre el Capitolio después de poner en sus manos una nueva constitución que debía ser la expresión de la justicia popular y de la paz, la seguridad y el orden que ambicionaba Roma fatigada. El mismo Rienzi, el libertador del pueblo, se encargó de ejecutarla con el título de Rector y con la cooperación del Obispo de Orvieto, Vicario del Papa, que, simbolizando la autoridad y la intervención de la Santa Sede, indicaba el reconocimiento y la subordinación de los revolucionarios al Pontífice.

Las palabras *unión*, *fraternidad* y *perdón*, unidas á algunas severas correcciones impuestas al bandidaje, calmaron el desorden y esparcieron la seguridad por todas partes. En el primer momento, Rienzi se vió, en efecto, robustecido con el apoyo de la corte pontificia, y á su grito contestaron todas las ciudades de la Italia, desde Nápoles á Venecia y desde Florencia á Milán.

Petrarca, más que otro alguno, gozaba con la resurrección de Roma y la regeneración de la patria: así lo indican el placer y el entusiasmo que respiran las cartas que escribió al tribuno, aplaudiéndole y felicitándole, y especialmente la que dirigió al pueblo romano, excitándole á perseverar en su obra y á caminar con paso vigoroso por las nuevas sendas abiertas ante sus ojos. Esta epístola es un verdadero canto de triunfo para los revolucionarios y un grito de guerra contra los opresores de Roma. Petrarca aconseja el sacrificio de los enemigos del pueblo: y lejos de olvidarse de que al frente de ellos se encuentran los Colonna, arrastrado por las pasiones políticas, falta á las exigencias de su naturaleza delicada y tierna y á los deberes de la amistad y de la gratitud, y delirante de patriotismo, los señala los primeros para la muerte. Mas tarde, cuando Clemente VI intenta reformar la Constitución romana, Petrarca es consultado sobre la participación que ha de darse al pueblo en el Gobierno, y se le oye contestar con



valentía como admirado, que, supuesto que en Roma sólo el pueblo es romano, no es una parte, sino toda la autoridad la que es preciso poner en sus manos; que los nobles, los Orsini, los Colonna, son únicamente los extranjeros y los usurpadores y que era menester arrancarles violentamente sus títulos y su falso derecho á intervenir en la gobernación del Estado; y aun si preciso fuera, arrebatárles los medios de dañar y prender fuego á sus palacios.

Petrarca no odia, sin embargo, á los Colonna: Petrarca, vehemente é impetuoso, ama á la Italia, y todo lo sacrifica á lo que juzga provechoso y bueno para ella. Por eso, más tarde, cuando Rienzi, falto de firmeza y de virtudes cívicas, de educación y de temperamento guerrero, preso de la vanidad más insolente y de la soberbia más irritante, y lleno de tanto amor á la vida y de tal miedo á la muerte, que le paralizaban gobernando, y al fin le hicieron huir ante una sombra de peligro y caer lleno de terror y de vergüenza, Petrarca defendióle contra sus acusadores, ó más bien defendió en él sus mismas utópicas ideas, y pensó luego, para realizar la unidad italiana, en el Gobierno de un Príncipe ilustrado y valiente, tal como se le aparecía el Emperador Carlos IV, á quien llama, como á un nuevo libertador, en socorro de la Península.

Así como la vida poética de Petrarca se reasume en el amor de Laura, la vida política se expresa entera por el pensamiento de la unidad de Italia. Esta idea había brotado en la mente de Dante, germinaba en la de Petrarca y había de plantearla Maquiavelo; esta idea había de tener un gran valor en la cabeza de un hombre que se interesa grandemente por el destino ulterior de su patria, y asiste al doloroso espectáculo de las incesantes guerras con que se destrozan los Estados italianos. Los escritos están llenos de consejos al pueblo, de reconvenciones porque hacen intervenir á extranjeros en sus contiendas y de pensamientos oportunos para conseguir la salvación de su país, y dignos de un político de los tiempos modernos.

Y, sin embargo, Petrarca llama á un Príncipe alemán á reinar en Italia, y más tarde, cuando este Príncipe huye, co-



mo huyó Rienzi, le reprende, le vuelve á llamar y le hace venir cuando ya la idea del Imperio ha muerto en la memoria de los italianos.

Petrarca se equivoca, como se engañó Dante, creyendo que los destinos de las naciones dependen de un solo hombre; sus sucesores han podido ver que la unión, la paz y la grandeza de los Estados no hay que exigir las de los Emperadores, sino de los pueblos. He aquí el progreso que se realiza de Dante á Maquiavelo.

Concluyamos: el amor de Laura y el amor de Italia llenan la vida de Petrarca: el primero es el alma de su juventud, y el segundo, el pensamiento de su vejez. Ni pudo gozar de aquél, ni ver realizado éste; ambos fueron solo sublimes y magníficas utopias, que bastan sin duda á llenar una vida; pero que al terminar esta vida encuentran vacío el espíritu. Entre el amor de Laura, delirio de su corazón, y la unidad de Italia, sueño de su cerebro, colócase la fe religiosa que le lleva á recibir las órdenes y le hace subir á la dignidad de arcediano. Pero si esta fe basta á enfriar las candentes cenizas de su amor, no tiene en cambio fuerza para mitigar los ardores de su pasión política, que le arrastra, sin duda, en distintas ocasiones sobrado lejos. Su amor flota entre Laura y Dios, y su política va de la República al Imperio. Su juventud se desliza huyendo de Laura, á la que ve en todas partes, ó buscando á Laura, á la que no piensa poseer jamás, y su virilidad pasa como su vejez entre los halagos de los Vizconti, los Carrare, los Colonna y los Gonzaga, á quienes luego habrá de hacer traición, y los agasajos de los Papas, cuyas tendencias había de contrariar, y de los Reyes, á quienes al fin había de despreciar.

Y, sin embargo, el carácter de Petrarca, unido á su genio, explica el respeto y el amor con que le trataron vivo y le lloraron muerto los pueblos italianos y aun los literatos y sabios extranjeros. Su carácter, grande en las ambiciones, enérgico, al par que delicado, hasta en sus defectos, gracioso y digno á la vez hasta en sus delirios, y su genio, mezcla de arte y filosofía, de espontaneidad y de reflexión, de racionalidad y de fe, justifican los testimonios de afecto y las mues-



tras de consideración y aprecio que obtuvo durante su vida de sesenta años, y las alabanzas unánimes y la admiración constante que mereció de todos, amigos y enemigos.

Hoy Petrarca se nos ofrece como un modelo de aplicación y de amor al estudio, como una gloria literaria y científica para la Italia, que le admira como poeta inspirado, incansable escritor y profundo político, y como un ejemplo de virtud religiosa, de austeridad en las costumbres y de actividad intelectual para la humanidad, que le coloca entre los sacerdotes del saber y los soldados del trabajo.

He aquí, para terminar, unas bellas frases en que se resumen los instintos de su vida, y que casi son las últimas que trazó su pluma:

«De todos los goces terrestres, así como no hay ninguno más honesto que las letras, tampoco lo hay más duradero, más dulce, más fiel, ni que acompañe á través de todos los accidentes á su poseedor, con tan poco aparato, con tan poco disgusto (1).»—(*Carta á Boccacio.*)

ROMUALDO A. ESPINO.

---

(1) *Omnium terrestrium delectationum, ut nulla litteris honestior, sic nulla diuturnior; nulla suavior, nulla fidellior, nulla quæ per omnes casus possessorem suum tam facili apparatu, tam nullo fastidio comitetur.*







# LA ODA

## ESBOZO HISTÓRICO CRÍTICO

CONTINUACIÓN (1)

XXXVIII

LIRA HISPANO-HEROICA



ORRESPONDEN, sin violencia, á este linaje de odas, muchas comprendidas en los capítulos «Voces de la Historia,» «Himnos patrióticos y guerreros,» «Helena y la Cava,» «La batalla de Lepanto,» etc.; de modo que en la lírica heroico-española, sólo van á resonar algunas breves armonías, olvidadas en aquellas partes.

Porque, innecesario es advertirlo; nuestra raza aparece en la historia como una de las más rebeldes, levantiscas y belicosas del mundo. «Cantaber sera domitus catena,» decía Horacio, y con razón, que por poco son desmentidas las antiguas profecías acerca de la paz universal en cuyo seno nacería el Justo, por la heroica resistencia de los cántabros al poder de Augusto; y ese heroísmo fué el de iberos y celtas y celtíberos frente á cartagineses y romanos, y más de siete

(1) Véase la pág. 481 del tomo anterior.



siglos opuso valla insuperable á las hordas islamitas que se extendieron desde las orillas del Guadalete hasta los reinos de las Alpujarras.

El primer himno guerrero y patriótico de que hablan los historiadores con asombro, es el himno que, en las rocas de sus montañas, y clavado en un leño por sus enemigos los romanos, entonaba el cántabro «nunca domado,» himno que, cuando las tierras septentrionales de España arden en guerra, deben repetir todavía los ecos salvajes de aquellas serranías.

El Canto de Roldán, otro documento de venerable antigüedad, ha resucitado para no perderse ya en las quiebras de nuestras montañas y en las profundidades del olvido.

Los cantos de los valientes reconquistadores de España, cautiva de los árabes y moros, se han desvanecido al sucumbir, con la Edad Media, la vagamunda raza de los juglares de péñola y de boca, aquéllos compositores y recitadores éstos de sus composiciones heroicas, al son de la chirimía, la cítola ó la vihuela; si bien estos cantos son generalmente cantares de gesta, narraciones épicas distintas y extrañas á los himnos líricos de nuestra devoción.

Dejando á un lado estas vagas reminiscencias de la lira hispano-heroica, tenemos que llegar á la formación del idioma castellano y de los poetas eminentes que celebraron en él las glorias de su patria. El Apolo de los culteranos, en oda guerrera se dirige «A la armada que Felipe II envió contra Inglaterra.»

Levanta, España, tu famosa diestra  
desde el francés Pirene al mozo Atlante,

en la que hay períodos ricos de energía y aun de intención vigorosamente satírica.

Emredo abusa de su facilidad conceptista en su silva encomiástica de la victoria del Duque de Pastrana sobre navíos turcos.

Esclarecidas señas da fortuna...



Ni esta, ni la oda de Góngora á la toma de Larache (1610), con ser muy superior, ni la «Profecía del Tajo en la pérdida de España» por Medrano, obra de mérito...

Ya suena el atambor, ya las banderas  
se despliegan al viento, ya obedientes  
al acicate, corren en hileras  
los jinetes ardientes  
y las yeguas ligeras...

ni la traducción del «Vaticinio de Nereo,» hecha por el Licenciado Bartolomé Martínez, llegan á la grandeza y hermosura de la «Profecía del Tajo,» del maestro de León, oda muy digna de un libro en su alabanza.

Y, aunque por otro estilo, modelo son igualmente de canciones heroicas las del divino Herrera á D. Juan de Austria, á la Batalla de Lepanto y á la Pérdida del Rey D. Sebastián.

Hablemos de la primera y de la última.

La oda á D. Juan vencedor de los moriscos alpujarreños es de gusto clásico. Empieza así:

Quando con resonante  
rayo y furor del brazo impetuoso,  
á Encélado arrogante  
Júpiter poderoso  
despeñó airado en Etna cavernoso...

Más sonoridad, más armonía en la lengua, difícil será hallar en ningún poeta. Se ve, se siente, se oye el ruido del rebelde gigante que, herido por el rayo de Júpiter, se despeña y cae en las cavernas volcánicas. Lo que parece violento, es el enlace de aquella derrota de Encélado con el triunfo del guerrero español sobre los moros de las Alpujarras. Finge Herrera que los dioses acaban de vencer á los titanes y que Apolo está celebrando, en la olímpica región, aquel fausto acontecimiento.

En el sereno polo,



con la suave cítara presente  
cantó el crinado Apolo  
entonces dulcemente,  
y en oro y lauro coronó su frente.

El canto apolíneo es oído con placentera admiración por la asamblea de los inmortales.

La canora armonía  
suspendía de dioses el senado,  
y el cielo que movía  
su curso arrebatado,  
el vuelo reprimía enajenado.

Halagaba el sonido  
al piélago sañudo, al raudo viento,  
su fragor encogido,  
y con divino aliento  
las Musas consonaban á su intento.

Supuesta la canción de Apolo, sus maravillosos efectos están descritos con propiedad.

Todos los dioses comparten la gloria del triunfo sobre los titanes, pero la mayor parte corresponde al dios de la guerra: Marte es la figura principal del cuadro, y hacia ella se convierten las miradas y la atención de todos. Aquí ve el clasicista Martínez de la Rosa una singular habilidad del gran poeta sevillano, que al destacar á Marte del grupo de los dioses, prepara, por medio de una comparación, la transición del asunto de Encélado al de los moriscos. Apolo anuncia al dios que otro vencedor más famoso vendrá con los siglos á eclipsar su gloria. Hic labor est.

Mas aunque resplandezca  
esta victoria tuya conocida  
con gloria que merezca  
gozar eterna vida,  
sin que yaga en tinieblas ofendida,  
vendrá tiempo en que tenga



tu memoria el olvido y la termine,  
 y la tierra sostenga  
 un valor tan insine  
 que ante él desmaye el tuyo y se le incline.

Aquí da el salto nuestro lírico. Para condenar sus facultades acrobáticas, necesario es envolver en la condenación á muchos poetas, y entre ellos á Horacio. Lo que advierto, con perdón de los sabios, en esta poesía, es, no una divagación ó digresión, sino dos asuntos en un cuadro: 1.º El combate fabuloso y prodigioso vencimiento de los titanes. 2.º El histórico vencimiento de los alpujarreños por D. Juan de Austria. Si el asunto primero fuera secundario, como debe serlo todo episodio si ha de respetar la unidad sustancial de la obra artística, no ocuparía tanto ó casi tanto lugar como el tema segundo, que indudablemente es el principal, por cuyo motivo parece dividido el interés y rota la integridad del cuadro en dos fragmentos. La derrota de los moros está encerrada en pocas estrofas en el centro de la composición, y antes y después no se habla más que de aquellos pícaros rebeldes que se insurreccionaron contra el Olimpo. Que el tránsito es feliz, que el enlace es ingenioso, muy bien; pero sin comparar á D. Juan con Marte, ni á los titanes con los moriscos, ni amontonar montes sobre montes, sino cantar ingenuamente el entusiasmo de que todo buen español estaba poseído al ver hundida en el polvo la cerviz rebelde de aquellos fieros montañeses, estaba cumplido el designio del poeta, sin necesidad de tantas sutilezas y analogías. Eso sí, admitido como bueno el sistema, colocados, no en Orgiva ó Galera, sino en el Parnaso ó en el Olimpo, tenemos que admirar la versificación rotunda, las comparaciones felices, los rasgos descriptivos, la rapidez lírica, la majestuosa belleza, en una palabra, de esta magnífica oda del divino Herrera.

Lo rápidamente que D.<sup>a</sup> Juana de Austria vence á los rebeldes, está pintado con imágenes brillantes:

Cual tempestad ondosa



con horrísono estruendo se levanta,  
 y la nave, medrosa  
 de rabia y furia tanta,  
 entre peñascos ásperos quebranta:  
 ó cual de cerco estrecho  
 el flamígero rayo se desata  
 con luengo sulco hecho,  
 y rompe y desbarata  
 cuando al encuentro su ímpetu arrebatata...

Y es feliz y no excesiva adjetivación la de trepar

por la fragosa, yerta, aérea cumbre,

y ha llamado la atención de los partidarios del «Diccionario poético,» la frase

corre cual *suelta* cabra...

que por su *callida junctura* con «suelta,» embellece la expresión vulgar «cabra.»

El final de este cuadro es hermoso. Al cantar Apolo en su laúd la gloriosa hazaña del español invicto, que, por la hipérbole fundamental de la canción, aparece superior al divino vencedor de los titanes, el Olimpo se inunda de armonías y resplandores, y Marte se oculta como avergonzado.

Así la lira suena,  
 y Jove el canto afirma, y se estremece  
 el Olimpo, y resuena  
 en torno y resplandece,  
 y Mavorte dudoso se oscurece.

Herrera, en su Canción á la pérdida del Rey Don Sebastián, que se puede llamar elegía heroica, usa también de la brillantez de su fantasía meridional.

Cuando acaeció la última guerra de Africa, serie de triunfos para el ejército español, y de reveses y desastres para el



marroquí, hubo quien recordó esta bella optación del poeta andaluz:

Tú, infanda Libia, en cuya seca arena  
murió el vencido Reino Lusitano,  
y se acabó su generosa gloria,  
no estés alegre y de ufanía llena,  
porque tu temerosa y flaca mano  
hubo sin esperanza tal victoria,  
indina de memoria:  
que si el justo dolor mueve á venganza  
alguna vez el español coraje,  
despedazada con aguda lanza  
compensarás muriendo el hecho ultraje:  
y Luco amedrentado, al mar inmenso  
pagará de africana sangre el censo.

El retórico iniciador de la reforma del siglo XVIII, el aragonés Luzán, fué también poeta y tocó la lira con el tono declamatorio de la época.

Escribió dos odas ó canciones «A la conquista de Orán.»

Empieza la primera invocando á Euterpe, y termina apostrofando á la canción.

—Ahora es tiempo, Euterpe, que templemos...

—Pues ya tanto tu vuelo se remonta,  
canción ligera y pronta...

Esto de remontarse no debe tomarse muy en serio, cuando se trata de poetas galo-clásicos, que afectan coraje y simulan grandeza.

Al lanzarse al mar

una selva de pinos y de abetos

el dios de los mares se incomodó y exclamó, «coronado de ovas:»

¿Quién me agobia con tanta pesadumbre



la espalda? ¿Hay quien intente  
poner tal vez en nueva servidumbre  
mi libre imperio? O ¿por ventura alguno  
me lo quiere usurpar? ¿No soy Neptuno?

Me parece, salvo meliori, de muy mal gusto esa personificación y ese abuso de las deidades fabulosas de la Mitología, cuando el mismo poeta, en la estrofa siguiente, se pregunta si no es la fe de Cristo la impulsora y guía de aquellos valientes:

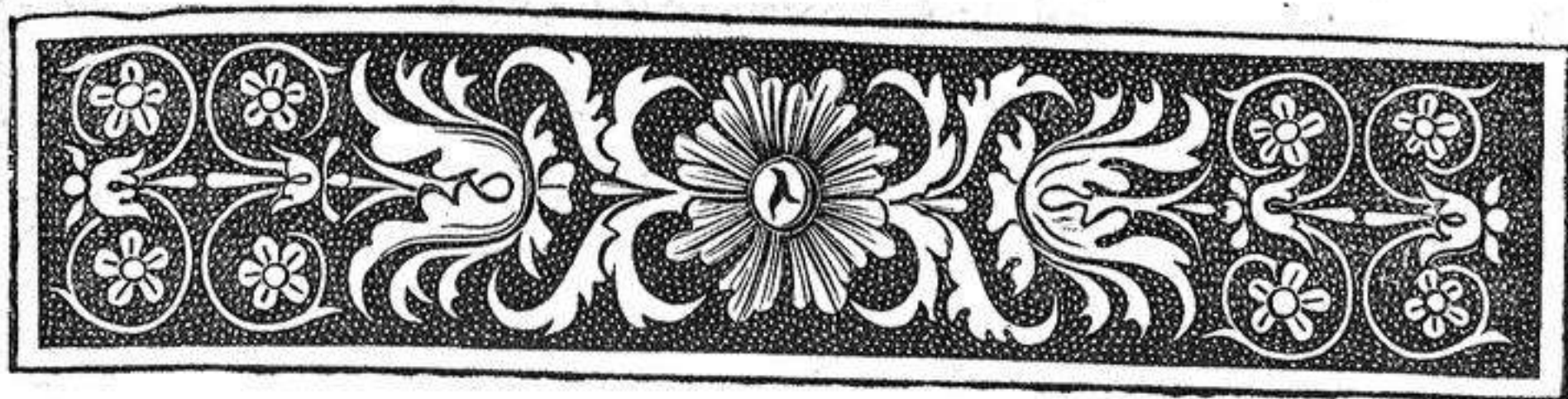
Céfiro por el cielo ya sereno  
batía en torno su ligera pluma.  
¿Á dónde irá la suma  
de tanto alado pino? ¿Hay otro mundo  
que el español intrépido someta?  
¿Hay otros que acometa  
riesgos por el Océano profundo?  
¿Si es que al soberbio inglés moverá guerra,  
ó si verá otra vez la Etnisia tierra?  
¿A dónde ha de ir, si no es donde le llama  
la santa fe, la verdadera fama?

MIGUEL GUTIÉRREZ.

*(Se continuará.)*







# COSMOGONÍA

## NUEVAS TEORÍAS DE MR. FAYE



N la época en que Laplace publicó su «Exposición del sistema del mundo,» donde desarrolla la célebre teoría cosmogónica que se conoce por el nombre de este ilustre astrónomo, no se tenía idea de la existencia del planeta Neptuno y su satélite, ni de la dirección del movimiento de los satélites de Urano. El eminente geómetra, partiendo del hecho de que desde Mercurio á Saturno todos los planetas avanzan en igual sentido en sus movimientos de rotación y de traslación y que sus satélites evolucionan en la misma dirección, dedujo de este hecho una ley general, absoluta, que fijó como regla de la ciencia planetaria.

Según Laplace, el cálculo de probabilidades demuestra que si se llegara á descubrir en el sistema solar un nuevo satélite ó algún planeta desconocido, por miles de millares de probabilidades contra una, la circulación de dicho satélite ó la rotación del nuevo planeta sería *directa*, esto es, análoga á la de los demás planetas conocidos. Esta afirmación la consideraba el sabio «como una probabilidad muy superior á la de los acontecimientos históricos, sobre los que nadie se permite dudar.»



Pero en esto, como en tantas otras cosas, resultó que el hecho eventual, según el cálculo de probabilidades, surgió contradiciendo las leyes favorables á los miles de casos posibles en la probabilidad.

La observación de los satélites de Urano permite sostener que estos astros evolucionan ó giran alrededor de su planeta, en dirección inversa del movimiento de traslación del mismo, y que su movimiento de rotación se verifica en igual sentido que el del mismo planeta.

Este hecho destruye por completo la certidumbre de la teoría de Laplace sobre la dirección del movimiento planetario, y al mismo tiempo, quita todo valor científico á su teoría cosmogónica, fundada sobre la hipótesis de una inmensa atmósfera solar con su núcleo central, y girando en masa alrededor de este centro, á cuyas expensas consideraba haberse formado sucesivamente todos los planetas, comenzando por los más alejados del sol. Según esta teoría, efectivamente todos los planetas se hubieran formado de igual modo, y sus movimientos todos, así los de rotación y traslación de los mundos como las revoluciones de los satélites, deberían operarse en igual sentido. De aquí resulta que cualquier movimiento *retrógrado*, esto es, contrario á la ley general, tenía naturalmente que considerarse, y así lo consignó el autor de la «Teoría de las probabilidades,» como una objeción perentoria á sus ideas.

Esta objeción, sin embargo, cobró fuerza después del descubrimiento de Neptuno y de su satélite, porque el movimiento de éste es, por decirlo así, mucho más *retrógrado* que el de los satélites de Urano.

Para comprender bien esta extraña posición, y á fin de representarnos exactamente los diversos movimientos giratorios de nuestro sistema solar, será preciso referirnos á lo que se llaman *ejes* de estos movimientos.

Cuando un punto móvil, como, por ejemplo, el centro de gravedad de la tierra, ó un punto cualquiera de la superficie de un planeta que gira sobre sí mismo, recorre en un plano imaginario una curva cerrada, ya sea circular, elíptica ó de cualquiera otra forma, se puede siempre suponer que un es-



pectador, colocado perpendicularmente á la proyección del plano con los pies hacia el interior de la curva, ve este movimiento verificándose de derecha á izquierda; porque en caso contrario, bastaría cambiar de posición dirigiendo la vista al lado opuesto, para ver ejecutarse los desplazamientos en el sentido indicado. Esto supuesto, la recta que, partiendo de los pies del espectador, atraviesa su cuerpo, alejándose perpendicularmente al plano, se llama eje de revolución de un punto móvil.

Así, el eje de revolución de la tierra alrededor del sol es una recta que, partiendo del plano proyectado por la eclíptica, y pasando por el interior de la órbita terrestre, avanza en dirección del hemisferio norte de la esfera estrellada. Hacia este mismo hemisferio se prolonga el eje de rotación terrestre, pero éste no es paralelo al anterior. Los dos comprenden entre sí un ángulo de poco más de  $23^{\circ}$ , es decir, que si de cualquier punto se tiran líneas paralelas á dichos ejes, avanzando en igual sentido que ellos, el ángulo que estas líneas formarían será también de poco más de  $23^{\circ}$ .

Aplicando estas nociones á los planetas, resultará:

1.º Todos los ejes de los movimientos planetarios alrededor del sol, forman ángulos agudos con el del movimiento de la tierra en su órbita. Se puede del mismo modo decir que estos ángulos son generalmente muy agudos, pues sus valores máximos son  $3^{\circ} 24'$  para Venus y  $7^{\circ} 0'$  para Mercurio. La mayor parte de los 224 pequeños planetas cuyas órbitas han sido calculadas, dan ángulos inferiores á  $10^{\circ}$ , mientras que el eje más inclinado de todos, el de Palas, da un ángulo de cerca de  $35^{\circ}$ .

2.º Los ejes de rotación del sol, de la luna y de los seis planetas, comprendidos entre Mercurio y Saturno, forman igualmente ángulos agudos con el mismo eje del movimiento anual de la tierra. El mayor de estos ángulos, el de Venus, tiene  $53^{\circ}$ , pero los demás son mucho menores. No conocemos medida alguna para apreciar la rotación de los pequeños planetas. Los satélites de Júpiter y de Saturno parece que giran constantemente presentando un solo hemisferio á su planeta, como la luna lo verifica respecto á la tierra, y de aquí



se seguiría que los ángulos de sus ejes sobre el de la eclíptica son igualmente ángulos agudos.

3.º Las revoluciones de la luna y de los satélites de Marte, de Júpiter y de Saturno, se verifican alrededor de ejes que forman también ángulos agudos con el de la órbita terrestre. Para la luna este ángulo es de cerca de  $5^\circ$ ; para los satélites de Marte es de cerca de  $26^\circ$ ; para los de Júpiter apenas excede de  $2^\circ$ , y para los de Saturno es inferior á  $28^\circ$ .

4.º El ángulo de los satélites de Urano excede del recto y se acerca á los  $97^\circ$  y  $98^\circ$ , y el satélite de Neptuno, todavía se muestra más excepcional; es muy obtuso y mide  $145^\circ$ . En cuanto al movimiento de estos dos grandes planetas, alrededor de sí mismos, no ha podido aún precisarse; pero los hechos observados dan indicios de que los ejes de sus movimientos son como los de las revoluciones de sus satélites.

Basta conocer el ángulo determinado por un eje cualquiera y el de la órbita terrestre, para demostrar inmediatamente si el movimiento que corresponde al primero, proyectado sobre el plano imaginario de la eclíptica, se verifica en igual sentido que el movimiento de la tierra; es decir, en sentido *directo*, ó si se realiza en sentido opuesto ó sea *retrógrado*. Es evidente, en efecto, que á todo ángulo agudo corresponde un movimiento directo, y á todo ángulo obtuso, un movimiento retrógrado.

Así, pues, en contradicción con lo que opinaba Laplace, y por lo tanto, con la hipótesis de su teoría cosmogónica, existen en nuestro sistema planetario movimientos retrógrados. Las revoluciones de los satélites de Urano y del de Neptuno son ejemplos ciertos y conocidos, y las de estos mismos planetas alrededor de su eje, lo son probables, casi ciertos también. La teoría cosmogónica de Laplace ha sido, pues, desmentida por los hechos en virtud de los descubrimientos planetarios, posteriores á la época en que aquel sabio, no por esto menos grande, escribió sus obras admirables.

Un hecho de otra naturaleza ha venido á confirmar el error que Mr. Faye rectifica. Uno de los satélites de Marte, gira al rededor de dicho planeta en  $7^h 39^m$ , mientras que aquél necesita  $24^h 37^m$  para cada revolución sobre su propio



eje. El primer movimiento es, pues, angularmente considerado tres veces más rápido que el otro, lo cual es de todo punto contradictorio á lo que se sostiene y se afirma en la teoría que ha sido, hasta ahora, aceptada como cierta por cuantos se dedican á los estudios cosmogónicos.

El ilustre astrónomo Mr. Faye ha imaginado recientemente otra teoría cosmogónica sin los errores de que adolece la del eminente Laplace. El principio en que la funda es el mismo; el universo está formado por masas nebulosas y caóticas, y nuestro sistema planetario tiene su origen en una de dichas masas. Pero esta nueva teoría se diferencia de la anterior, en el modo ú orden de formación de las diferentes partes que comprende el sistema solar.

El 15 de mayo de 1884, en una conferencia que dió ante una sociedad científica el sabio Presidente del Instituto geográfico de Francia, expuso éste por primera vez su teoría, y últimamente la ha desenvuelto y redondeado en un libro titulado: *Sobre el origen del mundo*, en que la presenta acompañada de todas las anteriores, á partir de la de Moisés.

El error de Laplace consiste en que no distinguió la causa que relaciona con el movimiento de rotación de los planetas la dirección del movimiento de traslación de los satélites, de la causa análoga, pero distinta, que produce la revolución de aquéllos alrededor del sol, en igual sentido que gira el astro central.

De que los planetas evolucionen en este sentido, no se sigue, sin embargo, que todos deben verificar su movimiento rotatorio en una misma dirección, según opinó Laplace. Además, el gran geómetra asimilaba la nebulosa, primitiva ú originaria á una atmósfera adherida á un núcleo, cuyas capas ejercían presión unas sobre otras, en virtud de la atracción central. Pero siendo así que en una nebulosa anular cada capa concéntrica no ejerce ninguna presión sobre la que la sigue, porque según las leyes establecidas por Képlero, la fuerza centrífuga equilibra exactamente la tendencia al centro, resulta que en la hipótesis de un anillo nebular, girando al rededor de un núcleo central, la velocidad de cada molécula no crece en razón de la distancia al centro, sino que



disminuye, por lo contrario, «en razón de la raíz cuadrada de esta misma distancia,» según demuestra Faye en el libro ya citado.

De aquí se sigue que, según el modo de formación cosmogónica propuesto por Laplace, no solamente los satélites de Urano y de Neptuno deberían tener revolución retrógrada, sino todos los demás del sistema solar. No cabe otra deducción si se considera que en el anillo primitivo, generador de todos los demás, la velocidad lineal de las moléculas exteriores hubo de ser menor y la de las interiores mayor, de modo que al romperse, resultó necesariamente un movimiento gíatorio en sentido inverso del de traslación de la masa.

Esto, en efecto, ocurrió respecto de Urano y de Neptuno, según más adelante veremos; pero, en cuanto á los demás planetas conocidos, la formación se hizo de modo distinto.

Conocidos estos datos, precisaba hallar una explicación que reemplazara á la deficiente de Laplace sobre la formación del Universo, y esto ha hecho Mr. Faye, ateniéndose á los descubrimientos posteriores al autor de la teoría que resulta en contradicción evidente con ellos. Al mismo tiempo ha rectificado algunos principios falsos en que dicha teoría se apoya.

Para formular su nueva teoría, Mr. Faye ha tomado bastante de la hipótesis de las nebulosas de Descartes. De esta hipótesis, falsa en su aplicación al estado actual y permanente de nuestro sistema planetario y al de los demás sistemas que ocupan el espacio, se habló mucho, y poco favorablemente, hasta el punto de desecharla, después de la revolución operada en la ciencia por el genio colosal de Newton. Tiene valor científico, no obstante, aplicándola solamente al estado inicial ú originario de todos aquellos sistemas. Por lo demás, la ciencia moderna, ¿no ha restablecido acaso muchas de las ideas cartesianas? Pregunta afirmativa es esta que hace Mr. Faye en su libro, y la contesta con muchos ejemplos irrecusables, como la fecunda concepción del éter, llenando el espacio y propagando el calor y la luz, que tanta relación tiene, por estos fenómenos, por los de la electricidad, del magnetismo, etc., con la teoría de los movimientos vibratorios de los átomos.



Del mismo modo también y para mayor confirmación del aserto, ¿no descubre el telescopio un gran número de nebulosas y no las conocemos, acaso, por medio del análisis espectral?

Obsérvese en la nebulosa de *Virgo* la magnífica serie de espirales, divergentes todas de un centro ó núcleo común y en la constelación de los *Canes*, otra serie de asociaciones de espirales de doble centro; en las nebulosas del *Pegaso* y del *León*, masas de materia cósmica cuya separación en anillos luminosos comienza á determinarse claramente, y, en fin, la nebulosa de *Andromeda*, que afecta forma elipsoidal, casi regular, y presenta en su centro una condensación bastante acentuada.

Los movimientos que revelan la forma y disposición de estas masas siderales, no son, ciertamente, verdaderos movimientos de torbellino como los que forma, en pequeño, en las corrientes de los ríos ó en nuestra atmósfera el choque de dos corrientes de velocidad distintas, esto es, de direcciones opuestas.

Por lo tanto, aunque la teoría de los torbellinos siderales fué, en general, destruída por Newton, que opina Mr. Faye debe rectificarse la opinión del ilustre filósofo; porque, según dice el moderno físico francés, «hay en su hipótesis, confirmada actualmente por la experiencia, preciosos materiales de que no puede desprenderse la ciencia moderna.»

Viviendo Descartes, se desconocía la ley de la gravitación universal, en virtud de la que todos los cuerpos ponderables, hasta las moléculas infinitesimales, se atraen en razón directa de sus masas é inversa del cuadrado de sus distancias recíprocas. De aquí que el gran filósofo tuviera que explicar el movimiento de los astros alrededor del sol, por medio de la existencia de una materia fluída, uniformemente exparcida por todas partes y cuyos torbellinos hubieron de arrastrar, en sus movimientos giratorios, los cuerpos siderales, á la manera como los remolinos, en las corrientes de los ríos, arrastran las hojas secas y los detritus que flotan en la superficie de las aguas.

Por el conocimiento de la gravitación universal sabemos



que si la materia de nuestro mundo planetario ha podido existir, en un momento dado, en estado caótico, es decir, diseminada en masa fluída, extremadamente enrarecida; la gravitación mutua de las partículas que la componían, debió concentrarla en uno ó varios centros ó núcleos, dando, poco á poco, origen al nacimiento ó formación de cuerpos más ó menos voluminosos. Se observa en el espacio, con la ayuda de instrumentos ópticos, un gran número de estas brumas gigantescas, débilmente luminosas, que son verdaderos caos, gérmenes de universos del porvenir.

Hemos citado antes algunos de estos embriones de mundos con diferentes grados de desenvolvimiento, y podríamos citar otros, como la nebulosa de la Lira, en que las espirales de uno de los torbellinos se han regularizado, por decirlo así, trasformándose en anillos nebulosos y concéntricos, animados de un movimiento de rotación que les es común, y además otras nebulosas que presentan fases más avanzadas en la serie de trasformaciones, próximas á engendrar uno ó varios soles, distintamente agrupados, sistemas de estrellas de la mayor complicación, como los que se distinguen á través de la moderna constelación del *Toucán* y de la del *Centaurus*.

Concretándonos á nuestro pequeño ó reducido sistema solar, se trata de saber cómo un movimiento de torbellino, más ó menos confuso de la nebulosa originaria, pudo regularizarse de modo que produjo la formación de anillos circulares y concéntricos, situados casi en el mismo plano y cuyas condensaciones sucesivas dieron origen en tiempos remotos á los planetas y satélites.

Si suponemos que esta nebulosa generatriz, libre de toda acción exterior, tomó primeramente la forma esférica y era homogénea, en toda su extensión, este fenómeno se explicará fácilmente. La dinámica demuestra que, en estos casos, la gravedad interior de la masa resulta de la fuerza de atracción de todas las moléculas, y varía en razón directa de la distancia al centro.

En virtud de estas mismas leyes mecánicas, las partículas móviles que componen este medio, extraordinariamente enrarecido, describen necesariamente elipses ó círculos alrede-



dor del centro en igual tiempo, cualquiera que sea la distancia que los separe del mismo.

La existencia de un sistema de anillos, girando todos ellos con igual y único movimiento de rotación, con igual y única velocidad angular, se concierta perfectamente con este género de gravedad. Cuando un movimiento de torbellino haya preexistido, algunas de sus espirales, por la resistencia del medio, deberán trasformarse, poco á poco, en un conjunto de anillos y en igual tiempo, la enorme cantidad de materiales que en la nebulosa primitiva no estaba unida á los anillos, poco á poco también, irá acumulándose en el centro, lentamente primero y con gran velocidad después. De este modo se forma el globo central, el sol, girando sobre sí mismo, en igual sentido y en el mismo plano que los anillos.

Pero estos anillos, á su vez, por efecto de la atracción de sus partículas, están en estado de equilibrio generalmente inestable y tienden á romperse y á reunirse en una masa esférica que, con gran lentitud, va absorbiendo todos los materiales de la nebulosa anular, animada, necesariamente, de rotación, en sentido idéntico á la que tuvo anteriormente.

Cada pequeña esfera, de este modo formada, será teatro de los mismos fenómenos que la esfera general: se resolverá, primeramente, en anillos concéntricos, después en un globo central; sus anillos se condensarán igualmente en esferas muy pequeñas, evolucionando alrededor del centro, esto es, alrededor del planeta y siempre en el mismo sentido. Los anillos de Saturno que, en virtud de su poco espesor sin duda, y de la rapidez extrema de su movimiento, no se han roto ni condensado todavía en esferas, nos presentan un ejemplo notable de esta evolución planetaria.

Hasta aquí la nueva teoría no difiere de la de Laplace, sino en que los anillos, según ella, se forman dentro de la nebulosa generatriz, sin condensación ninguna anterior, de tal suerte, que el núcleo central primitivo resulta de los desprendimientos anulares, en vez de ser origen y generatriz de ellos.

Veamos ahora cómo se explica el movimiento giratorio que hemos llamado *retrógrado*, de los satélites de Urano y del de Neptuno.



Mientras que la nebulosa primitiva, de forma esférica, permanece siendo homogénea en todos sus puntos, su descomposición parcial en anillos, girando alrededor del centro, no está en contradicción con la ley de la gravedad interna: ésta se ejerce siempre *en razón directa de la distancia* al centro; de donde resulta la igualdad del movimiento angular de las partículas que componen los anillos y el movimiento de revolución directa de los mundos ó globos y de los sistemas planetarios, formados á expensas de la misma nebulosa.

Pero la división de la masa en anillos concéntricos no se verifica de tal modo que todos los materiales que la forman queden absorbidos por aquéllos. Las partículas, mucho más numerosas, que no fueron arrastradas por las espirales del torbellino, animadas de velocidad directa y menor, no pudieron trazar círculos en su marcha, sino elipses más ó menos prolongadas. El centro de todas estas elipses es el centro de la nebulosa, y en todas verifican su movimiento de traslación, en igual tiempo, las masas que las recorren; pero estos móviles, acercándose periódicamente al centro, por la aproximación de sus ejes, se encuentran expuestos á choques numerosos, choques que cambian en calor una parte de la fuerza viva de los átomos y, por consiguiente, cierran más y más las elipses, tendiendo á una concentración progresiva, y á un aumento constante de la densidad y del calor interno, ó sea de las partes más próximas al centro. De este modo se forma un núcleo, un globo central, resultando de todas las partes que no fueron arrastradas por el movimiento circular de los anillos.

Entonces, por la acción de esta misma masa central, la gravedad se establece según otra ley: se ejerce sobre los móviles situados fuera de dicha masa, en razón inversa al cuadrado de las distancias. En virtud de este cambio, los anillos, en vez de girar con igual velocidad angular y en masa, se mueven con velocidades mayores en su interior que en su parte externa. En efecto, las partículas del borde exterior sufren menor atracción que las del círculo medio, y éstas, á su vez, menor que las del borde interno. Sus velocidades decrecen, por lo tanto, en proporción á la raíz cua-



drada de las distancias respecto del centro. Resulta de aquí que las partículas interiores adelantan más que las del círculo medio, como éstas igualmente más que las exteriores, considerando las últimas como perifería, y por lo tanto, las más alejadas de aquél.

Por consiguiente, después de la ruptura del anillo, el impulso necesario para obtener forma esferoidal se dirige de dentro á fuera, es decir, en el sentido precisamente contrario al de la traslación alrededor del globo central.

La esfera, así formada, continuará su movimiento de traslación en el sentido directo, mientras que su movimiento de rotación tomará la dirección retrógrada. Cuando este último movimiento queda establecido, del pequeño globo se desprenden otros anillos: éstos y los satélites á que dan origen, giran en igual sentido que el globo alrededor de su eje, y por consecuencia, también en sentido retrógrado.

Se deduce de todo esto una primera consecuencia rigorosa, á saber: que, girando todos los planetas, desde Mercurio á Saturno, sobre su eje en sentido directo, es necesario que los anillos de que se formaron estos astros, se desprendieran, tomando la forma de esferas planetarias, antes de la formación del globo central, cuando las partículas que lo componen verificaban su movimiento de revolución alrededor del centro con velocidades crecientes, proporcionadas á las distancias entre las partículas y el centro. En otros términos: la formación de todos los planetas comprendidos, incluyendo Saturno, en la órbita de éste, precedió á la formación del sol. La tierra, según esta nueva teoría, es más antigua que el astro de que recibimos la luz.

Notemos, al paso, la inesperada confirmación de la parte del Génesis que coloca la creación del sol después de la del planeta que habitamos.

Hasta aquí se había explicado esta anomalía aparente por medio de interpretaciones plausibles, legítimamente hechas; pero no se esperaba ciertamente que el hecho material de la formación del sol después de la de la tierra, llegaría á ser un día consecuencia necesaria de una teoría científica.

Actualmente ya podemos expliarnos el movimiento de ro-



tación retrógrado de Urano, de Neptuno y de sus satélites. Los anillos de que se formaron estos mundos, tan alejados de nosotros, no se desprendieron ó, al menos, no se rompieron, para tomar forma esférica y planetaria, sino después de la formación de los planetas interiores, y cuando el sol estaba ya formado ó bastante avanzado en su formación para cambiar la ley de atracción de la nebulosa; entonces se produjo en los anillos la desigualdad de velocidad angular, acelerando el movimiento en su zona interior, disminuyéndolo en su zona exterior, y finalmente, tomando después del rompimiento un movimiento de rotación retrógrado.

También es posible, según la nueva teoría, explicar la diferencia de inclinación entre los planos imaginarios de la revolución de los satélites y los de los dos planetas extremos. El mundo de Neptuno con una inclinación hacia atrás, de 34 grados sobre el plano de la órbita del mismo planeta, se formó, á todas luces, cuando la atracción del globo central estaba en toda su fuerza ó en todo su auge, á esta distancia; mientras que Urano, casi perpendicular al plano de la órbita, no acusando, sino de modo poco sensible, el movimiento giratorio retrógrado, debió formarse cuando la concentración del globo central comenzaba apenas á dejarse sentir. Si se hubiera formado antes, hubiera inclinado el eje de su revolución del mismo lado que los ejes de los planetas anteriores, y si después, hubiera tomado la inclinación contraria, como Neptuno. Puede decirse que Urano representa la transición entre el modo de formación de los planetas interiores y el de los de la zona planetaria exterior.

Por lo tanto resulta, contra la teoría de Laplace:

1.º Que los planetas se formaron en el interior de la nebulosa generatriz, desde el centro á la perifería, siendo los más alejados los últimos en el orden de aparición.

2.º El sol debió formarse después de todos los pequeños mundos que lo rodean, hasta Saturno inclusive.

3.º Tan sólo los planetas exteriores al anteriormente citado, debieron su formación á leyes conformes con la teoría de Laplace, según la cual todos los planetas, sin excepción,



tendrían, en realidad, que girar sobre sus ejes, en sentido retrógrado.

Mr. Faye ha formulado algebraicamente las leyes de esta teoría, referentes á la formación de nuestro sistema solar, suponiéndole en su estado primitivo, ó sea, en estado de masa esférica y homogénea de materia rarificada, del modo siguiente:

Sea  $r$  la distancia de un punto cualquiera de la esfera nebulosa al centro y  $A$  una medida constante, esto es, una cantidad que no varía con respecto á  $r$ . Siendo la gravitación interior, en esta esfera homogénea, proporcional á la distancia al centro, será su expresión algebraica  $Ar$ .

Consideremos ahora el globo como resultado de la condensación central de todo cuanto no concurrió, en la nebulosa primitiva, á la formación de los planetas y de sus satélites.

Este globo, es decir, el sol, representa  $\frac{699}{700}$  de la masa total y los anillos que se desprendieron del centro en el plano ecuatorial, para formar los mundos planetarios, no absorbieron más que  $\frac{1}{700}$  de la masa total. La atracción exterior á dicha

masa se ejerce en razón inversa al cuadrado de las distancias, y por lo tanto, su expresión algebraica será  $\frac{B}{r^2}$ , supo-

niendo que  $B$  es otra medida ó cantidad constante.  $Ar$  y  $\frac{B}{r^2}$

representan, según esto, los dos estados extremos de nuestro grupo sideral, primero, en su estado de nebulosa esférica, y segundo, en su estado de sistema planetario ya formado.

Así, pues, para pasar del estado que representa la primera de dichas fórmulas ó expresiones al que está representado ó definido por la segunda, el objeto sideral en cuestión que comprende todo nuestro sistema, ha debido atravesar por todos los estados intermedios, en los cuales la cantidad  $A$  hubo de sufrir constante disminución, al mismo tiempo que la cantidad  $B$  aumentaba sucesivamente. Las variantes intermedias de la gravitación, entre ambos estados extremos, pueden también representarse por la suma de las dos expre-



siones  $av + \frac{b}{r^2}$  en la cual, á medida que los siglos se sucedían,  $a$  fué disminuyendo, á partir del valor  $A$ , hasta llegar á cero y  $b$  aumentando siempre desde cero hasta  $B$ .

La teoría de Laplace no explica, ó mejor dicho, explica mal la existencia y funciones de los cometas. La de Mr. Fa-ye da una explicación bastante aceptable y plausible. Estos astros errantes, según ella, provienen de las partículas de la nebulosa primitiva, agrupadas en pequeñas condensaciones locales, verificadas á más ó menos distancia del centro y escapadas á la concentración solar. Aquellos de dichos corpúsculos que se encontraron más apartados del torbellino parcial, situado sobre el plano ecuatorial, debieron originar los cometas de órbita muy escéntrica y muy inclinados sobre dicho plano, unos en sentido directo y otros en sentido retrógrado, indistintamente. En cuanto á los cometas formados por condensaciones parciales, verificadas cerca del mismo plano, como probablemente participaron, desde el origen, del turbillón generador de los planetas, deben generalmente tener sentido directo. Y efectivamente, si consultamos un catálogo de los cometas, encontraremos 115 de estas brumas luminosas cuyas órbitas están inclinadas sobre la eclíptica desde  $60^\circ$  á  $90^\circ$ : de éstas, 55 tienen sentido directo y 60 retrógrado, lo cual confirma la primera de las condiciones antes expuestas. Igualmente encontramos 50 cometas vecinos á la eclíptica, inclinados solamente desde  $0^\circ$  á  $20^\circ$ : 14 de éstos son retrógrados y 36 directos. Se ve, pues, que también aquí está confirmada por los hechos la nueva teoría.

## II

Si se limitase á las explicaciones que anteceden, la nueva cosmogonía no sería completa, porque no nos daría á conocer, al menos explícitamente, cómo y por qué la nebulosa primitiva, aquella masa brumosa y extraordinariamente rarifica-



da, hubo de revestirse después de pálida claridad, y finalmente, al condensarse más dar origen al núcleo central, al sol, dispensador gigantesco de la luz y del calor en toda su vasta esfera de acción. Es decir, que importa saber también qué relación existe entre la formación de nuestro sistema planetario y la creación del Universo entero.

Apresurémonos á decir que la teoría de Mr. Faye no omite ninguna de estas explicaciones, ninguno de estos detalles, y observemos, desde luego, lo que ya nadie hoy ignora, es á saber: que el sol que nos alumbra y nos calienta no es una excepción en el Universo, sino una pequeña unidad entre millones de millones de unidades, semejantes unas á ella y muchísimas otras de mayor importancia. Las estrellas que brillan en el cielo durante la hermosa noche son todas otros tantos soles: á simple vista se cuentan solamente seis mil; pero con ayuda de telescopios de potencialidad bastante, los espacios insondables se muestran poblados por todas partes, llenos, puede decirse, de verdadero polvo lumínico cuyos innumerables granos son otros tantos centros de luz, soles como el nuestro y aún mucho mayores. La vía láctea solamente los contiene hasta varias centenas de millar y, á su vez, ella no es sino modesta masa estelar, inmediata á otras sin cuento, de las cuales muchas pueden ser aún más considerables.

Se sabe también que la proximidad de todas estas estrellas, de este número infinito de soles, es aparente; que las distancias que separan á los que al parecer se encuentran más inmediatos, no pueden representarse sino por cantidades apenas apreciables á la mejor imaginación: tal es el número de guarismos que las forman. Por otra parte, el tiempo necesario para que llegue á nosotros la luz que recibimos de dichos astros, no puede contarse sino por muchos años, siglos y aun décadas de siglos, y bien sabido es que la velocidad de la luz es de 75.000 leguas por segundo.

Pues bien; todos estos innumerables soles fueron formados, según la hipótesis de Mr. Faye, de una manera análoga, ya que no idéntica, á la que concurrió en la formación del nuestro. Bien podremos recordar aquí, refiriéndolas á este



punto, las palabras de Descartes, cuando se imagina transportado á espacios donde se pierde de vista el universo entero: «Después de habernos detenido.—dice el gran filósofo,— en un punto determinado cualquiera del espacio, supongamos que Dios crea alrededor nuestro tanta materia que, en cualquiera parte por donde podamos extender nuestra imaginación, no se vea sitio alguno vacío. Supongamos también que, de estos materiales, unos comienzan á moverse hacia un lado y otros hacia otro; los unos con más rapidez, los otros con mayor lentitud, y que todos continúan sus movimientos, según las leyes ordinarias de la naturaleza, establecidas tan maravillosamente que, aunque creamos que no existe más creación, ni que en ella Dios pone de su parte orden ni proporción algunos; antes bien, que constituye el mayor caos que hayan soñado los poetas pesimistas; sin embargo, aquellas primeras leyes bastan por sí mismas para desenvolverse y ordenarse con tanta regularidad que originan la forma de un mundo perfecto, en el cual se podrán ver la luz y todas las demás bellezas, tanto generales como particulares, que admiramos en el mundo verdadero.» (Discurso del método.)

Precisemos ya más, valiéndonos de los datos que la nueva ciencia ha establecido después de Descartes, el pensamiento que su poderosa inteligencia expresó con tan viva y admirable intuición. Suprimamos mentalmente los millares y millones de astros, cuantos vemos y podemos ver y aun todos los que estén fuera de los términos de nuestra posible investigación.

Supongamos también la cantidad de materia que encierran, ó, dicho de otro modo, la totalidad de sus masas, difusa de tal modo que ocupe todos los ámbitos del inmenso espacio que ocupan. Esta rarefacción sería incomparablemente más pronunciada que la de nuestro sistema solar, suponiéndolo extendido en una esfera continua y homogénea, cuyo radio midiese el décuplo de la distancia que media entre el sol y Neptuno. El número que expresaría esta extensión está fuera de nuestro alcance; sin embargo, no es por ello menos cierto que este número existe y que es en sí mismo determinado, y por lo tanto, que no es infinito, por colosal que sea.



Cuando se llega á estos límites extremos, es necesario reconocer, con Descartes, una intervención superior á la naturaleza misma. Si, como Mr. Faye dice elocuentemente en la hermosa introducción de su libro, es racional é informa el derecho de la ciencia, por constituir su espíritu, la retrotracción del providencialismo, de la intervención divina, hasta los últimos límites, no es menos cierto que en llegando al último término, en que las fuerzas naturales se agotan, hay que inclinarse humildemente ante el soberano Autor de la naturaleza y de sus fuerzas. Esto han hecho los más ilustres representantes de la ciencia, y Mr. Faye, espíritu libre y verdaderamente desligado de toda preocupación ó superstición pseudo-científica, como de toda pasión de escuela, no desmiente esta tradición de los verdaderos sabios. Merecen ser conocidos los párrafos siguientes de la introducción de su obra.

«Contemplamos, dice, conocemos, al menos en su forma inmediatamente comprensible, este mundo que, *por su parte, no comprende nada*. Luego hay algo más que los objetos terrestres, otra cosa que nuestro propio cuerpo, otra cosa que los espléndidos astros del espacio: existe la inteligencia y el pensamiento. Y como nuestra inteligencia no se ha hecho á sí misma, debe haber en el mundo una inteligencia superior de que se deriva la nuestra. Según esto, cuanto mayor sea la idea que tengamos de esta inteligencia, más nos acercaremos á la verdad. Nada arriesgamos al considerarla como autora de todas las cosas y, refiriendo á ella los esplendores de los cielos que, han despertado el pensamiento humano, nos sentimos preparados para comprender la tradicional fórmula: «Dios padre, todopoderoso, criador del cielo y de la tierra.»

Hemos llegado, pues, á considerar, en el origen de todas las cosas, el Universo entero, la inmensidad sideral sin excepción alguna, reducida á una inmensa masa de materia difusa, de un enrarecimiento inimaginable, en el seno de la oscuridad, del frío y de la inmovilidad absolutos. Aquí una primera cuestión se nos presenta. ¿De dónde procede esta masa? ¿Quién le dió el ser? Ella no pudo dárselo á sí mis-



ma: esto implicaría contradicción entre ambos términos. Por otra parte, si en su estado de inmovilidad completa aquella masa no pudo transformarse de ningún modo, darse un impulso cualquiera, cómo se presenta esta segunda cuestión: ¿Quién le imprimió el primer impulso (Pascal hubiera dicho el papirotazo inicial), por el cual realizó, en virtud de un magnífico conjunto de leyes mecánicas, su organización en una multitud sin cuento de mundos ó esferas?

A esta doble pregunta, una sola contestación racional es posible: la que con Descartes y con toda la gloriosa dinastía de prudentes y verdaderos sabios, nos da Mr. Faye.

La materia proviene de Dios; las leyes que la rigen, como el impulso inicial que puso en función estas leyes, son igualmente debidas á Dios. Admitido este punto de partida, la ciencia humana se achica y su razón de ser y su derecho quedan, para siempre, relegados á indagar el por qué de las cosas y las relaciones ó engranajes de los fenómenos.

Si, pues, admitimos que Dios, por un acto de su poder absoluto, imprimió el movimiento á la masa caótica, oscura y fría, agitando, valiéndonos de una comparación familiar, como en un vaso, la inmensidad fluída contenida entre las paredes del infinito, al punto debió nacer una multitud de movimientos de torbellino en aquel caos, y la gravitación mutua de todos los elementos provocó una ó varias condensaciones en cada uno de los múltiples torbellinos. La masa, uniforme en su origen, tendió, por esto, á subdividirse en infinitas masas parciales de todas las magnitudes y de todas las formas posibles. De una de ellas, redondeada esferoidalmente, hemos visto salir, como un huevo cósmico, el mundo planetario que gravita al rededor del sol.

Lo que hemos dicho respecto de la evolución cosmogónica del sol, puede afirmarse con referencia á Mercurio, Venus, la Tierra y la luna, Marte, Júpiter, Saturno y sus satélites. Sin embargo, siendo incomparablemente más pequeños estos globos, su condensación exigió un gasto mucho menor de fuerza viva para determinar en ellos el estado de incandescencia. Pero, indudablemente, durante lo que podríamos llamar un instante en los tiempos, brillaron por sí



\* mismos, como pequeños soles precursores del grande que alumbra actualmente todo nuestro sistema planetario. Tal vez el período estelar de aquellos no hubo terminado, cuando ya la condensación del globo central, bastante avanzada, le permitió echar las primeras llamaradas. Así es como, observando muchas estrellas del espacio, se las ve acompañadas de una ó muchas otras más pequeñas, que giran como planetas alrededor de la principal. Además, cuando se hizo el vacío en torno de estas aglomeraciones globulares por la completa concentración de las mismas, su propia irradiación acabó por enfriarlas. Del estado gaseoso, pasaron al líquido, después la costra superficial de estas esferas líquidas se enfrió y se solidificó, y entonces se extinguieron las estrellas ó soles que formarían los planetas, cesaron de brillar en el espacio, recibiendo los mundos calor y luz del astro central, ya en estado de podérselos prodigar.

Así es como la luz y el calor nacieron y se desarrollaron, no solamente en nuestro pequeño sistema solar, sino en todo el universo. Indudablemente, si el calor y la luz provienen del movimiento de la materia, es necesario que todas sus derivaciones hayan sido semejantes á las que la teoría de Mr. Faye atribuye á nuestro sistema planetario. Se sabe que los astrónomos constatan en el cielo la presencia de nebulosas de todas clases y formas y en todos los grados de su desenvolvimiento, desde la pálida nebulosa fosforescente, dotada de feble resplandor y sin condensación aparente, hasta la brillante masa estelar, universo lejano semejante á nuestra Vía láctea. Esta parece efectivamente ser el resultado de una grande nebulosa, cuyo pequeño núcleo central ó solar será probablemente una subdivisión ínfima de la masa total. Las nebulosas que están, por decirlo así, en su período de desarrollo y responden casi á la descripción de la nuestra, en sus edades heroicas, son en el cielo una excepción. Existen, sin duda, algunas como la de la Lira, cuya forma anular está perfectamente indicada; y en vano buscaríamos dos cuya analogía fuese perfecta y absoluta en todas sus partes.

En los sistemas lejanos, bastante avanzados ya para ofrecer á la vista y al cálculo del observador varias estrellas ó



movimientos coordinados, se nota gran divergencia respecto de los de nuestro sistema. La órbita de una estrella satélite, bien acusa, por ejemplo, como en la  $\gamma$  de Virgo, forma elíptica semejante á las de nuestros cometas; bien forma más circular, como la órbita del satélite de  $\epsilon$  de Hércules, que todavía dista mucho de la forma sensiblemente circular de nuestras órbitas planetarias. La órbita epicycloide del satélite visible de la  $\epsilon$  del Cangrejo, nos permite inducir la existencia de un astro intermedio extinguido, cuyo brillante satélite sería la pequeña estrella, mientras que el astro principal de la constelación, solicitado incesantemente por la masa mayor de este grupo, oscila sin cesar alrededor del punto de su posición normal. En otros sistemas, vemos dos estrellas de masa poco diferente entre sí, y aun tres que evolucionan alrededor de su común centro de gravedad. Tales son las estrellas triples 11 del Centauro y 30 de Pegaso; cuádruples de Tauro y de Casiopea; quintuples, séxtuples y séptuples de  $\theta$  de Orión. Existen también sistemas de estrellas de mucha mayor complicación, como por ejemplo, el de las Pléyades, en cuya constelación las evoluciones distintas de 558 estrellas menores parecen estar dirigidas por la preponderancia de 13 estrellas principales.

En los sistemas de dos ó más estrellas sin preponderancia de ninguna de ellas, el caso más simple, ó sea aquel en que dos soles se mueven uno alrededor del otro, es, según dice Mr. Faye, perfectamente asequible á la ciencia. Si existen tres estrellas, el estudio de sus movimientos se hace mucho más difícil. Cuando hay más de tres, el estudio es ya inabordable para la ciencia actual humana. ¿Qué diremos, pues, para el caso en que existan 571 como en las Pléyades? ¿Qué decir de aquellos otros sistemas como el del Tucán y el del Centauro, constituídos por elementos estelares sin número que siguen, según todas las apariencias, un conjunto de movimientos subordinados los unos á los otros? No existe ni existirá jamás matemático que logre integrar las ecuaciones de esta armonía gigantesca y sublime.

Ahora bien; ¿cómo tomaron propiedad luminosa todos estos torbellinos y condensaciones de materia cósmica? ¿Cómo pudieron producir sus diversas concentraciones, convirtién-



dose en focos de luz y de calor unos, y en astros opacos, otros que no nos envían sino luz reflejada? No quedan sin contestar estas cuestiones en la obra de Mr. Faye, y esto es lo que nos queda que exponer sobre esta nueva teoría.

La contestación á dichas preguntas se apoya en los fecundos principios de la termodinámica. Sabido es que cuando la fuerza viva de que un móvil está animado, parece extinguirse por efecto de frotamiento, de un choque ó de una compresión, esta fuerza, realmente, no sufre sino una transformación, sin que la parte más insignificante de ella se pierda ó consuma: en los casos indicados la fuerza del móvil toma forma nueva, la de vibración molecular ó atómica que se nos manifiesta por la sensación de calor.

Nadie ignora que cuando se frotan violentamente dos pedazos de madera seca, se consigue al fin inflamarlos, que la cabeza de un clavo clavado con violencia á golpes de martillo sufre aumento de temperatura, y el mismo martillo se calienta también, y últimamente, que una pequeña columna de aire fuertemente comprimido dentro de un tubo desarrolla calor hasta el punto de incendiar pequeños cuerpos de fácil combustión, como fragmentos de estopa ó yesca.

La incandescencia súbita de las estrellas errantes, cuando éstas atraviesan las regiones superiores de nuestra atmósfera, no tiene otra causa que el calor desenvuelto por el roce producido al paso brusco de aquéllas, cuya velocidad es extraordinaria, atravesando el aire atmosférico. Los efectos producidos son proporcionales á las masas sobre que se ejerce la acción y al cuadrado de las velocidades de dichas masas. Esta importante transformación que Newton y su escuela no pudieron considerar, fué presentida por Descartes, cuando anunció que el calor «no es otra cosa que la agitación de las pequeñas partes de los cuerpos y que este movimiento, una vez excitado en ellas, permanecerá hasta que pueda ser transmitido á otros cuerpos.»

Desde luego se comprende que la masa caótica, tenebrosa y gracial, una vez puesta en movimiento, hubo de engendrar choques y frotos al condensarse, cuya consecuencia fué la temperatura, siempre elevándose gradualmente, en virtud de



la duración y del acrecentamiento de intensidad de todas estas acciones mecánicas. El calor producido no tardó en irradiar una luz débil que las partículas condensadas se transmitieron unas á otras. Entonces fué cuando las nebulosas impalpables comenzaron á hacerse visibles. La luz, luz vaga, difusa, apenas comparable á las más ligeras fosforescencias, nació llenando todo el Empíreo. Examinémosla solamente, para precisar mejor este fenómeno, en la nebulosa generatriz de nuestro grupo planetario, con el débil calor que en ella se desarrolló, y busquemos cómo el calor y la luz pudieron aumentar y condensarse hasta el punto que observamos en la masa del sol, cuya claridad brillantísima nos deslumbra, y cuyo poder calorífico, aun á la distancia de 36 ó 38 millones de leguas, nos es algunas veces mortal. Podemos formarnos idea de ello, considerando la masa del sol en sí misma y comparando su densidad actual con la densidad primitiva de la nebulosa originaria. Esta masa, calculada por los astrónomos, está representada por la cantidad de 330.800, tomando por unidad la del planeta terrestre, y siendo la densidad media de la esfera de la tierra de 5,6 con relación á la del agua, resulta una densidad media, con aplicación al astro solar de 1,4. Si tomáramos como término de comparación la densidad del aire en el vacío hecho por la máquina pneumática, alcanzaría entonces la cifra enorme de 1.082.000.

Suponiendo, pues, toda la masa solar diluída por igual en una enorme esfera cuyo radio fuese décuplo del de la órbita de Neptuno, tendría aquél una dimensión 300 veces mayor que el de nuestra órbita, y la densidad de dicha esfera 250 millones de veces menor que la del aire extremadamente rarificado, contenido en el recipiente de una máquina pneumática en que se hubiera hecho el vacío. Habiéndose reducido el volumen del sol por su misma masa 268 millones de veces, fácil es representarse la enorme cantidad de fuerza viva trasformada en una sucesión de millares de millares de siglos, en vibraciones calóricas y luminosas de la hoguera gigantesca que nos alumbramos. Se ha calculado que esta cantidad de calor es igual á 15 millones de veces el que el astro



central de nuestro sistema planetario derrama durante un año, alrededor de su esfera, en los dilatados espacios.

La nebulosa ó masa estelar de que forma parte nuestro pequeño sol, está compuesta de centenares de miles de estrellas: es la Vía láctea, llamémosla por su nombre, y cuenta tantos movimientos individuales como estrellas contiene. No se sabe si estos movimientos están coordinados entre sí, siguiendo las leyes de la mecánica; nuestra ciencia no alcanza todavía tanto, siéndonos desconocida hasta la curva que sigue nuestro sol, en su movimiento dentro del sistema general de aquella infinita aglomeración de estrellas. Ignoramos dicha curva, porque su rayo es de tal magnitud, que resulta imperceptible, y el arco observado no se distingue de la línea recta para nosotros. El sol se dirige actualmente hacia la constelación de Hércules, pero ¿sabemos acaso lo que hará en los siglos futuros? Estos problemas están fuera de nuestro alcance, y son por lo tanto verdaderos misterios. Para abarcar su totalidad y resolverlos, sería necesaria una inteligencia infinita, como ha sido necesaria para concebirlos y crearlos. La razón humana queda en estupefacción en presencia de tales testimonios de la razón suprema y soberana. Por este motivo, al referirse á este punto, exclama con gran verdad y no menor elocuencia el ilustre astrónomo francés: «Negar á Dios es como dejarse caer de tales alturas á la tierra. Esos astros, esas maravillas de la naturaleza no pueden ser efecto del azar. ¡Cómo ha de ser nuestra inteligencia materia que piense! ¡Cómo ha de ser el hombre un animal viviendo una existencia sin finalidad racional para morir y desaparecer totalmente, después de haber llenado las funciones de nutrición y de reproducción nada más!»

Es falso que la ciencia haya por sí misma nunca demostrado el fundamento de esta negación, todo lo contrario: á la ciencia debemos el examen de las obras de Dios que prueban su existencia y su infinita sabiduría.



## III

La grandiosa cosmogonía de Mr. Faye, ¿será, acaso, la última expresión de la verdad científica?

No lo creemos; pero no cabe afirmar nada sobre esto. Lo que sí tenemos por cierto, es que la nueva teoría realiza un gran progreso sobre la de Laplace, trasformándola sin destruirla. Este eminente sabio se aproximó á la verdad mucho más que Buffón, el cual, á su vez, ideó una cosmogonía muy superior á todas las que se conocieron en la antigüedad. Quizás nuevos descubrimientos astronómicos, que no es difícil augurar, traerán nuevos perfeccionamientos á la actual teoría del origen nebular del universo y particularmente al de nuestro sistema planetario. Dudamos de que el principio en que esta teoría se funda sea abandonado en lo sucesivo, siendo la gloria de Descartes el haberlo concebido y participando de ella Laplace y Faye, que lo han esclarecido y perfeccionado. En dicho principio encuentra sólida base de explicación científica aquel sistema.

Del nuevo progreso, debido al sabio francés, resulta que la cosmogonía bíblica, el sentido de *El Génesis*, recibe en parte una confirmación inesperada. El autor de la nueva cosmogonía publica al final de su libro el texto de Moisés sobre el origen del mundo, comentándolo, bajo su punto de vista, siendo interesante examinar esta parte de su trabajo.

En sus comentarios al relato de Moisés, parte Mr. Faye de la proposición, generalmente admitida, de que si las Sagradas Escrituras tuvieron por objeto instruir al hombre en la verdad religiosa, no cabe suponer que pretendieran nunca instruirle en las verdades del orden científico.

Para justificar este aserto, dice el ilustre astrónomo lo siguiente: «Imaginad que Dios hubiese revelado toda la verdad científica de cualquiera de los puntos que son objeto del estudio del hombre. Nadie la hubiera comprendido. Ahora mis-



mo no la comprenderíamos nosotros tampoco y hasta nos faltarían las palabras necesarias para expresarla.»

Añade después que «si las más altas verdades religiosas han sido transmitidas al mundo por medio de algunos hombres inspirados, esta inspiración no puede admitirse ni se ha referido jamás á las cuestiones del orden científico; porque, si las verdades del orden moral ó religioso son inmediatamente accesibles á todas las inteligencias, esto no ocurre con las verdades de la ciencia.

Publica Mr. Faye el primer capítulo de *El Génesis* y los tres primeros versículos del segundo, según la Vulgata, es decir, toda la cosmogonía mosaica, y justifica, considerando los hábitos del espíritu de los pueblos de la antigüedad, la creación de la luz antes que la del sol.

En aquellas épocas, perdidas en los remotos tiempos, todo el mundo atribuía á la atmósfera la propiedad de alumbrar á la tierra. Todos los días veían los hombres preceder la luz del día á la aparición del sol y todas las noches la contemplaban durante un espacio de tiempo, después de haber desaparecido el astro diurno del horizonte sensible.

Los días lluviosos, aquellos en que el cielo está cubierto por la niebla ó por las nubes, no se mostraba el sol ante los antiguos y, sin embargo, la claridad del día surgía y desaparecía á las horas ordinarias, de donde ellos consideraron la luz como un fenómeno independiente de la presencia del sol sobre el horizonte, no atribuyéndole al astro del día causalidad eficiente y adecuada para el fenómeno lumínico.

Las alegorías mitológicas de los griegos y de los latinos y las cosmogonías de sus autores, parece que comprueban esta opinión que debió ser la de todo el mundo antiguo.

Según Mr. Faye, Moisés, no poseyendo conocimientos científicos superiores á los de su tiempo, tuvo que concebir la creación de la luz desde el primer instante, colocando la del sol en el cuarto día. «No hubiera sido racional entonces, dice, hacer aparecer al astro del día antes que la bóveda del cielo destinada á recibirlo.»

Para comprender igualmente la separación de las aguas y del firmamento, emite Mr. Faye la siguiente proposición: «Al



principio los dos elementos, el agua y la tierra, estaban confundidos, dominando por todas partes el agua. El divino artífice, asomado á este abismo, dividió las aguas en dos partes, y para sostener las superiores y separarlas de las inferiores, formó la sólida bóveda del cielo, esto es, el firmamento, » añadiendo, que siendo desconocida de los antiguos la circulación aereotelúrica del agua por la evaporación y su condensación, era necesario para explicar el fenómeno de la lluvia y de la nieve, admitir que en lo alto de dicha bóveda existían inagotables depósitos de agua nieve y granizo, siendo la celeste bóveda bastante resistente para soportarlos.

Mr. Faye explica después la creación del sol, según la cosmogonía de Moisés, verificada al cuarto día, del modo siguiente: «Era necesario que la creación del *firmamento* precediese á la del sol. Además no era indispensable la presencia del astro solar para que se produjesen las lluvias, ni para la vida de los vegetales, creados antes que el sol, en el tercer día, puesto que, según la concepción probable de aquellos tiempos y del autor de el Génesis, las aguas superiores calocadas sobre la bóveda celeste eran las que determinaban los dos hechos ó fenómenos anteriores á la creación del sol.

Resumiendo el sabio escritor el relato del Hexamerón sobre la creación, establece dos verdades absolutas del orden moral y un principio fundamental para la ciencia, que son:

1.º Dios ha creado todos los seres del Universo, los que vemos alrededor nuestro y los que están sobre nosotros. El solo es Dios.

2.º Ha creado al hombre á su imagen y semejanza.

3.º Ha dispuesto que el hombre no viva inclinado su cuerpo y su espíritu sobre la tierra, sino de pie y en posición vertical sobre ella, conciliando las exigencias de la vida intelectual y religiosa con las de la vida animal ó vegetativa.

Según Mr. Faye, fuera de estas verdades esenciales, todo es pura alegoría y artificio en la cosmogonía del Génesis.

Pasa después el autor á exponer las ideas cosmogónicas de la antigüedad griega y latina, haciendo prolongados extractos del *Timeo*, de Platón; del *Cielo*, de Aristóteles; del *Sueño de Scipión*, de Cicerón, y del *Natura rerum*, de Lucrecio, sin ol-



vidar los pasajes de Virgilio y de Ovidio, relativos al problema del origen de las cosas. Analizando á Lucrecio, demuestra que la cosmogonía de este poeta es retrógrada con relación á la ciencia de su tiempo y en tanto grado, que se inspira en ideas anteriores al Génesis, en las de aquellos primitivos tiempos en que se creyó que un sol nuevo se formaba cada día para recorrer el cielo durante él y perderse, disolviéndose en el horizonte, al caer de cada tarde.

Las ideas cosmogónicas de nuestro tiempo han sucedido, por orden lógico y natural, á las erróneas de los tiempos antiguos. Mr. Faye hace un grande y merecido elogio del genio de Descartes, que sin duda hubiera descubierto la verdadera teoría de la constitución del universo, si en sus tiempos hubiera sido conocida la ley de la gravitación universal, de que no tuvo idea aquel eminente filósofo y matemático. El genio de Newton abrió á la ciencia moderna vías nuevas y horizontes desconocidos; pero por no haber admitido la idea de los torbellinos cósmicos de Descartes, no pudo á su vez explicar la constitución giratoria del sistema solar, viéndose obligado á declarar que aquel fenómeno no depende de causas mecánicas.

Hablando de Laplace, Mr. Faye lo justifica del dictado de ateo que generalmente se le atribuye, diciendo, á este propósito, ser falsa la anécdota de que Napoleón, admirado porque aquel ilustre sabio no habla de Dios en toda su obra, hubo de preguntarle sobre el caso, obteniendo del autor de la *Exposición del sistema del mundo* esta contestación: «Señor, no he tenido necesidad de tal hipótesis.»

La hipótesis, á ser cierta la anécdota, de que no necesitaba Laplace—dice Mr. Faye,—es Dios, y por lo tanto las palabras que se le atribuyen falsamente, implican el concepto de que Dios es una hipótesis. Si las hubiera pronunciado—añade el autor de la nueva cosmogonía,—el primer cónsul le hubiera vuelto para siempre la espalda con desprecio, y esto no ocurrió.

La hipótesis á que Laplace se refirió no es la existencia de Dios, sino su intervención especial para arreglar la máquina del mundo, de tiempo en tiempo, que era lo que creía



Newton, el cual sostenía que las perturbaciones seculares de los astros acabarían por destruir el sistema solar sin aquella periódica intervención divina.

Esta restauración ó arreglo es la hipótesis á que Laplace se refirió, al contestar al Emperador que no había necesitado de ella para su cosmogonía. En apoyo de tal justificación, cita Mr. Faye un hecho muy importante: He oído contar á Mr. Arago—dice—que Laplace, habiendo sabido, poco antes de morir, que dicha anécdota iba á ser publicada en una biografía suya, pidió su supresión. Efectivamente, en opinión de Mr. Arago, siendo necesario suprimirla ó explicarla, lo primero era más sencillo. Desgraciadamente no se explicó ni se suprimió en dicha biografía, dando motivo al falso dictado de ateísmo atribuído al ilustre astrónomo.

Mr. Faye analizaba las ideas cosmogónicas de Kan, diciendo que pueden servir de introducción natural á la exposición de la teoría de Laplace, cuya cosmogonía es bien conocida.

Sobre la pluralidad de mundos, cuestión también tratada por Mr. Faye en su última obra, se expresa éste, no como un poeta ó soñador, á la manera que otros autores muy en moda, sino como un pensador y un sabio.

Desde que se sabe que las estrellas son otros tantos soles alrededor de los cuales pueden gravitar, y probablemente gravitan planetas análogos á los de nuestro sistema, se ha preguntado si estos planetas estarán poblados, como la tierra, por seres racionales é inteligentes. Ante este hecho, exclama Mr. Faye, la ciencia permanece muda, no sabe nada, ni puede contestar.

Sin embargo, añade, se pueden examinar las condiciones de la vida en el universo, con la posibilidad de conjeturar las mayores ó menores probabilidades de existencia ó desarrollo en los astros aseguibles, en cierta medida, á nuestras investigaciones. Estas condiciones pueden agruparse en cinco órdenes diferentes, á saber: condiciones *astronómicas*, relativas á la distancia del planeta respecto al sol de que dependa, á su grado de inclinación sobre el plano ideal de la órbita, á la velocidad de su rotación y á la estabilidad del sis-



tema á que el planeta pertenezca: condiciones *mecánicas* consistentes en que la rotación no sea tan rápida que anule en el equador la gravedad ó pesantez por la exageración de la fuerza centrípeta y en que el planeta tenga una masa suficiente, por razones análogos á la anterior; condiciones *geológicas* y *físicas*, las cuales requieren que la densidad media del planeta sea por lo menos igual á la del agua, sin lo cual los mares no pueden tener estabilidad, como ocurre en Saturno; consistencia suficiente en la costra superficial del planeta y mezcla en la superficie del mismo de todas las distintas materias necesarias para producir la vida; mezcla que, según la ley de la clasificación homogénea de los materiales, en virtud de su densidad, no puede existir si no es mediante fenómenos geológicos semejantes á los que se han sucedido en la tierra, los cuales no se han verificado, por ejemplo, en la luna: condiciones *químicas*, las más delicadas de todas las de los distintos órdenes señalados, debidas á la proporción de los elementos hidrógeno, oxígeno, ázoe, ácido carbónico, agua, etcétera, etc., sin la que no es posible la vida y no se realiza en ninguno de los astros que se han podido estudiar por medio del espectróscopo.

Estas diferentes condiciones son muy complejas y extremadamente minuciosas. Es evidente que existe un número inmenso de astros en que no se encuentran: todos los que tienen luz propia, todos los soles, están en este caso.

En nuestro mundo solar, el planeta Marte es quizás el único en que se pueden encontrar reunidas los cinco órdenes de condiciones necesarias para que se produzca la vida, establecidas por Mr. Faye. Sin embargo, hay que aceptar que existen astros que pudieron haberlas reunido en tiempo remoto, como otros muchos podrán reunir las, tal vez, en lo porvenir. Además, entre los innumerables soles que pueblan los espacios siderales, es posible que algunos tengan también planetas en iguales condiciones que la Tierra. No obstante, hemos de considerar el número de éstos, relativamente pequeño, puesto que, á juzgar por las múltiples nebulosas que se encuentran aún en el período de gestación mundanal que hemos estudiado en la nueva teoría cosmogónica el modo



de formación realizado en nuestro sistema solar, que permite á los planetas girar alrededor del sol, recorriendo una órbita poco escéntrica, parece ser el menos general en el movimiento de todos los cuerpos siderales, pudiendo casi decirse que constituye una excepción.

Mr. Faye concluye con estas palabras:

«Sería pueril pretender que no puede haber más que un solo globo habitado en el universo; pero á la vez es insostenible la pretensión de que todos los mundos del espacio están ó pueden estar habitados.»

Los progresos de la ciencia, que cada día arranca un secreto á la naturaleza para añadir una verdad al conocimiento humano, son la única fuente que, poco á poco, irá dando al hombre ideas exactas sobre los misterios de la creación. En ella, aun después de la nueva teoría de Mr. Faye, siguen siendo aquéllos tan innumerables como los infinitos astros que brillan en el espacio sin límites, revelando la suprema sabiduría de Dios.

JOSÉ PUIG PÉREZ.







## REVISTA DE TEATROS

---

CONTINUACIÓN (I).

**T**ERMINADA en el número anterior la parte relativa al arte de la Gimnástica, asunto que hemos procurado tratar con la mayor extensión posible, dado el carácter de nuestra publicación, por convenir así á nuestro propósito y porque además la conceptuábamos y la conceptuamos como base y fundamento de donde arrancan los ejercicios acrobáticos de la época contemporánea, vamos á entrar ahora en otro terreno más agradable y de más amenidad, en el que encontrarán nuestros lectores la historia y origen de los demás juegos, ejercicios y suertes, que son objeto de constante atención y aplauso que el público dispensa á los circos ecuestres de la actualidad.

Para cumplir nuestro propósito, vamos á salir del gimnasio y de la palestra de los xystos y demás lugares que hemos recorrido con detenimiento y calma, y penetraremos en el circo y el anfiteatro romano, donde nos esperan una serie de recreaciones de este género, que complementan la historia de aquellos pueblos, cuna de la civilización, las artes y las ciencias á la par que de todas las clases de espectáculos y diver-

---

(I) Véase la pág. 102 de este tomo.



siones que al través de los siglos y de las variaciones que en su trascurso la mano del tiempo los ha impreso, no ha podido despojarlas del todo de su genuino carácter y de su original colorido.

No es posible penetrar en este terreno sin que la imaginación reclame su derecho á tomar una parte directa, llamando en su auxilio á las galas de la poesía, á la galanura del lenguaje, á la corrección del estilo, á la descriptiva y á cuanto puede dar realce, esplendor y brillantez á una materia que ha tenido el privilegio de ser tratada por todo el que esgrime ó intenta esgrimir sus armas en el palenque de la literatura.

Hablar de Roma y Grecia sin que la imaginación extienda sus alas, la fantasía desplegue su vuelo, el numen poético recorra los espacios deletéreos de lo desconocido y la inteligencia trabaje y se afane, ayudada por la filosofía, por investigar las causas de la grandeza y decadencia de aquellos dos grandes pueblos, es imposible.

Tan imparcial conocedor de sí mismo, como exento de amor propio y exento de vanidad, ha de ser el hombre que, encerrándose en el estrecho círculo de sus facultades, se limite á relatar fielmente las diversiones y espectáculos públicos de aquellas memorables épocas y, sin embargo, habrá momentos que no pueda menos de naspirará remontar su vuelo, dominado por la admiración que produce siempre la simple lectura de esos espectáculos, en los que la fuerza, el valor, la destreza, la galantería, entremezclados con la barbarie, la crueldad y heroísmo, eran los elementos principales y que fijaron su sello peculiar y característico á esas fiestas que fueron el acta de las épocas antiguas, media y moderna, y el origen de las diversiones contemporáneas.

Penetremos en el circo y en el anfiteatro, y pronto nos convenceremos de esta verdad, con sólo contemplar á la multitud ansiosa de dar libre amplitud á sus pasiones, aficiones y tendencias.

Fijemos nuestra vista en cuanto nos rodea, y nos creemos víctimas de un sueño, al ver que las artes, las ciencias, la poesía y la industria se han puesto de acuerdo para dar á



estos actos maravilloso aspecto, grandiosa solemnidad y singular realce, cuyo recuerdo, aunque tosco en alto grado, se nos presenta hoy, al ocupar un asiento en nuestros circos ecuestres y taurinos, hipódromos y teatros.

\*  
\* \*

Nueve circos había en Roma, según nos dice Mary Lafón en su *Historia de Roma antigua y moderna*, los que se conocían con los nombres de Grande, Agonal, Militar, Vaticano de Trajano, Flora, Flaminio, Salustio, Nerón y Caracalla, al paso que sólo contaba con tres anfiteatros principales.

Los circos estaban contruídos sobre un mismo plano igual al de Máximo; consistían en un óvalo prolongado, formando en su extremo un semicírculo que terminaba por su base en una línea curva; en el lado de la fachada había tres pabellones llamados *sienianos*, uno en la parte céntrica y los otros dos en los ángulos; tenían tres puertas bastante espaciosas para dar entrada á la multitud, las que servían al mismo tiempo de palcos—digámoslo así—para los magistrados y de principal ornato del circo, por su elegante arquitectura y las brillantes cuádrigas que coronaban la plataforma.

A cada lado del pabellón central se abrían seis carceres ó cuadras abovedadas, cerradas con barreras de madera—menos en el de la *Vía Apia*, que no existía pared de separación;—en ellas permanecían encerrados los conductores de carros y de caballos, hasta que el magistrado daba la señal de salida, y entonces se quitaba una cadena tendida de uno á otro lado y sujeta en sus extremos con unos bustos de mármol *hermes*, colocados delante de las pilastras.

Delante de la cadena que servía de barrera hasta el extremo semicircular del circo, flanqueado igualmente de tres pabellones con anchurosas puertas, se levantaban en ambos lados pisos de pórticos corridos, adornados con pilastras, que servían de sostén á las gradas.

A fin de evitar desgracias, cuando se daba caza á las fieras, se abría en la primera línea de éstas una excavación



que las separaba de la arena, al que se denominaba canal *escripe*, y además, para mayor seguridad, una fuerte barrera que separaba de éste las gradas inferiores.

La arena estaba dividida en toda su longitud por una pared de piedra labrada á ladrillo cubierto de mármol, llamada *espina*; en el centro de esta pared ó espinazo de cuatro pies de alto, había un obelisco en honor del sol, protector de las carreras; el límite ó *meta* lo formaban tres columnas cilíndricas reunidas, coronadas con unos huevos de mármol, siguiendo después las estatuas de Cibeles, sentada sobre un león; la de la Victoria, puesta de pie y con el corazón en la mano; la de Roma, armada con su lanza; el altar de los principales dioses y dos mesas de mármol sostenidas por cuatro columnas de orden corintio, en la que resaltaban siete delfines y siete huevos de mármol blanco en memoria de Neptuno y de los hijos de Cisne y Leda.

El espinazo de la *Vía Appia* ó de Rómulo, mide mil pies de largo, se mira entrecortado por unos estanques, mediando desde éste á la caballeriza una distancia de quinientos pies á un extremo, al otro, sólo treinta pies; lo que formaba una meseta proporcionadamente estrecha.

La espina del Circo Máximo estaba adornada con mayor magnificencia y lujo que la de los demás, admirándose allí las estatuas de la Fortuna, del Genio, del pueblo romano, el Neptuno ecuestre, luego el templo de Sol, un pequeño obelisco dedicado á la luna, las capillas de las deidades, protectoras de las siembras, de las cosechas y de la diosa tutelar; un trípode en que humeaba el incienso; los vasos sagrados y los altares de Murcia, de los Laris, de los dioses valientes, de los dioses poderosos, de Roma y de la Fortuna.

Los anfiteatros cuyo nombre y diseño sacaron de los griegos, se diferenciaban de los circos en su figura, que era del todo circular, y de los teatros en que las graderías eran continuadas alrededor del circuito. La profunda cavidad que se extendía interiormente por debajo de las gradas se denominó por esta causa *cavea*; se les daba también el nombre de *arenas* por las velas ó toldos que los cubrían durante el estío. El primero le edificó Statillio Taciro en tiempo de Vespasia-



no; constaba de pórticos y graderías de piedra; el de Vespasiano fué el más grande y magnífico que salió de manos de los hombres.

La extensión de los circos, según Dionisio Ahcarnasio, era de tres estadios y medio de ancho y cuatro yugadas, sin contar el espacio ocupado por las construcciones, siendo capaz de contener 150.000 espectadores; Vespasiano le hizo contener 260.000, y Trajano aumentó su número hasta 300.000.

Los anfiteatros reunían al pueblo en los espectáculos públicos, que consistían más generalmente en luchas de fieras. Su invención se atribuye á los Aruzcos.

Se construyeron de madera por adaptarse poco las formas de los circos á los juegos que en un principio se verificaban; entre los más principales, mereció mayores elogios el que en tiempo de César elevó Cayo Escribinio Curión para las exequias de su padre; eran dos teatros muy capaces, uno frente á otro, movibles por ejes, de modo que al girar se convertían en un anfiteatro.

Julio César construyó otro para inaugurar el Foro, y le rodeó de bancos.

Su figura era ojival, casi elíptica, y en el extremo del eje mayor estaban las entradas; otras más pequeñas, cerradas con puertas de hierro, se abrían en el muro que formaba el circuito para entrar y salir el pueblo, y además huecos donde refugiarse los gladiadores.

Les ceñía un parapeto (*podium*) de suficiente altura para que las fieras no pudiesen saltar por él, y debajo de la arena y separados de las gradas existían vastísimos subterráneos, donde estaban los animales que subían á la arena por pladíos inclinados.

Más allá del parapeto empezaban las gradas, y al nivel del primer orden y á las dos extremidades del eje menor estaban los asientos para la familia imperial á un lado y para los cónsules á otro; los restantes se destinaban á embajadores, magistrados, senadores y para las vestales.

Las siguientes gradas se dividían en tres *percepciones*; las dos primeras para las familias patricias, los caballeros y los



ciudadanos romanos, y formaban cuarenta escalones vestidos de mármol blanco y cubiertos de inscripciones con el número de los puestos pertenecientes á tal familia ó colegio; un muro *Balteus* con ventanas y puertas ricamente adornadas les separaba de la tercera percepción; por ellas se introducían y de los huecos brotaba agua.

(Continuará.)

\*  
\* \*

En el número inmediato continuaremos este trabajo con el epígrafe de *Circos Ecuéstres y Gimnásticos*, en artículo separado de la *Revista de Teatros*.

---

Aun cuando la mayor parte de los teatros han abierto ya sus puertas, la temporada teatral para los efectos de la crítica aún no ha dado comienzo, y lo más sensible es que si materialmente diera principio en la próxima quincena ó si se quiere antes moralmente, ésta no se verificará, porque el teatro ha muerto y la certificación de su pleito está firmada por esos zurcidores de piezas en un acto, adicionadas con coplas ó *couplets*, como ahora se dice, en las que el arte brilla por su ausencia, así como el genio dramático no se encuentra en los autores ni en los actores que los pueblan con sus obras, y sus actitudes grotescas hasta lo ridículo y chavacanas hasta la saciedad, contando entre los adelantos y progresos teatrales el haber dividido en secciones sus espectáculos los teatros de la Comedia y el de la Zarzuela.

El primero abrió sus puertas la noche del 25, que el público rió y celebró los chistes, y únicamente los chistes de que están salpicadas las obras *Los dedos huéspedes* y *La primera cura*, en la que las Sras. Caro, Galendiz y Pardo, en unión de los Sres. Castilla, Rubio, Hernández y Larra recogieron abundante cosecha de aplausos; la *troupe* francesa que canta, baila y hace otro papel que no queremos indicar, no mereció buena acogida por la generalidad del numeroso escogido pú-



blico que llenaba la sala, haciendo comprender á Mlle. Cai-ret Monquet y Embert Ledousix y demás compañeros márti-res de la caratu francesa que pueden irse con la música y el baile á otra parte, que aquí ya los hemos conocido, y nos contentamos con nuestros bufos indígenas, menos actores que ellos, pero mucho más naturales.

En Martín se han estrenado dos obras, la primera *El país del abanico*, ó sean escenas con aparatos de delincuencia es-critas por Pedrosa, que nada valen, nada dicen, á nada con-ducen, ni nada enseñan, adornadas con una preciosa música de Chapí, que es lástima descienda desde las alturas de *La tempestad* y de *El milagro de la Virgen* al abismo del teatro de la calle de Santa Brígida, y cuya música pega al libreto, co-mo á un santo un sable de caballería.

La segunda, que allí vió la luz, se titula *El puesto de las castañas*; es original de Navarro Gonzalvo, con música de los maestros Rubio y Espino, y se prohibió por la autoridad gu-bernativa al día siguiente de su estreno, con su correspon-diente aditamento de multas á la empresa y suspensión de empleo y sueldo al delegado.

Abunda en chistes políticos de subido color; se parece mucho á *La casa de Tócame Roque*, *Las castañeras picadas* y *La canción de la Lola*; tiene bonitos números de música, y prueba que para criticar una situación política, caricaturizar un Mi-nisterio, y propagar una idea política, sobra el título de au-tor y basta con reunir las condiciones de interés de ganancia, carácter chistoso y voluble y *valor acreditado*.

En Eslava se han estrenado dos obras: una que con el título de *Se aguló la fiesta* aguló el éxito, y otra de Miguel Pa-lacio y Perrín titulada *Solteros entre paréntesis*, que está den-tro del círculo de los mamarrachos con gracia y que inter-pretaron muy bien los actores de aquel teatro, dirigidos por Antonio Riquelme.

Lo mismo podemos decir de *La trompeta*, piececita en un acto estrenada en Lara y debida á la pluma de Llanos, y en las que fueron muy aplaudidos la Górriz y Romea.

Novedades empezará hoy su campaña (por secciones) por una compañía, á cuyo frente figuran Valero, Morales y la



Hijosa, poniendo en escena *La Pasionaria* y *El alcalde de Zalamea*, es decir, el ayer y el hoy de la literatura dramática española.

El nuevo teatro de la Princesa inaugurará sus tareas con una compañía muy aceptable dirigida por Mario y bajo la base de la Tenorio y Cepillo, la Zapatero, Villar, Sánchez de León, Aguirre, Compte y Mendiguchía.

Si al buen nombre de los actores y al numeroso abono con que cuenta la empresa se une el mérito de las obras, el precioso teatro de la calle del Almirante puede estar de enhorabuena.

Lo mismo, y á juzgar por sus propósitos, decimos del Español, en el que actuará la misma compañía del año anterior, dirigida por Vico y reforzada con Tamayo, y que cuenta con una nueva producción del Sr. Echegaray, titulada *La mala raza*.

RAMIRO.







## NOVELAS NORTE-AMERICANAS

# EL CORONEL.—MI SUEGRA

*Continuación (I)*

### III

**L**A semana siguiente careció en absoluto de alegría. ¿Qué otra cosa se puede hacer en una estación de verano más que visitar los lagos y las montañas de los alrededores? Bessie y yo hubiéramos deseado reunirnos á nuestros amigos para pasear juntos, pero no se podía dejar sola siempre á mi suegra en la terraza, sin más compañía que el *crochet* y una novela.

Por lo demás, ella no desdeñaba las excursiones largas en carruaje. Si las rehusaba consistía sólo en que adivinaba el escaso placer que me causaba su compañía, apesar de mi protesta en contrario.

Un día, sin embargo, consintió en ser de la partida. Bastó esto para dar al traste con las inocentes locuras que constituyen todo el atractivo de estas expediciones. Las primeras horas de la tarde se pasaron yendo de acá para allá, sin que mi suegra perdiese su gravedad, y sin que hiciéramos otra cosa que prodigar la obligada admiración á todas las mon-

---

(I) Véase la pág. 88 de este tomo.



tañas y valles que se presentaban á nuestra vista. Entramos en el hotel mustios y lúgubres, como si volviésemos de un entierro.

La Sra. Pínkerton no dejó de conocer el efecto que había producido su presencia, y con el sentimiento de las conveniencias que le era característico, rehusó en lo sucesivo, con obstinación, el formar parte de ninguna de aquellas excursiones. Por lo demás, á ella no le gustaban más que los buenos caminos, de modo que era imposible contar con su compañía, cuando se trataba de trepar por un cerro ó escalar un escarpe.

Fué necesario, en lo sucesivo, dejarla sola, ó privarnos del único placer de que se podía gozar allí. Yo deseaba sinceramente que ella tomase parte en esta distracción; pero ¿qué hacerle? No es posible que un habitante del Spitzberg encuentre gusto en tomar el sol de los trópicos.

Nos pasábamos, por lo tanto, la mayor parte de los días vagando en el hotel como almas en pena, sin saber qué hacer, y sin hablar á nadie. Cierta es que allí se encontraba el Sr. Desmond; pero además de que éste era poco comunicativo de por sí, recibía todas las mañanas un enorme paquete de cartas y periódicos, pasándose casi todo el día en leerlas y en contestar á sus numerosos corresponsales. Por la tarde bajaba á la terraza, se tendía en una mecedora y contemplaba silencioso las montañas que le fascinaban; pero ni aun en estos especiales momentos era fácil sonsacarle los tesoros de noticias que había reunido durante toda una vida de trabajo. Callaba y sacudía los brazos de su mecedora, ó hacía girar sus pulgares.

Mi suegra, sentada á la sombra á pocos pasos de él, levantaba de vez en cuando su vista del *crochet* ó del libro que tenía en las manos, y le miraba de cierto modo, como quien dice:

—Es extraño que no haga un esfuerzo para parecer amable, en vez de pasarse las horas muertas sin decir una palabra.

Pero él no advertía ni estas miradas ni estos mudos comentarios. Su pensamiento estaba muy lejos; en la Bolsa, tal vez.



Fred visitaba con frecuencia las poblaciones próximas á los grandes hoteles diseminados por las montañas, donde encontraba las distracciones de que en nuestra residencia carecía. No se tomaba á veces la molestia de disimular su despecho cuando su esposa insistía en acompañarlo, no porque sintiese la imperiosa necesidad de no perderle de vista, sino porque tenía también ganas de divertirse, y para esto no podía ir sola á aquellos lugares. De aquí se seguían algunos altercados y escenas poco agradables entre las dos mitades de aquella elegante pareja.

Y la Srta. Van, ¿qué hacía durante las largas horas de la tarde? ¡Oh! Lo que es ella no se apuraba para pasar el tiempo distraída. Salía sola, si no tenía quien la acompañase, y volvía de sus largos paseos con enormes manojos de flores y helechos en las manos. Conocía todas las plantas por sus nombres y sus cualidades y las pintaba á la acuarela con verdadero talento, ó bien se pasaba las horas sentada á la sombra de alguna roca, bosquejando algunos croquis que á poco rato rasgaba con el mayor desenfado. Tenía muy desarrollado el sentido cómico; todos los incidentes picarescos que observaba durante el día, los contaba después con muchísima gracia, sin que jamás incurriese en el defecto de la maledicencia. Aun cuando se había criado entre la sociedad más distinguida de Nueva York, era muy amable con todo el mundo, se reía lo mismo con un criado ó un labriego, que con una persona de su clase, y encantaba á todos los que á ella se acercaban, sin que por eso diera pío nunca para la familiaridad. Su aire alegre y desembarazado tenía el privilegio de desorientar por completo á mi suegra, que no podía explicarse cómo con un tono tan diferente del suyo, conseguía aquella joven huír de toda vulgaridad. Por nada del mundo, la Sra. Pínkerton hubiera emitido una opinión favorable acerca de una joven que distaba tanto de su edad y del programa de las conveniencias femeninas que se había trazado, y apesar de todo, le era imposible encontrar en la conducta de aquella joven cosa alguna digna de censura.

La Srta. Van era el alma de nuestra pequeña sociedad; siempre tenía alguna anécdota que contar, alguna dis-



tracción que proponer ó alguna excursión que organizar.

Con su buen humor vencía la indolencia del Sr. Desmond; saltaba sobre sus rodillas, le cogía la barba, y llamándole «abuelo gracioso,» acababa siempre por hacerle reír.

—Tienes alegría por los dos—querida mía,—decía entonces el banquero, que amaba á su pupila por razón del mismo contraste que había entre sus dos caracteres.

En cuanto á mí, adelantaba muy poco en el favor de mi suegra. Si por un instante podía creer haber obtenido un resultado favorable, una partida de billar con Fred, ó un juego de *lawtennis* con la Srta. Van y la Sra. Márston, bastaba para hacerme perder todo el terreno conquistado.

Bessie era generalmente la que sufría las amargas críticas que la Sra. de Pínkerton hacía de mi conducta.

—Estos juegos al aire libre no son propios de una señorita que se estime en algo—decía.

—Pero, mamá, ya ves que la Srta. Van gusta mucho de ellos—respondía inocentemente Bessie.

—La Srta. Van Duren no tiene bastante autoridad en esta materia, y después de todo, las familiaridades de tu marido con esas señoras, una de ellas casada y muy coqueta por cierto, no me parecen decentes.

—¡Mamá! ¡Qué idea! Por mi parte no veo ningún mal en ello...

—Bueno; esto es de tu incumbencia, hija mía. Yo no quiero ofender á nadie, ni tampoco quiero que tengas nunca motivos fundados para cambiar de opinión.

Afortunadamente, dos incidentes imprevistos vinieron á mejorar un tanto la escasa estimación que me profesaba aquel implacable censor.

Era el sábado por la tarde y la diligencia llegó más llena que de ordinario de gente y de equipajes. El cochero había puesto los caballos al trote largo para dar la vuelta á un recodo que venía á terminar en la puerta del hotel. Una de las ruedas de la diligencia, saliéndose del camino, se rompió, y el enorme vehículo dió un vuelco con los viajeros y los equipajes. El mayoral, despedido por delante, se dió un fuerte golpe en la cabeza, y los caballos se pararon en seco, por efecto,



sin duda, del accidente. Júzguese de la consternación general en vista de aquella desgracia y de la confusión que reinaría en el hotel.

Entonces fué cuando mi sangre fría se puso en evidencia. Dominando con una mirada la situación, tomé la dirección de las operaciones, indicando las primeras medidas que se habían de tomar para recoger á los viajeros heridos en una sala donde se les prodigarán los cuidados que su estado exigía. En general, las averías no fueron graves; sin embargo, una joven que iba en la banqueta, sitio más alto que el del mayoral, chocó con violencia contra el suelo y se hizo algunas fuertes contusiones en la cara y espaldas. Hecha, apenas, la primera cura, partí para el pueblo más próximo en busca de un médico, echando mano de un ligero carruaje que había hecho disponer desde los primeros momentos, á previsión de esta necesidad. En un abrir y cerrar de ojos traje al hotel un practicante, y luego me eché á buscar en la ciudad inmediata un buen profesor. Mi expedición tuvo feliz éxito, y antes de la noche la pobre joven fué cuidadosamente curada.

Mi comportamiento me valió, lo confieso, alguna mayor estimación por parte de mi suegra, aparte de la admiración absoluta de mi buena Bessie. En vista de esto, resolví aprovecharme al día siguiente de estas ventajas. El domingo anterior me había negado á acompañar á mi suegra y á mi esposa á la iglesia; pero ahora, no sólo me ofrecí á escoltarlas sino que hice enganchar muy temprano un *break* de dos caballos, para conducir las yo mismo á la ciudad. Había en esta población una iglesia episcopal bastante buena, y en ella debía pronunciar un sermón aquel día un célebre predicador que se encontraba en el país, de veraneo. Apenas notifiqué mi resolución de santificar así el reposo del domingo, obtuve la más rara y más preciosa de las recompensas, una cosa así como una sonrisa de aprobación de mi suegra.

El paseo fué muy agradable, y en cuanto al sermón, confieso que no me conmovió mucho, porque no le presté la menor atención.

A la vuelta, después de tomar el *lunch*, encontré á Fred en la terraza dispuesto á pasar el tiempo fumando.



—¿En dónde diablos han pasado la mañana?—me dijo gritando, así que me vió.—En mi vida me he fastidiado tanto. Tres horas mortales hace que busco con quien hablar, sin encontrar á nadie.

—¿Dónde está, pues, la Sra. Marston?

—Se ha ido á comer con una de sus amigas á esa gran casa de hospedaje que hay allá bajo, y no ha querido que la acompañe. Pero di, ¿de dónde vienes?

—De la iglesia, querido, con mi mujer y mi suegra.

—¡Oh! ¡oh!—dijo fijando sus ojos sobre mí.—Ten cuidado con esto... ¿La Sra. Pínk te ha llevado á la fuerza?

—No; yo me he brindado á acompañarla.

—Entonces, esto es más grave de lo que creía... Ella gana terreno poco á poco... ¡Pobre amigo mío! Tu suegra acabará por dominarte y apoderarse de las riendas del gobierno.

—¡Ya lo veremos!—dije yo, algo picado.

Después de un corto silencio, Fred, encendiendo un cigarro, continuó:

—Y la señorita Van se ha ido con su tío... ¡Estos domingos son muy estúpidos! Ni música, ni billar, ni juegos de otra clase, ni excursiones, ni tan siquiera pesca ó caza. No hay más remedio que aburrirse. ¡Vayan al diablo las preocupaciones! Las mujeres como tu suegra son las que contribuyen á perpetuarlas. ¡Qué necesidad! ¿Qué mal había, dime, en divertirse un poco el domingo, en vez de pasarlo gruñendo ó bostezando?

Fred arrojó con cierta ira su cigarro; parecía combinar alguna cosa.

—Escucha—me dijo de repente, en voz baja, en contra de lo que tenía por costumbre;—ven á mi cuarto. Mi mujer no volverá hasta la hora del té y allí hallaremos medio de matar el tiempo.

Le seguí sin decir una palabra. Su cuarto caía del lado de las montañas. Era la primera vez que entraba en él y noté que debían haberse trasladado allí un gran número de objetos varios, porque tenía todo el aspecto de un elegante cuarto de soltero. El cuarto y el gabinete de la Sra. Marston daban al salón.



Fred me ofreció una butaca, colocó una caja de cigarros sobre la mesa, y después fué á buscar de encima de un estante una botella de Jerez y unas copas.

—En estos rincones de provincias es imposible encontrar cosa buena—dijo,—así es que siempre hago mi provisión antes de partir.

El Jerez era muy bueno. Fred continuó escudriñando el estante, y acabó por volver á su sitio con un objeto en la mano que al pronto tomé por un libro pequeño. Era lo que se ha dado en llamar la *Biblia del Diablo*, un juego de naipes.

—Vaya una pequeña partida al *Casino* ó al *California Jack*—me dijo;—esto es mejor que dejarse morir de fastidio.

Yo dudé un poco, no porque tuviese el menor átomo de mogigatería, sino porque, empapado, por decirlo así, contra mi voluntad, por la atmósfera de la costumbre y de las preocupaciones que me rodeaban, me era casi imposible tocar una carta en domingo sin sentir algún remordimiento.

—Nada de tonterías—replicó Fred, barajando las cartas y comenzando á dar.—¡Tienes un as!... Casino pequeño..., vamos, camarada...

Articulé una débil protesta, pero acabé por mirar una carta y seguir el juego.

Hacía ya un gran rato que estábamos jugando, desvanecidos todos mis escrúpulos, cuando advertí que el sol iba declinando y que una forma humana acababa de pasar por delante de la ventana del cuarto de Fred.

—¡Por Júpiter!—exclamé;—¿acaso el balcón del segundo piso da vuelta á todo el edificio?

—Sí—respondió Fred, que estaba de espaldas á la luz.—Pero ¿qué tienes? ¿Qué has visto? ¿Algún moscardón?...

—Mi suegra en persona.

—¿De veras?

—Y tan de veras.

—Pues bien; ¿qué importa? Después de todo, ¿no eres dueño de tus acciones?

—Claro está, pero ella va á considerar esto como un crimen imperdonable, y pienso que hubiera sido mejor haber continuado en su gracia.



—¡Bah!...; afirma tus derechos, créeme, y riéte de lo demás... Haz que esa señora ocupe su lugar... ¡Quisiera yo que una suegra tratase de mezclarse en mis asuntos para dirigirme ó espiarme!

—¡Espíarme! Estoy seguro que es incapaz de ello. Habrá pasado por aquí casualmente. Mi suegra es una mujer bien educada...

—¡Oh, sí! Diabólicamente bien educada. Nadie dirá lo contrario, pero es poco divertida—replicó el malvado, riéndose á carcajadas.

Por mi parte, no reía. Veía claramente que acababa de perder en un instante todo el terreno que con tanta dificultad había ganado hasta entonces, y comprendía también que en adelante sería imposible reconquistar el favor de mi suegra.

El juego ya no tenía atractivo para mí; así es que bajé melancólico al piso bajo y me fuí á pasear á los alrededores del hotel, entrando luego á la hora del té, como si nada de extraordinario hubiese pasado.

La Sra. Pínkerton estaba más majestuosamente sentada que nunca, pero no hizo alusión alguna á los sucesos del día. Me pareció solamente que estaba más tierna con su hija y que en sus manifestaciones había como un poco de piedad y algo de deseo de impedir que me hablase.

Bessie estaba horriblemente preocupada con esta situación y me miraba con inquietud, leyéndose en sus ojos su deseo de lanzarse en mis brazos para preguntarme cuál era mi crimen y perdonármelo al instante; pero su madre la mantenía sin piedad en la esfera de su influencia, y yo, separado de ella, permanecía silencioso y abrumado con el peso de mis pensamientos.

Por fin, la Sra. Pínkerton se levantó y dijo:

—El tiempo está húmedo. Voy á irme á mi cuarto, querida.

—Quédate, Bessie; tengo que hablarte—exclamé yo.—Tu madre se irá sola, ¿no es cierto?

La Sra. Pínkerton me lanzó una mirada desdeñosa y salió. Entonces fué cuando dejé escapar mi deseo de verla trasla-



dada á remotos climas, al tenor de lo que se ha indicado al principio de esta historia.

Era ya evidente que nuestra permanencia en Fairview caería en lo sucesivo de alegría para nosotros, á menos que un nuevo ataque nocturno, con fractura, no viniese á dar lugar á que yo diera nuevas pruebas de mi heroísmo, sin contar con que, así y todo, corría todavía el riesgo de que al día siguiente se desvaneciera todo el efecto de mi valor.

Los Marston, la Srta. Van y su tío, se disponían á partir para el lago George. Yo resolví adelantar una semana nuestro regreso al hogar doméstico. Bessie y yo íbamos á emprender el viaje de vuelta, sin conservar ni siquiera un resto de aquella infantil alegría que nos arrastraba hacia las montañas un mes antes. Y sin embargo, nuestros sentimientos no habían cambiado. Culpa era de mi suegra el vernos privados de aquel inocente placer.

#### IV

Nos encontrábamos ya en nuestra casa. El viaje de boda había pasado para no volver. El baúl chapeado de hierro de la Sra. Pínkerton había vuelto á ocupar su sitio acostumbrado, y yo quedaba instalado en la casa como jefe de la familia.

Estaba en la casa de la Sra. Pínkerton, no lo olvidaba, pero no por eso había traspasado sus umbrales con menos resolución de no vivir como un huésped ó un convidado sometido al capricho más ó menos hospitalario del dueño. Me hubiese gustado, sin embargo, mucho más vivir en un domicilio independiente; y si renuncié á este privilegio, fué sólo por consideración á la Sra. Pínkerton que no quería separarse de su hija; pero no por eso dejaba yo de tener el derecho de considerarme el jefe, y por tal, exento de toda obligación respecto á mi suegra.

La casa en sí estaba lejos de poderse considerar como



una morada desagradable. Era pequeña, pero admirablemente dispuesta; el mobiliario era nuevo y de excelente gusto. Por todas partes se descubría la mano de una persona inteligente, y hasta en los menores detalles se revelaba la elegancia y la comodidad, así como un aire de extraordinaria limpieza. Se conocía, desde luego, que en aquel santuario no había vivido ningún hombre después de la muerte del Sr. Pinkerton.

Nuestro cuarto era el mismo que Bessie había ocupado desde que comenzara á ir al colegio, cuando vestía aún de corto, y, naturalmente, estaba lleno de esas mil fruslerías que los muchachos tienen gusto en reunir á su alrededor; de modo, que quedaba muy poco sitio para mis efectos personales. Apesar de esto, yo experimentaba un gran placer en verme trasladado á aquel santuario.

—Estaremos muy bien aquí—le dije sentándome en el extremo de la cama y encendiendo un cigarro, mientras que Bessie desocupaba sus baúles. Tan preocupada estaba con aquella tarea, que no me respondió. Yo me eché en la cama y me puse á pensar en mis asuntos.

¿Cómo se habrán arreglado sin mí en casa del banquero, mi principal, durante mi ausencia? De seguro que encontraré muchas cosas que arreglar... En esto, la Sra. Pinkerton entró en el cuarto para dar una mano al contenido de los baúles. Al principio no me vió; pero tan pronto como el aroma de mi cigarro filipino denunció mi presencia, volvióse de repente, y me lanzó una mirada... ¡qué mirada! No la olvidaré en la vida. Casi me cortó la respiración por un momento; pero, apesar de esto, mi suegra no dijo una palabra.

—La indignación la paraliza—pensé yo.—¡Con tal de que siempre suceda lo mismo!

Pero aquella mirada me había puesto malo; así es, que no tardé en levantarme y en salir de casa sin hacer ruido.

A la hora de cenar traté de mostrarme agradable; hablé de nuestro viaje y de las personas que encontramos en el campo. Me dejaron hablar. Bessie no parecía tener muchas ganas de charla, y en cuanto á su madre, se contentó con atravesarme de cuando en cuando con una mirada, aguda



como un puñal. En una palabra; la atmósfera se ponía pesada y la tempestad estaba próxima á estallar.

—Fred Marston me ha prometido venir á vernos á su regreso—dije yo al final de mi monólogo.

—¡Bonita relación!—exclamó la Sra. Pínkerton con gran viveza.—En cuanto á mí, ese caballero me ha parecido un poco vicioso...

—¡Fred Marston, un vicioso!... Olvida V., señora, que es amigo mío—repliqué algo picado,—y le aseguro á V. que, por lo menos, es tan respetable como el párroco de Santo Tomás.

Tómate ésta, ya está dicho y no me vuelvo atrás, pensé yo para mí; pero la Sra. Pínkerton se había ofendido y escandalizado tanto, que se levantó de la mesa y nos dejó solos.

Por mi parte me refugié en mi gabinete, donde, encendiendo un cigarro, me puse á leer un periódico. Bessie me había seguido, y vino á sentarse sobre mis rodillas.

—Carlos—me dijo acariciando mis cabellos,—¿no hay medio de vivir en paz con mamá?

—¡Si es capaz de hacer perder la paciencia á un santo! ¿No ves los esfuerzos que hago para ablandarla? Pero ella no pone nada de su parte... Al contrario, diríase que encuentra gusto en vejarme... Con franqueza; ¿tengo yo culpa de lo que ha pasado esta noche? ¿Por qué habla mal de mis amigos? Si no le agradan, que no se ocupe de ellos...

—Convengamos, sin embargo, Carlos, en que habrías podido excusarte la reflexión que has hecho apropósito del reverendo doctor Mac-Canon.

—Convengo en ello. Me pesa haberla hecho, y estoy dispuesto á presentar mis excusas. ¡Pero ya verás cómo todo esto no sirve de nada!

—No importa, querido; pruébalo y procura tener más paciencia en adelante; ¿quieres?

—¡Paciencia! Pero si la he agotado toda. ¿Es necesario, pues, que me cosa la boca, que rompa con mis amigos, que tire los cigarros por la ventana, y que me resigne á permanecer sentado con los brazos cruzados todas las noches, como un ídolo indio?



—No, querido; pero aguanta un poco y ya verás cómo todo se arregla.

Que todo se arreglaría; tal era la filosofía de aquella dulce criatura. ¡Esperanza bienhechora! ¡Qué sería de la humanidad sin ella!

Por fortuna, mis obligaciones profesionales me retenían en la ciudad casi todo el día, de modo, que durante algunas semanas no tuvimos novedad alguna. La Sra. Pínkerton se condenaba en la mesa á un mutismo de esfinge; si por casualidad abría la boca, era sólo para manifestar su desdén bajo todas las formas imaginables. El desdén directo, el indirecto, el de implicación, el sobreentendido, todos los soportaba yo sin protesta alguna; no se me escapaba ni un gesto de impaciencia.

A instancias de Bessie no fumaba más que en mi cuarto, donde había colocado, para verter la ceniza del cigarro, un magnífico plato japonés comprado al efecto, y que aumentaba con su buen aspecto el esplendor mobiliario de la casa. En una palabra, me portaba todo lo mejor que podía.

Una tarde se presentó Marston. Cuando me pasaron su tarjeta, se la dí á Bessie y me apresuré á bajar á mi gabinete.

—¿Qué tal te va con la nueva vida?—me dijo Marston.

—Perfectamente... Mi mujer va á bajar.

—¿Y la vieja Pink?

—Chist... ¡Desgraciado! No hables tan alto... Está muy bien...

—¡Ah! Ya lo comprendo... No te doy más que tres meses de tiempo para saber que aún tienes alma... Pobre Carlos; mereces ser compadecido... ¡palabra de honor! Te pasa lo mismo que á Ned Tupney. También tiene entremanos una suegra, ¡oh! pero una suegra...

—Aquí está mi mujer—dije interrumpiéndole, con voz ahogada.—Por amor del cielo, cambia de conversación; habla de cualquier cosa, del tiempo... de las rosas tardías...

Bessie entró, y después de los cumplimientos usuales, dijo Marston con la mayor naturalidad:

—Estaba contando á Carlos que he visto esta mañana una hermosísima colección de rosas en casa de Primton.



Y colocando su cigarró encendido sobre el tapete de la mesa, comenzó á hacer una brillante descripción de aquellas flores imaginarias.

Estaba hablando todavía, cuando, con gran sorpresa mía, entró la Sra. Pínkerton, la cual, después de saludar majestuosamente, dirigió á nuestro visitante algunas palabras atentas y se sentó. A la primera mirada reparó en el cigarró. Fred, por su parte, estaba en vena y charló alegremente de un modo muy conforme con mi gusto, no faltándole algunas palabras lisonjeras sobre nuestra instalación.

—Es un verdadero nido de amantes—dijo, para concluir.— Libros, cuadros, un lindo jardín, una bella perspectiva, y por cima de todo, una mamá política para ocuparse de todo é impedir que se hagan tonterías... ¡Esto es ideal!

Y el malvado miraba á la Sra. Pínkerton con alegres ojos.

Yo me apresuré á llamar su atención sobre una edición de Tackerey que acababa de comprar, pero él se arregló de modo que hizo recaer la conversación sobre el peligroso punto de que yo le quería apartar. En menos de media hora tuve que cortarle la palabra varias veces y dirigirle, contra su voluntad, hacia un terreno menos escabroso.

Por fin se levantó y se despidió de nosotros. Yo le acompañé hasta la verja.

—Se conserva muy bien la vieja Pink—me dijo apretándome la mano;—pero no creo que se morirá de amor por mí ¿no es cierto? ¿Está siempre tan alegre como esta tarde?

—Espera un momento; el tiempo necesario para que coja mi sombrero; voy á acompañarte hasta la estación—reliqué yo con ahogada voz; y apenas estuvimos en la calle, á conveniente distancia de oídos indiscretos, le dije:

—Querido Fred, tus intenciones son las mejores del mundo, pero tengo que pedirte un favor, y es que no te ocupes de la Sra. Pínkerton... ¿Piensas acaso que todas estas bromas han de contribuir á aumentar las buenas relaciones que con ella deseo mantener? Después de todo, es una excelente persona, aunque tú pienses lo contrario... ¿Por qué, pues, tratas de turbar la tranquilidad de nuestro humilde lago doméstico?

—¡Muy bien!—exclamó;—desde el momento en que dices



que el lago de tu hogar doméstico está tranquilo—¡admirable metáfora! entre paréntesis,—no tengo nada que decir, pero cree que rabio por ver cómo irá ello... Tú te acobardas, tú te atas las manos, tú pisoteas la independencia de toda la vida. ¡Pobre Carlos! Un año ó dos más de servidumbre, y no servirás para maldita la cosa... ¿Te atreves siquiera á ir conmigo á la ciudad y jugar una partida de billar?

Es inútil decir que me atreví. Las partidas se repitieron, y era ya media noche cuando entraba en el domicilio conyugal.

A la mañana siguiente, durante el almuerzo, la Sra. Pinkerton me dijo con un tono seco:

—Su amigo Marston le tiene á V. lástima, ¿no es cierto?

—No lo sé; lo que puedo asegurar es que si es eso, coloca muy mal su compasión.

—De todos modos, parece que se interesa mucho por los asuntos de V., y pienso que, en caso de necesidad, no sería difícil obtener de él algunos consejos juiciosos.

—Es probable. Fred es un excelente muchacho, y los consejos, como se suele decir, no cuestan caros.

—¿Es esto compasión?

—¡Compasión! ¿Por qué quiere V. que la sienta por mí? No creo que deba inspirar lástima...

—Él piensa todo lo contrario y le considera á V. como la víctima de una implacable suegra...

Era la primera vez que abordaba abiertamente la cuestión.

—Apelo al testimonio de Bessie. Dí, querida, ¿acaso tengo yo el aire de víctima?

—Seguramente que no—dijo ella,—pero los dos sois los seres más extraordinarios... Es bien extraño que no puedan ustedes llegar á conocerse del todo.

Aisladamente son VV. lo mejor del mundo; pero así que se reúnen, se vuelven VV. malos... ¿Por qué ha de ser así? Entre VV. no hay motivo alguno de queja, y...

Bessie se puso á llorar y yo me levanté.

—No—dije yo,—no hay motivo de querrela; pero tal vez fuera mejor que lo hubiese...

Una ruptura sería cien veces más preferible que ese constante esfuerzo para ahogar nuestro desagrado.



La Sra. Pínkerton, sin decir una palabra, se acercó á Bessie para consolarla.

—No se tome V. ese trabajo—repliqué ya exasperado.— Yo soy el que debe consolar á mi mujer.

Y cogiéndola entre mis brazos, cubrí de besos sus mejillas, bañadas en lágrimas.

Esta demostración teatral produjo el inmediato efecto de hacer retirar á la Sra. Pínkerton, que salió de la habitación tan agitada como su temperamento lo permitía.

—¡Oh! ¡Carlos! ¿Qué hacer?—decía mi pobre esposa sollozando.—¡Qué cosa tan terrible el verte en esta lucha continua con mamá!

Tocóme entonces á mí el decir:

—Animo, hija mía. Todo acabará por arreglarse—mientras pensaba para mi capote:

—¡Váyase al diablo el maldito indígena del mar glacial! ¡Ojalá le viese partir cuanto antes para la Nueva Zembla!

## V

Al comenzar el otoño, la Sra. Pínkerton recibió una carta de París que pareció preocuparla mucho, y aun cuando no se cuidó de darme cuenta de ella, sabía yo de antemano que sería enterado de su contenido por Bessie. En efecto, cuando entré en casa por la tarde de aquel mismo día, las primeras palabras de mi mujer al abrazarme fueron éstas:

—¡Jorge regresará el mes próximo!

—Perfectamente—exclamé yo.

Cuanto más pensaba en ello, más contento estaba. En nuestra vida de familia se introduciría un nuevo elemento, y todo hacía creer que ejercería una influencia saludable sobre el ánimo de la viuda.

—¿Vuelve definitivamente?—pregunté.

—No se sabe todavía. Esto dependerá de las circunstancias.



—Pues bien; debemos desear que las circunstancias sean favorables y que hagan que permanezca aquí. El viejo doctor Jones está medio muerto. ¿Por qué Jorge no podría tomar su clientela?

—Carlos, ¿por qué hablas así?

—Pero, querida, si la cosa es muy natural. ¿Piensas acaso que los médicos no han de bajar á la tumba como sus clientes?

A la hora de cenar dije algo acerca de esto, y por primera vez mi suegra fué de mi opinión, reconociendo que nos debíamos esforzar para retener á Jorge.

El hijo pródigo llegó en el mes de noviembre. No había telegrafiado, y nos cogió almorzando. De repente, olvidando los artículos fundamentales de su código personal, la señora Pínkerton arrojó la servilleta en medio de la mesa, dejó caer su lente, y se arrojó corriendo al cuello de su hijo querido.

Jorge traía de París tal provisión de buen humor, que metamorfoseó la casa. Una vez terminados los abrazos de rigor, se sentó á la mesa con nosotros, y comió por cuatro, sin dejar de reír un instante.

Desde que yo vivía en aquella casa, no había disfrutado de un almuerzo semejante. Nuestro parisién tenía una alegría, una serenidad, un ingenio, en una palabra, un no sé qué, al cual ni aun la glacial Sra. Pínkerton pudo resistir.

Después que Jorge hubo devorado todo lo que estaba á su alcance, encendió un cigarro, ¡un cigarro, sí, allí en el comedor, delante de su madre! y comenzó de nuevo su alegre charla. Bessie estaba colocada entre nosotros dos, y no dejaba escapar ni una palabra de las que con tanta gracia pronunciaba su hermano. ¡Oh! ¡Qué horas tan placenteras y rápidas!

Unos días después de la llegada de Jorge fuimos todos á pasar la noche en casa del Sr. Desmond. La Srta. Van hacía los honores de la casa con su acostumbrada gracia y atractivo. A mi cuñado le gustó mucho, tanto que toda la noche se dedicó á ella, obteniendo á su vez una buena acogida por su porte parisién, su frescura y su amable manera de decir las cosas sin violencia.



Después de una succulenta cena en la que la Sra. Pínton tuvo el honor de estar sentada á la derecha del anfitrión, yo me retiré á un lado con Fred Marston, que se divertía en pasar revista á la concurrencia, haciendo comentarios muy divertidos. Sólo mi cuñado obtuvo gracia contra sus sátiras, y mereció de él, por el contrario, una inagotable serie de elogios.

—Estoy seguro que no se dejará dominar por la vieja Pink—dijo como término de sus observaciones.

—¡Qué espléndida noche!—repliqué yo asomándome á la ventana.

—Espléndida, esa es la palabra. ¡Pobre Carlos! ¿Luego tu bendita suegra te sigue á todas partes?

—¿Qué piensas de las elecciones próximas?

—Los republicanos están seguros del triunfo. Contesto á lo que me preguntas... Pero, querido amigo, es tiempo ya de levantar la cabeza. Tu caso es uno de los más graves que se puedan encontrar... Una suegra como la tuya...

—Fred, grité desesperado, tu amistad pasa ya de los límites corrientes. Ocúpate de tus propios contratiempos y déjame á mí con los míos.

—¡Ah! Por fin confiesas la verdad. Tu suegra te abrumba, ¿no es verdad?

—¡Sí, sí, sí; cien veces sí! ¿Estás contento, hablador maldito? ¿Querrás hablarme ahora de otra cosa?

(*Se continuará.*)







## CRÓNICA POLÍTICA

### INTERIOR

**C**ONFUSOS, sorprendidos y hasta perplejos suelen dejar á los menos lerdos las emboscadas y laberínticas posiciones que ocupa á menudo la política española. Es un hecho que hay á veces sobra de agudeza de ingenio y falta de verdadero patriotismo. Los sucesos universitarios, las obstrucciones parlamentarias, la cuestión epidémica convertida en política y otros asuntos puramente interiores, explotados tenazmente por las oposiciones, son recursos contraproducentes y de gravedad extrema; pero nada es comparable con el empeño de hacer entrar en las cábalas de los partidos las más graves cuestiones internacionales que al amor patrio interesan.

No se necesitaron ojos de lince para apreciar desde un comienzo toda la gravedad de los dos aspectos que entrañaba la cuestión alemana. Expuesto queda nuestro imparcial criterio en la parte internacional que tenía el conflicto, así como en la parte de política interior que entrañaba.

Evidenciado queda que algunos partidos extremos han pretendido en mala hora explotar los males de España y la delicada situación del Gobierno, afectando un patriotismo



del que no siempre hicieron el mismo uso. Demostrado está para todos, que el partido fusionista cometió un error gravísimo en su primera reunión, á raíz de las manifestaciones, en casa del Sr. Sagasta, error gravísimo que en vano intenta enmendar desde aquella fecha. No admite tampoco duda que hasta periódicos, por lo general sensatos, manifestaron evidente empeño en agriar la cuestión, dificultando por todos los medios imaginables su arreglo, como si se hubiese circulado y recibido con aplauso la consigna de mantener soliviantada la opinión pública, en los momentos mismos en que el patriotismo debió aconsejar la mayor prudencia. Léanse los periódicos de Europa y del mundo entero, y se verá palmariamente el ridículo á que conducían determinados alardes y la funesta imprevisión con que se pedían hasta inmediatas declaraciones de guerra, precisamente por los que más alardean de un humanitarismo cuyo sentido íntimo desconocen en llegando ocasión á sus intereses particulares propicia.

Dura ha sido la lección, pero cabe en cambio que nos sea muy provechosa, si con ella aprenden los gobernantes lo que, ante todo, España necesita. Preciso es que atendamos de hoy más con preferencia al aumento de nuestra marina y á la debida y moderna fortificación de nuestras plazas. Preciso es consagrarnos menos á las estériles luchas intestinas y dedicar más nuestros tradicionales bríos al examen de la política europea. Nuestras últimas observaciones nos manifiestan ya que no faltaron simpatías extranjeras y trasnochadas cuyos móviles se pusieron al fin al descubierto. No faltaba quien nos estimulase á una guerra imposible con el propósito de mantener luego una neutralidad absoluta que hasta podía convertirse en oposición manifiesta, llegado el caso del pánico que saben producir las intimaciones de los ejércitos de Alemania.

Queda por completo terminada la cuestión de fuerza, y la diplomática está en vía de soluciones tan satisfactorias como inesperadas. Ningún hombre serio y pensador puede desconocerlo.

Se han remitido á Roma los documentos que el Gobierno



español facilita al Santo Padre para que estudie la solución pendiente, como justo é imparcial mediador aceptado por España y Alemania.

\* \* \*

Gran algarada ha producido la revelación de ciertas palabras torcidamente interpretadas y atribuídas al Sr. Cánovas del Castillo. Algunos periódicos han publicado la nota que el encargado de Negocios Extranjeros de la Gran Bretaña envió días atrás á nuestro Ministro de Estado.

Este documento debe acompañarse para que se forme cabal idea de la cuestión del *Memorándum*, ya público también, en que contesta á dicha nota el Sr. Presidente del Consejo de Ministros de España, rebatiendo victoriosamente las intempestivas afirmaciones hechas por el Gabinete de Londres.

He aquí el texto de aquel ruidoso documento:

«MADRID 17 de setiembre de 1883.

Señor Ministro:

Tengo la honra de remitir adjunto á V. E. un *Memorándum* acerca de una conversación que medió el 13 de noviembre de 1876 entre el Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros y el enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario de S. M. B. en Madrid relativamente á la libertad de comercio en ciertos archipiélagos del Pacífico occidental.

V. E. podrá apreciar que al final de esta conversación, de que Sir A. H. Layard dió cuenta al Gobierno de S. M. la Reina al día siguiente, el Presidente del Consejo afirmó repetidamente que España nunca había reclamado soberanía sobre el archipiélago carolino.

Al recordar á V. E., por lo tanto, esta entrevista, el principal secretario de Estado de S. M. la Reina para los negocios extranjeros me encarga haga observar á V. E. que el Gobierno británico no acierta á comprender cómo el de S. M. Católica puede sostener ahora una reclamación de soberanía que tan explícitamente había rechazado.

Aprovecho, etc.—*Maurice de Bunsen.*»



## MEMORÁNDUM

Al final de una conversación que medió entre el Presidente del Consejo de Ministros y el enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario británico, el día 13 de noviembre de 1876, respecto á la libertad de comercio en ciertos archipiélagos del Pacífico occidental, Sir A. H. Layard recordó á su excelencia que el Gobierno español ni siquiera se había dado por entendido de la protesta que él (Sir A. H. Layard) había dirigido al Sr. D. Alejandro Castro el día 4 de marzo de 1875 contra las pretensiones de España á la soberanía en las islas Carolinas, y repitió que el Gobierno de S. M. la Reina estaba resuelto á resistir toda tentativa que, por parte de las autoridades españolas, pudiera hacerse para afirmar esas pretensiones.

En respuesta á la observación que precede, el Sr. Cánovas del Castillo afirmó categóricamente y reiteradamente que España nunca había pretendido la soberanía sobre el grupo de las Carolinas.

Madrid 17 de setiembre de 1885.»

Véase la contestación que tan brillantemente deja en su verdadero lugar los hechos ocurridos:

## MEMORÁNDUM DE LA PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

Las palabras que se atribuyen al actual Presidente del Consejo en el *Memorándum* remitido al Ministro de Estado en 17 de este mes, por en encargado de Negocios de Inglaterra, presentan atentamente consideradas, distinto sentido del que se le supone.

Reconócese, desde luego, que era el asunto de dicha conversación *la libertad de comercio en ciertos archipiélagos del Pacífico Occidental*, ó, lo que es lo mismo, en el de Joló y en el de las Carolinas. Tratando de esta cuestión, recordó Sir A. H. Layard, según afirma en su *Memorándum* la nota



que, de conformidad con otra del de Alemania, dirigió el Ministro plenipotenciario de la Gran Bretaña en 4 de marzo de 1875 al Gobierno español, reclamando, no contra acto alguno de éste, que ninguno había ordenado á su cónsul en Hong-Kong, tocante á las Carolinas, sino contra ciertas tentativas referentes al comercio de aquellas islas, que al referido funcionario le inspiró exclusivamente su propio celo.

A ellas y otros actos posibles de autoridades españolas aludió indudablemente el Presidente del Consejo, «cuando se afirma que declaró que no se permitieran, como no se han permitido efectivamente después, á causa de no considerar el Gobierno compatibles con el *estado de hecho* en que las Carolinas se encontraban entonces, las exigencias de su cónsul en Hong-Kong ni otras semejantes.

Hace ya días que sin la menor idea de que pudiera existir un documento semejante al *Memorándum* de Sir A. H. Layard, explicó el Gobierno español de idéntica manera su actitud después de las citadas notas de marzo de 1875, en uno de los párrafos de que puede darse copia especial al encargado de Negocios de Inglaterra, de la nota dirigida con fecha 10 del mes presente al Gobierno imperial de Alemania.

Allí se ha hecho ya constar que el Gobierno español nunca admitió, por su parte, que ni tratándose del Archipiélago de Joló, ni del de las Carolinas, se debatiera otra cosa que el ejercicio de su soberanía con relación á la libertad del comercio extranjero (asunto especial, según se ha visto, de la conversación á que Sir A. H. Layard hace referencia), mientras que ciertas condiciones de *facto* no estuviesen cumplidas por España.

Nunca se manifestó tampoco por las potencias con quienes negociaba la menor pretensión de ocuparlas. Necesariamente, pues, debió reservar el Presidente del Consejo en sus palabras, como se venía constantemente reservando España, el exclusivo derecho de ocupar como soberana los dos referidos archipiélagos, cualesquiera que fuesen las objeciones que hicieran al ejercicio de su soberanía las potencias con quienes á propósito de Joló, especialmente, se hallaba á la sazón en negociaciones.



La conversación del Ministro plenipotenciario de Inglaterra con el Presidente del Consejo, que no tenía á su cargo entonces la dirección de los Negocios extranjeros, *fué una mera conversación particular, sin ningún valor diplomático*, que sólo podía darle á nombre de España el Ministro, á la sazón de Estado, D. Fernando Calderón Collantes, y seguramente entonces se hubieran fijado mejor en ella, así las respectivas opiniones como los hechos.

En este caso, tampoco el honorable Sir A. H. Layard hubiera dejado de leer el *Memorándum* de tal conversación á la persona con quien la había tenido, según es constante costumbre, aun tratándose de materias mucho menos graves, con lo cual no hubiera sido posible ninguna mala inteligencia, de otro modo siempre fácil.

Madrid 19 de setiembre de 1883.»

La respuesta oficial á las palabras de una conversación particular intempestivamente dada á luz es categórica y solemne. Satisfactoria ha de ser para los hombres imparciales y de buen acuerdo. ¿Satisfará igualmente á los que tanto y tan mal disimulado regocijo manifestaban ante la expectativa de una gran contradicción y de un nuevo conflicto?

\* \* \*

Se susurra en voz baja y siguen propalándose noticias alarmantes sobre orden público, aunque no tengan más fundamento que el deseo de los eternos factores de desdichas y trastornos.

Se había comentado la salida de algunas fuerzas de Lérida y Zaragoza, y resulta ahora que el movimiento de tropas obedeció simplemente á precauciones que honran la previsión del Gobierno tanto como mortifican á los agentes revolucionarios.

Es un crimen, como varios periódicos muy bien dicen, aprovecharse del decaimiento que en los pueblos ha dejado la epi-



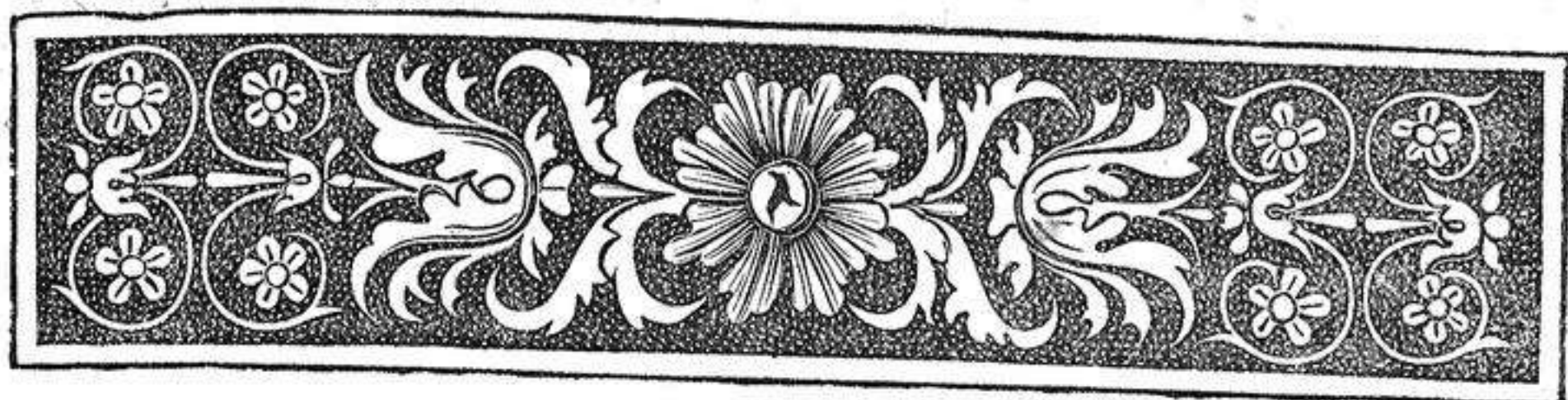
demia, de la tensión que en los ánimos ha producido nuestro conflicto con Alemania y del estado general del país, tan profundamente afligido, para proseguir con tenacidad la tarea de alterar el orden. ¿Cuándo se convencerán los persistentes conspiradores que el país rechaza sus maquiavélicas asechanzas y está más que nunca dispuesto á defender con energía sus amenazados intereses sociales?

Si no hay enmienda en ciertos turbulentos partidos, habrá sensatez en los que cuerdamente vigilan y en los que fríamente comparan y meditan.

A.







## REVISTA EXTRANJERA

---

**O**LVIDADAS quedan, ó casi olvidadas, en la prensa de Europa las noticias de sensación acerca de las Carolinas, de los grandes trabajos electorales en Francia y otros asuntos de actualidad ante la grave cuestión de Oriente que ha surgido de repente más amenazadora que nunca, y aterra en este momento al Sultán y á los políticos de Constantinopla. Dejemos también nosotros para la crónica española la síntesis de cuanto se ha divagado y divaga sobre la cuestión surgida entre España y Alemania, en vías de ansiado término; dejemos á un lado la descripción de los comités electorales de París, casi tantos en número como los numerosísimos candidatos, la laboriosa confección de las listas, las luchas por los principios ó por las ambiciones, las concesiones mutuas, las rivalidades, odios y rencores de los partidos y de los grupos, así como las esperanzas más ó menos platónicas. Dejemos los sucesos, que bien podemos llamar hoy de menor cuantía, para ocuparnos principalmente de lo que preocupa los ánimos de todos, de los gravísimos acontecimientos de la Rumelia.

\*  
\* \*



Fácil es comprender todo el alcance de lo ocurrido y la inmensa sensación que en Europa produce la insurrección de la Rumelia, recordando los antecedentes del nuevo conflicto.

En 1878, ó sea después de la guerra turco-rusa, en que las tropas del Imperio moscovita habían llegado á las puertas de Constantinopla, el Congreso de Berlín constituyó un nuevo Estado intermedio entre la Turquía y la Bulgaria que amortiguase los frecuentes choques que indudablemente habían de sobrevenir entre los turcos y los búlgaros, sus antiguos súbditos recientemente emancipados.

El tratado de San Estéfano, impuesto por las tropas rusas tres meses antes del Congreso de Berlín, en su marcha triunfante hacia Constantinopla, había erigido en territorio independiente el comprendido desde la Manidja al Danubio y las dos grandes provincias septentrionales de la Turquía europea, denominando á este territorio la Gran Bulgaria. El tratado de Berlín anuló esta erección, restituyendo al Sultán toda la parte de Bulgaria de Aquende los Balkanes conocida con el nombre de Rumelia oriental; y al conceder á esta provincia su autonomía administrativa, especificó que era bajo la independencia superior ó vasallaje de Turquía. Sólo la parte de la Bulgaria, situada al otro lado de los Balkanes, quedaba del todo independiente gobernada por el Príncipe Alejandro de Batemberg.

La Rumelia oriental aspiraba á la independencia completa, rompiendo los múltiples lazos que le ligaban á Turquía, cuyo Soberano nombraba los Gobernadores, cobraba tributos y podía enviar guarniciones. Al fin, la Rumelia, la semi-independiente, ha dado el grito de independencia completa y unión á la Bulgaria; y lo más grave de esto es que el Príncipe Alejandro, Soberano de esta última, ha aceptado la unión y el juramento de fidelidad que le han hecho las milicias rumelienses, que ascienden á 20.000 hombres, mandados por oficiales rusos, y se han trasladado á Filipópolis, capital de la provincia sublevada.

Recordados estos precedentes, se comprende el conflicto en que se hallan las potencias signatarias del tratado de Ber-



lín, obligadas á elegir entre la conculcación de su propia obra, ú obligar á los conculcadores á que la respeten.

La revolución pacífica de que acaba de ser teatro la Rumelia oriental, parece, pues, el triunfo de la política del General Ignatieff sobre las sutiles combinaciones de la diplomacia europea. La unión de las provincias búlgaras del Mediodía y del Norte de los Balkanes, la creación de un Estado eslavo en el centro de la Península oriental, ésta fué efectivamente la idea del ruso Ignatieff, la que quiso realizar primero con la diplomacia y más tarde con el poder de las armas. La obra que las victorias del ejército moscovita dejó sin terminar por la oposición encontrada en los Gabinetes de otras grandes potencias, se encuentra ser de la noche á la mañana un hecho histórico, por nadie al parecer previsto, á juzgar por la sorpresa general que ha producido en todas las grandes potencias.

En Filipópolis no debió, sin embargo, ser tan absoluto el silencio, pues muy difícil parece que todo un pueblo y todo un ejército ejecuten tan exactamente un mismo programa, sin estar con anticipación preparados á lo que se maquina. Pero lo cierto es que el secreto no fué descubierto ni estorbado por Gavril-Pachá ni por los representantes de las potencias más interesadas en el *statu quo* que allí regía.

El momento ha sido por otra parte elegido con habilidad suma, pues la Rumelia se ha sublevado precisamente en los días en que el ejército búlgaro estaba ya movilizado con motivo de las grandes maniobras, sus propias milicias estaban convocadas y todo el mundo oficial se entregaba á los festines propios de las festividades llamadas del Curban-Bairam en Constantinopla.

¿Qué harán ahora las grandes potencias? ¿Quién conoce hoy la clave del enigma?

\*  
\* \*



Dícese que los funcionarios búlgaros, el comité panslavista de Moscú y los Ministros del Príncipe Alejandro de Battemberg han preparado la rebelión y el golpe de Estado con una energía y habilidad que han de valerles la fama de políticos consumados. Y los que tal dicen ven en el hecho realizado la prueba de que el incidente había sido previsto en la entrevista de los Emperadores en Kremsin, y suponen que los militares rusos, que conservaron su nacionalidad y sus compromisos oficiales en el ejército de Bulgaria, han cooperado al grave complot, contando con la aprobación tácita de su Gobierno. Así han venido á parar en que lo sucedido en Filipópolis es un acto de guerra autorizado por las tres cortes imperiales, y en que el tal acto va dirigido, no sólo contra los turcos, en víspera de ser arrojados del Bósforo, sino también contra los ingleses, poco resignados á ver á Constantinopla en poder de los rusos y á Salónica en poder de los austriacos.

Lo único cierto es que la situación creada en Europa por estas complicaciones orientales es eminentemente peligrosa, pero no imprevista. Parece que el genio ó la fatalidad de las fuerzas modernas tiende á crear situaciones nuevas sobre las ruinas de los poderíos caducos.

El equilibrio europeo no pelagra todavía, pero sí está amenazado el equilibrio oriental. El tratado de San Stéfano hizo en él la primera mella en provecho del eslavismo, y por esto Europa quiso sustituirlo y firmó, apesar de los esfuerzos del diplomático Príncipe de Gorstchakoff, el tratado de 23 de junio de 1878.

En la época de aquel tratado, Inglaterra, Austria y Alemania miraban la creación de una gran Bulgaria como un peligro para sus particulares intereses, fusionados en el Congreso de Berlín y bastante fuertes para contrarrestar las antiguas y manifiestas aspiraciones de Rusia. Inglaterra obedecía entonces á su política tradicional, basada en un sentimiento de animadversión arraigada y en el instinto que la lleva siempre á prever peligros propios para lo futuro. Austria, con sus aspiraciones hacia Salónica y el mar Egeo, no podía consentir que la diplomacia diese un desarrollo tan



formidable al poder eslavo en la Península de los Balkanes. Alemania, de acuerdo con el Emperador austriaco-húngaro y fija la vista en los nacientes intereses comerciales en que funda siempre las esperanzas de un porvenir halagüeño, ligaba su suerte con las diversas nacionalidades del valle del Danubio y seguía la misma conducta.

Las circunstancias han variado, es cierto, y no sabemos si en Londres, en Viena y en Berlín se piensa hoy de diferente manera. Muchos lo han afirmado y creen en acuerdos que determinen repartos de influencia entre Rusia y Austria, sin acaparamientos en daño del más débil ni en beneficio del más fuerte.

La anterior hipótesis presenta á primera vista dificultades inmensas. El reparto de Turquía es muchísimo más difícil que lo fué el de Polonia, porque lo poco que en Europa queda del patrimonio de Mahomet el Conquistador del siglo XV, es codiciado por muchos, y difícil ha de ser que todos se satisfagan con los caprichos de la suerte en el propio lote. No existen pretensiones únicamente en Rusia y en Austria; también Rumanía, Grecia, Servia y Montenegro tienen las suyas, y ya vemos que Servia moviliza sus tropas, Rumanía se prepara, Grecia se arma y la Albania se subleva; hasta en Roma observamos que la prensa oficiosa significa á los austriacos que una marcha sobre Salónica destruiría el equilibrio en el Adriático y el Mediterráneo, y obligaría á Italia á intervenir para reclamar compensaciones. En una palabra, el reparto de lo que viene llamándose el cadáver de Turquía ha de suscitar todas las antiguas competencias; y si la triple alianza hubiese autorizado el atrevido golpe de Estado de Filipópolis, romperíase el equilibrio oriental, surgiendo la urgente necesidad de restablecerlo de una ú otra manera.

No es fácil á la previsión más aguda calcular las complicaciones y los peligros que del hecho pueden desprenderse.

La razón indica la urgencia de una conferencia europea.

\*  
\* \*



Dícese que ha sido inmenso el entusiasmo manifestado por las poblaciones y el ejército al Príncipe Alejandro en su visita á la frontera meridional de la Rumelia. A su regreso, ha recibido á una diputación de musulmanes, á quienes ha dado todo género de seguridades de que su viaje no implica hostilidad alguna hacia Turquía. Los musulmanes, después de aplaudir los buenos propósitos del Príncipe Alejandro, han ofrecido á su vez permanecer en una actitud pacífica. Se añade también que son innumerables los memoriales y telegramas dirigidos al Czar de Rusia por los rumelistas y búlgaros, pidiendo encarecidamente no les abandone en la obra de su emancipación, ni desaprobe la conducta del Príncipe Alejandro, que, por responder á la voluntad de su pueblo, arrostra todo género de peligros.

La circular, fechada en Sofía el 24 del actual y dirigida á las potencias por el Príncipe Alejandro, dice textualmente lo que sigue:

«Habiendo dejado de existir el antiguo estado de Rumelia Oriental, el pueblo, por la vía del sufragio universal, me ha proclamado su Príncipe. Los habitantes del Principado búlgaro me han pedido unánimemente que acepte este nombramiento. Teniendo en consideración mis sagrados deberes para con mi pueblo, he aceptado, en una proclama dirigida á la nación búlgara. Llegado á Filipópolis, habiendo tomado posesión del gobierno, declaro del modo más solemne que la reunión de las dos Bulgarias se ha hecho sin intención hostil hacia el Gobierno otomano, cuya soberanía (*suzeraineté*) reconozco.

Garantizo la tranquilidad de los dos países y la seguridad de los habitantes sin distinción de raza ni de culto. Me dirijo á S. M. (ó á V. E.) y á su Gobierno suplicándole que reconozca este nuevo estado de cosas y que interceda cerca del Sultán á fin de que sancione la misión para evitar una inútil efusión de sangre, pues el pueblo está decidido á defender hasta la muerte el hecho realizado.»

De Berlín han teleografiado al *Standard*, de Londres, que



todas las grandes potencias han notificado ya oficiosamente su adhesión á las proposiciones relativas á una conferencia internacional para el arreglo de la cuestión búlgara, y se da como seguro que esta conferencia tendrá lugar en Constantinopla, con asistencia de los representantes de Italia, Francia, Inglaterra, Alemania, Austria, Turquía y Rusia.

Si se da crédito á las revelaciones de un importante periódico francés, que se refiere á la opinión de un antiguo diplomático en buenas relaciones con el Príncipe de Bismarck, las potencias librarán al Príncipe Alejandro del vasallaje que lo liga á la Puerta, y que consiste en un tributo que no ha pagado una vez siquiera, y en la obligación de sostener solamente milicias. Se le eximirá de las cantidades que adeude por el tributo, mediante una indemnización, y las potencias reconocerán la independencia de Bulgaria.

En los círculos oficiales de Berlín el cambio de Ministerio en Constantinopla, y sobre todo, el nombramiento del Embajador turco en Berlín para el Ministerio de Estado, se consideran como testimonio de los propósitos pacíficos de la Puerta. En corroboración de esta idea, leemos en los mismos despachos que en Constantinopla se afirma que el nuevo Gabinete tiene por objeto asegurar la paz á toda costa. Se asegura también que la opinión del Sultán es esta misma, tanto, que por conceptuar al anterior Ministerio sobrado belicoso, provocó la crisis.

\* \* \*

Los hechos gravísimos que suceden en la Rumelia dan también particular importancia á la parte del manifiesto electoral de Lord Gladstone relativa al definitivo arreglo de la cuestión de Egipto. Es una confesión explícita de los pasados errores del que aspira en día más ó menos próximo á volver á dirigir los negocios públicos en Inglaterra.



Ante las dificultades que amenazan despertar de nuevo la cuestión de Oriente, el expresidente del Consejo de Ministros de la Reina Victoria afirma de una manera resuelta y absoluta que no quiere ya anexión ni protectorado inglés en Egipto, sino una retirada en buen orden, la evacuación sin distinciones, tan pronto como el honor de la bandera británica lo consienta.

Todos los políticos de buen sentido aplauden esta declaración terminante, que implica la confesión de un error que, como dice Lord Gladstone, debe tener un término inmediato en interés del concierto europeo y bajo el particular punto de vista del honor de las armas de Inglaterra. En Egipto ha sacrificado en efecto la errónea política del mismo hombre de Estado los mejores soldados de la Gran Bretaña, diezmando sus fuerzas y gastando sus Generales en una serie de desastres sin gloria y de humillaciones sin represalias posibles.

El desgraciado valle del Nilo ha devorado á millares á los invasores, y bien puede decirse que en los abrasados arenales se hundan poco á poco las fuerzas vivas de la nación, que soñó con un señorío hoy imposible.

La experiencia es una lección muy ruda, y á la experiencia se añaden ahora las circunstancias alarmantes en que á Inglaterra coloca la sublevación de la Rumelia, viniendo de improviso á colocar una pesada carga en uno de los platillos del equilibrio europeo. ¿Hasta qué punto influirá el pronunciamiento de los rumelistas en la solución clara y definitiva de las malogradas aventuras, que principiaron con el bombardeo de Alejandría, prosperaron con la derrota ó la rendición de Arabi y han tenido desastrosos desengaños en las cálidas llanuras del Sudán, fanatizadas por las arengas del Mahdí y defendidas á sangre y fuego por sus terribles secuaces?

Tienen innegable valor las declaraciones y las promesas hechas hoy por el hombre de Estado, que es jefe indiscutible de uno de los dos grandes partidos que se disputan el poder en Inglaterra.

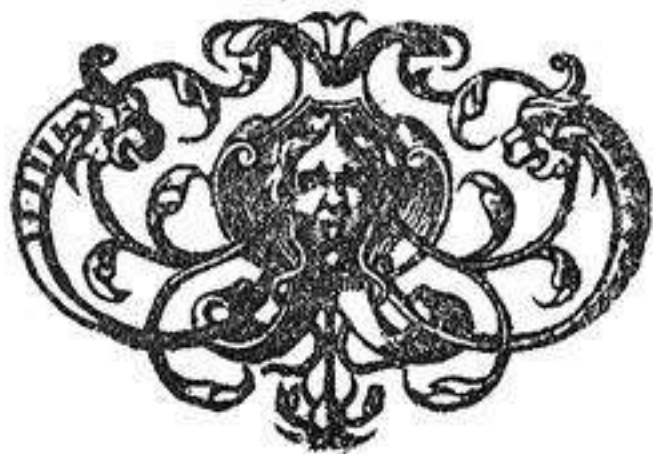
¿Se acordará mañana Lord Gladstone de los motivos que



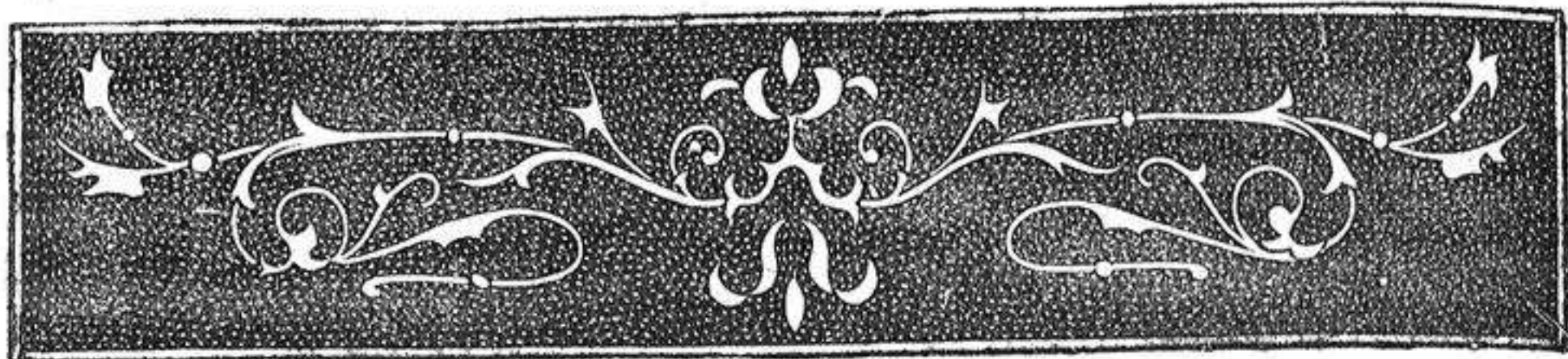
le obligan á esta política retirada? Limitémonos á tomar acta de su arrepentimiento, aunque algo tardío, y de sus formales compromisos.

Las faltas graves, las arrogancias viciosas y las ambiciones desmedidas, suelen encontrar castigos, que no siempre puede medir la previsión humana.

S.







## BOLETÍN BIBLIOGRAFICO <sup>(1)</sup>

---

*Éléments de Zoologie, par Paul Bert et Raphaël Blanchard.—Paris, G. Masson.—Año de 1885.—Un tomo en 8.º mayor, de 687 páginas y 613 figuras, intercaladas en el texto.*

Para quienes conozcan al ilustre naturalista Mr. Paul Bert, autor de obras sumamente importantes, en particular la titulada *La pression barométrique*, en que expone sus investigaciones sobre fisiología animal, y sepan que bajo su dirección se redactan las crónicas científicas que publica uno de los principales periódicos de París, no hay más que anunciar el libro *Elementos de Zoología* y comprenderán ciertamente que es un trabajo notable y de gran mérito.

Muchas son las dificultades que ha de vencer quien desea escribir una obra didáctica, de carácter elemental, dificultades que suben de punto cuando se trata de una materia que con

las ciencias naturales se relaciona. En pocos años son muchos los descubrimientos que se han hecho; bastantes ideas que antes se admitían sobre los seres orgánicos, han tenido que abandonarse. Ya para ningún hombre de verdadero saber es dudoso que no hay límites marcados entre las plantas y los animales, y todos convienen en que forman un solo reino orgánico, extendiéndose por los dos lados de un ángulo, en cuyo vértice están los seres que no es posible clasificar á ciencia cierta como animales ó como plantas.

Por otra parte, las últimas exploraciones del fondo de los mares, como las realizadas en los buques *Talismán* y *Travailleur*, han demostrado, entre otras cosas, que la vida es posible á grandes profundidades. A 2.000 metros se ha extraído el pez *Malacosteus*, que, no obstante vivir en intensa oscuridad, posee ojos muy bien

---

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.



desarrollados, los cuales no le servirían de nada á no ser porque á los lados de la cabeza lleva enormes placas fosforescentes, mediante las cuales puede alumbrarse él mismo. Todavía es más curiosa esta disposición en los peces que forman los géneros *Stomias* y *Chauliodus*, porque además de las láminas brillantes destinadas á producir viva luz, pueden concentrar ésta sobre un punto determinado, por medio de una lente, que depende del órgano fosforescente.

Pues bien: todas estas nuevas especies están incluídas en la obra de MM. Paul Bert y R. Blanchard. Cuidan además sus entendidos autores de dar ligeras nociones de piscicultura, apicultura y ostricultura. Describen las especies que, como la filoxera, tanto han llamado la atención de pocos años á esta parte. Siguiendo el método de exponer los animales, á partir del más complicado, el hombre, terminan con la clase de las moneras. A esta última corresponde el famoso *Bathybius*, que ha sido origen de tan animadas discusiones, sosteniendo unos que es el primitivo y más elemental de los seres organizados, y afirmando otros que es de naturaleza mineral.

Como dominan tanto la materia los distinguidos autores de estos *Elementos de Zoología*, nótase en todo el libro una gran claridad en la exposición, un enlace filosófico que facilita el estudio, más asequible todavía por las numerosas figuras que contiene el texto, dibujadas con nimia exactitud.

Al propio tiempo que enviamos cordialísima enhorabuena á los señores Bert y Blanchard, permítasenos expresar el deseo de que en nuestro país se publiquen obras análogas, que de tanta utilidad son para la juventud

estudiosa, ó, por lo menós, que se reformen las que ya existen, poniéndolas de acuerdo con los adelantos de la ciencia.

\*  
\* \*

**Cholera curable:** *a demonstration of the causes, non contagiousness, and successful treatment of the disease, by John Chapman, M. D.—London, 1885.—Un tomo de 127 páginas.*

El Dr. Chapman, que es uno de los médicos ingleses más acreditados en París, y tiene publicadas multitud de obras de suma importancia, acaba de dar á luz un libro de gran interés, en que estudia detenidamente el cólera y propone un nuevo procedimiento para curarlo. Hombre el Dr. Chapman de privilegiado talento y actividad envidiable; dotado de la constancia que demuestra el venir dedicándose al estudio del cólera hace muchos años, se comprende que su libro *Cholera curable* es digno de concienzudo examen.

Empieza el autor por exponer las diferentes teorías que se han ideado con el fin de explicar el cólera, sobre todo las hipótesis de Klein, G. Johnson y J. Fayrer. Indica después que el cólera es una enfermedad del sistema nervioso, y en apoyo de su opinión, aduce numerosas y muy atendibles consideraciones, describiendo los sistemas cerebro-espinal y el simpático. La naturaleza esencial del cólera y las causas que predisponen á que se contraiga la enfermedad, merecen toda su atención.

Demuestra á seguida el Dr. Chapman que el cólera no es contagioso, y expone los motivos que le inclinan á creer que el *bacillus virgula* de Koch es resultado y no causa de la enfermedad, «con lo cual, dice, basta



para desechar la virtud preservativa que atribuye el Dr. Ferrán á sus inoculaciones.»

Combate con gran copia de razones las cuarentenas y la indefendible costumbre de fumigar á los viajeros que proceden de puntos infestados, y aconseja las precauciones que conviene tomar para que disminuyan las probabilidades de ser atacado, á saber: que el cuerpo se mantenga caliente durante la noche, que las habitaciones estén aireadas y con buena luz, etc.

A continuación señala el Dr. Chapman los varios tratamientos que emplea la medicina para curar el cólera, y se decide por el que denomina neuro-dinámico, el cual consiste en aplicar hielo á lo largo de la columna espinal, para que, facilitándose así la circulación de la sangre, entre en reacción el enfermo.

A los puntos todavía no determinados en el tratamiento del cólera dedica el capítulo XII, tan notable como todos los anteriores.

Refuerza su razonamiento con los datos de la estadística, de los cuales resulta que de los coléricos sometidos al método neuro-dinámico, solamente han fallecido una décima parte. Comparando este resultado con los que se obtienen recurriendo á otros sistemas, resalta la superioridad del que recomienda el autor.

Establece además los caracteres semejantes del cólera y el mareo, enfermedades ambas que dependen del sistema nervioso, y concluye citando los acuerdos de la Academia de Medicina de París y de otras corporaciones y personas autorizadas que coinciden con él en la manera de considerar el cólera.

Lo dicho es suficiente para que se

forme idea aproximada de lo que es la obra el *Cholera curable* del doctor John Chapman, y comprendan los médicos estudiosos la necesidad en que se hallan de leer la obra escrita por su ilustre compañero.

R. A. SEREIX.

\* \* \*

Como continuación y complemento de la edición castellana de las obras de *Derecho internacional privado y público*, de Mr. Fiore, traducidas por el Sr. García Moreno, ha comenzado éste á publicar, en la casa editorial de los Sres. Góngora, un libro titulado *Leyes y tratados internacionales*, que comprende una reseña histórico-crítica y el texto de las disposiciones legales de carácter internacional y de los tratados vigentes entre España y las demás naciones.

El tomo 1.º, que acaba de ponerse á la venta, consta de más de 500 páginas en 4.º, se titula *Parte general*, y contiene la reseña histórica y el texto de los tratados, leyes, decretos, etcétera, que afectan aquel carácter, como son los de la *abolición* de la esclavitud y de la trata, *Comunicaciones* (Correos y telégrafos), *Concordatos con la Santa Sede*, *Extranjería*, (decretos vigentes), *Faros*, *Heridos en campaña* (convención de Ginebra, reglamento general y el especial de la sección española), *Navegación y comercio* (conferencia de Berlín, con acertadas consideraciones críticas), *Paz y amistad* (tratado de París y acta del Congreso de Viena con todos sus anejos), *Peajes*, *Pesas y medidas*, *Propiedad industrial*, etc.

Por último, en varios apéndices finales inserta todo lo vigente respecto al *protectorado y reconocimiento de*



nuestra soberanía en las islas del Pacífico, á las leyes, reglamentos y tarifas de las carreras diplomática, consular y de intérpretes, y las principales disposiciones de nuestras leyes y códigos en todo aquello que se relacione más directamente con el derecho internacional.

En la parte especial, que formará el segundo tomo de tan importante obra, se harán indicaciones histórico-críticas, y se insertará el texto de los tratados particulares vigentes entre España y cada una de las demás naciones de Europa, Asia y América.

Inútil es encomiar el interés que ofrece esta obra, no sólo para los individuos de la magistratura, letrados, etcétera, sino también para los comerciantes.

## X.



**Viaje infantil.**—*La mansión humana, libro para los niños, por DON MANUEL HENAO Y MUÑOZ.*—*Un cuaderno en 8º*

Esta publicación es la segunda parte de otra anterior publicada con el título de *Luz de la infancia*, y será precedente de otras que se propone el autor imprimir con objeto de completar el pensamiento de una educación fecunda.

Empresa, en verdad, utilísima y necesaria, pero que á no garantizar las dos obras citadas la competencia del Sr. Henao, pudiera dudarse cumpliera su propósito contemplando el escaso número de libros de moral práctica, acomodados á la inteligencia infantil, consagrados á desarrollar sus facultades morales, especialmente con respecto á sus semejantes y aun á su propia persona.

Cierto es que siempre fué difícil

escribir un buen libro de educación moral; mas no tanto (dejando aparte los doctrinales en religión) que nos reduzca la dificultad á *Las obligaciones del hombre*, publicado á principios del siglo. La moral es eterna, podrá decirse; no hay duda, pero sólo en cuanto al dogma, y deberes morales hay también con arreglo á las costumbres que al par que ellas se modifican. Desconociéndolos no se pecará contra lo divino; pero deberes que cumplir hay en lo humano obligatorios mientras de la humanidad formamos parte. Bástale á un hombre ser cristiano para estar bien educado; pero lo estará mejor, socialmente, si conoce el respeto que debe á los demás, si á este deber somete sus pasiones, y al amor de hermanos á sus semejantes añade los preceptos de una educación racional.

El Sr. Henao ha reunido en su obrita cuanto puede apetecerse. *El viaje infantil* supone á un Mentor iniciando á sus discípulos, sumariamente, en todas las maravillas del ingenio y de la naturaleza en nuestra mansión terrenal, para concluir, maestro y discípulos, por exclamar contemplando la sublime armonía del orbe:

«Señor: Creo en tu Omnipotencia divina, ante la maravillosa obra que creaste por tu amor y para tu amor;

»Bendito seas, Señor, que me diste inteligencia para imaginarte;

»Conciencia para comprenderte;

»Y alma para adorarte.»

Pero adviértase que esto se dice después de conocer, por la educación, el orden admirable establecido por la sublime inteligencia, conocimiento preferible y mejor auxiliar de la verdad eterna que la célebre fe del carbonero.

Prosiga el Sr. Henao su tarea, se-



guro de la justa recompensa en honra y provecho que sus desvelos han de proporcionarle.

\*  
\* \*

**Verdadero origen y legitimidad de la soberanía temporal de los Papas sobre los estados de la Iglesia,** por D. MANUEL PARRILLA Y GARCÍA, *catedrático y director del Instituto de segunda enseñanza de Ciudad Real.*—Un tomo en 4.º de más de 400 páginas.—Precio, 10 pesetas dirigiendo el pedido á nombre del autor en aquella ciudad.

Abraza esta obra dos partes de la mayor importancia y siempre de interés para el católico é historiador: una relativa al verdadero origen, otra concerniente á la legitimidad de la soberanía temporal de la Santa Sede. En el desempeño de la primera se estudian los más importantes elementos de la sociedad en los primeros siglos de la Iglesia, á saber: Roma, los bárbaros y el cristianismo, y con gran copia de erudición histórica, tomada de las mejores fuentes, señala el autor las raíces de esta soberanía, que nacidas al calor de los beneficios dispensados á todas las clases sociales por los sucesores de San Pedro, crecen y se extienden á causa de la falta de protección de los Emperadores de la antigua Bizancio, y de las sangrientas devastaciones de los bárbaros; la presenta ejerciendo, por la fuerza misma de los acontecimientos, sus primeros actos en defensa de la religión, del hogar y de la vida contra las injustas persecuciones de los iconoclastas y la tiránica dominación de los lombardos; y la describe alcanzando todo su vigor y desarrollo bajo la generosa ayuda de Pipino y de Carlo Magno.

De semejante exposición histórica arranca la más elocuente justificación de esta soberanía, la cual, á mayor abundamiento, es vindicada de las objeciones de sus adversarios con incontestables argumentos recogidos en el campo de la historia, de la filosofía, del derecho, de la política, de las ciencias y de las artes.

Por estas razones, y otras que fuera prolijo enumerar, ha sido aprobado el libro por la autoridad eclesiástica, como lo será por todo lector desapasionado que trate de conocer á fondo la delicada cuestión del poder temporal, tan importantísima por sí misma como llena de terribles complicaciones en todos tiempos, cuando se ha querido resolver en el terreno de los hechos.

\*  
\* \*

**Estadística minera de España,** correspondiente al año de 1883, formada por la Junta superior facultativa de minería y publicada por orden de la Dirección general de Agricultura, Industria y Comercio.—Un cuaderno en 4.º, con tres diagramas de la producción de varios minerales y metales en el decenio de 1874 á 1883.

Resulta, pues, que los efectos de la crisis que viene experimentando la industria minera, desde algunos años, por la baja en los precios de las menas más importantes, se dejan conocer en el año á que la Memoria se refiere, por la menor producción con que aparecen la mayor parte de las sustancias explotadas.

Afortunadamente, este descenso que se advierte en la explotación de las menas, no ha alcanzado á la metalurgia, que no solamente no ha re-



trocedido en la vía de progreso, siquiera sea lento, que en su producción se observa, sino que se presenta con aumento en los principales productos, dando por resultado la compensación así obtenida, que el valor creado en el año por la industria minero-metalúrgica exceda al del año anterior.

La propiedad minera aparece aumentada en las 44 provincias, de las que se han conseguido los datos necesarios para hacer el balance, en 176 concesiones de todas clases y 9.475 hectáreas.

El valor creado fué de pesetas 124.125.336,37; 10.283.388,20 más que en 1882; los minerales consumidos ó aplicados á la industria en su estado natural entran en el número citado por pesetas 35.240.611,50; 565.268,18 menos que en 1882, y los metales y demás productos del beneficio por 88.884.718,87 ó sean pesetas 10.848.656,36 más que el año anterior.

Las desgracias ocurridas en las explotaciones mineras fueron 1.910, entre ellas 68 muertos; en 1882 fueron 2.047, y 113 respectivamente.

Se despacharon en las oficinas de los distritos 2.709 expedientes, 613 menos que en 1882, quedando 1.041 para el año 1884, ó sean 172 más que en el año anterior.

En los cuadros y notas que siguen al informe constan cuantas noticias y datos relativos al año 1883 se han podido reunir.

\*  
\* \*

*Discursos leídos ante la Real Academia de Ciencias morales y políticas en la recepción pública del Excelentísimo Sr. D. Alejandro Groizard*

*y Gómez de la Serna el día 7 de junio de 1885.*

En algunas frases de importancia inmensa puede resumirse el discurso del Sr. Groizard; no así las pruebas de su tema, imposibles de compendiar sin privarlas de su persuasiva lógica, hermosa dicción y encadenamiento de razones, que de unas en otras van llevando al ánimo con deleite á encontrar verdaderos los argumentos del disertante, más bien por inspiración propia que movido por impulso ajeno.

El derecho penal, ha dicho el señor Groizard, vive hoy, pero no vivirá siempre, encerrado *en el espacio*.

Más ó menos tarde la pena se *desnacionalizará*.

El principio de la soberanía territorial, sobre cuya base descansa el derecho internacional, que es el mayor obstáculo que á la evolución de la idea generosa del derecho coercitivo se opone, sometido á un doble examen, analizado como concepto jurídico y como hecho histórico, nos ha evidenciado que ni en la región de las ideas la soberanía es incompatible con las exigencias universales de la justicia, ni confundida con la territorialidad, constituye una de esas manifestaciones históricas que determinan una ley inmutable, reguladora del progreso humano.

Por su parte, el Excmo. Sr. Conde de Casa-Valencia, encargado de contestar al recipiendario, lo hace en los siguientes términos:

«Las ambiciones, el afán de alcanzar ó conservar incontestable supremacía, los encontrados y opuestos intereses de los Estados independientes, causa serán, mientras el mundo dure, de guerras desastrosas; y no acertarán á evitarlas ni los escritos de los



publicistas, ni los artículos de los tratados, ni las decisiones de los congresos internacionales. Del propio modo, no han de lograr las obras de los jurisconsultos y los buenos propósitos de los Gobiernos, que se llegue á universal acuerdo acerca de la definición y clasificación de los crímenes y de las penas. Siempre habrá, por tal motivo, delitos cometidos en un Estado que no serán penados en otro, ni darán lugar á extradición; y para este grave mal no ha de ser fácil hallar remedio, que no parece probable que en el porvenir desaparezca la constante discrepancia que hasta ahora ha existido entre los ideales de la ciencia y las imperiosas condiciones de la realidad »

Así es, por desgracia. Si el derecho de gentes llegase á ser universal, las guerras habrían concluído, y al cabo de tantos años de proclamar las conveniencias de la paz, cuando, tal vez, nunca la han reclamado con tanto imperio las ventajas del comercio y los intereses creados entre las diferentes naciones, nunca han sido tan formidables los aprestos militares, jamás tan numerosos los ejércitos y las guerras de nuestro siglo han hecho creíbles por sus víctimas las batallas de los tiempos primitivos; hasta puede suponerse que han crecido en enormidad al paso que se buscaba medios de evitarlas.

Cuando otra cosa no fuera, quedaría el pretexto de interpretar ese derecho común. El más fuerte no admitiría otra autoridad que la suya, y la razón política le proporcionaría aliados.

Se conoce el daño, y desde antiguo se ha intentado remediarle con tratados internacionales, tan bien discorridos como los modernos, con tribunales de paz permanentes, establecidos con carácter sagrado; la religión cristiana anunció la paz al mundo, pero el mundo no la quiso; después no tienen número los congresos reunidos con objeto de conseguir paz duradera, y hasta genios poderosos llegaron á concebir y casi á realizar la utopía de monarquía universal. Todo por lograr el apetecido fin de unificar el derecho.

¡Vanos y loables intentos! Quizá de ellos mismos brotaron las mayores dificultades, y los niños siguen riñendo pependencias apenas pueden tenerse en pie, por un juguete, y los hombres encarnizadas batallas por un territorio, sin el cual vivirían muy felices; por una palabra mal interpretada, ó quizá por un movimiento de amor propio.

Somos descendientes legítimos de Caín y Abel, y no ha degenerado su sangre en nosotros. ¡Ojalá no fuera cierto!

D. CH.